

MICHELA MURGIA
LA ACABADORA



Lectulandia

Siguiendo una costumbre sarda cuyos orígenes se pierden en el tiempo, una anciana y una niña se unen a través del sagrado vínculo de la «adopción del alma». Estamos en Soreni, un pequeño pueblo de Cerdeña, en los años cincuenta. Bonaria Urrai, la modista del lugar, mujer de antigua belleza y perenne soledad, ha adoptado a Maria, cuarta hija de una familia humilde que la descuida. Así pues, la vida de la niña, ahora fill'e anima —«hija de alma»— de la tía Bonaria, se transforma por completo, y a su fina percepción no escapa el aura de misterio que envuelve a su nueva madre: los largos silencios, las extrañas salidas nocturnas y la sombra de temor que enciende los ojos de quienes se cruzan en su camino. Y aunque Maria crece feliz y amada junto a Bonaria, en realidad ignora una verdad que todos conocen: además de coser vestidos, su madre de alma es la mujer que reconforta a quienes se acercan al final del camino.

Galardonada con el Premio Campiello, el de mayor prestigio de Italia, La acabadora aborda el eterno tema del fin de nuestra existencia desde una perspectiva única: la de una comunidad que, desde tiempos ancestrales, ha sabido enfrentar ese último paso de forma colectiva y desprovista de tabúes y falsos pudores, recreando un universo atávico que, de alguna manera, se mantiene presente hasta nuestros días.

Lectulandia

Michela Murgia

La acabadora

ePub r1.0

Maki 10.09.14

Título original: *Accabadora*
Michela Murgia, 2009
Traducción: Teresa Clavel Lledó
Retoque de cubierta: Maki

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi madre.

A las dos.

1

Fillus de anima.

Así es como llaman a los niños engendrados dos veces, por la pobreza de una mujer y por la esterilidad de otra. De este segundo parto era hija Maria Listru, fruto tardío del alma de Bonaria Urrai.

Cuando la anciana se detuvo bajo el limonero a hablar con la madre de Maria, Anna Teresa Listru, la niña tenía seis años y era el error después de tres aciertos. Sus hermanas eran ya unas señoritas, así que ella jugaba sola en el suelo a hacer un pastel de barro amasándolo con hormigas y poniendo el esmero de una mujercita. Las hormigas movían sus rojizas patas entre la masa mientras iban muriendo lentamente bajo las decoraciones de flores silvestres y el azúcar de arena. Al cruento sol de julio, el pastel le crecía en las manos, hermoso como a veces lo son las cosas malas. Cuando la niña levantó la cabeza del barro, vio a su lado a la tía Bonaria Urrai a contraluz, sonriendo con las manos apoyadas en su vientre seco, satisfecha por algo que Anna Teresa Listru acababa de darle. Qué era exactamente, Maria no lo comprendió hasta pasado un tiempo.

Se marchó con la tía Bonaria ese mismo día, con el pastel de barro en una mano y en la otra un cesto lleno de huevos frescos y perejil, miserable viático de agradecimiento.

Aunque sonreía, la niña intuía que en alguna parte habría un motivo para llorar, pero no consiguió que le viniera a la mente. Tampoco pudo conservar el recuerdo del rostro de su madre mientras se alejaba, como si la hubiera olvidado hacía ya tiempo, en el momento misterioso en que las hijas deciden por sí solas con qué es mejor amasar el barro de los pasteles. En cambio, durante años recordó el cielo ardiente y los pies de la tía Bonaria calzados con sandalias, uno asomando por el borde de la falda negra y el otro oculto debajo, en una alternancia muda cuyo ritmo las piernas seguían con dificultad.

La tía Bonaria le proporcionó una cama sólo para ella en un dormitorio lleno de santos, todos malos. Allí, Maria comprendió que el paraíso no era un sitio para niños. Dos noches pasó en silencio, escudriñando con ojos bien abiertos la oscuridad para sorprender lágrimas de sangre o destellos en las aureolas. La tercera noche se dejó vencer por el miedo al Sagrado Corazón, que apuntaba hacia su pecho chorreante con un dedo que el peso de tres rosarios hacía visiblemente amenazador. No aguantó más y gritó.

Menos de un minuto después, la tía Bonaria abrió la puerta y encontró a la niña de pie junto a

la pared, abrazando la almohada de basta lana escogida como peluche defensor. Luego miró la imagen sangrante, que le pareció más próxima a la cama que nunca. Cogió el Sagrado Corazón y se lo llevó sin decir palabra; al día siguiente desaparecieron también del mueble la pila de agua bendita con el altorrelieve de santa Rita y el cordero místico de escayola, de pelaje crespo como un perro vagabundo y feroz como un león. Maria tardaría un poco en volver a rezar el avemaría, y lo haría en voz baja, para que la Virgen no la oyera y la tomara en serio en la hora de nuestra muerte, amén.

No resultaba fácil calcular los años de la tía Bonaria por aquel entonces, pero eran años detenidos desde hacía tiempo, como si hubiera envejecido de golpe por decisión propia y luego se hubiera limitado a esperar pacientemente a que el tiempo la alcanzara con retraso. Maria, en cambio, había llegado demasiado tarde incluso al vientre de su madre y de inmediato se había acostumbrado a ser la última preocupación de una familia que ya tenía demasiadas. Sin embargo, en casa de aquella mujer experimentaba la insólita sensación de haberse vuelto importante. Cuando por la mañana dejaba la puerta a su espalda y apretaba la enciclopedia entre las manos camino del colegio, tenía la certeza de que, si se volvía, la encontraría allí, mirándola, apoyada contra el quicio como si sujetara las bisagras.

Maria no lo sabía, pero la anciana la observaba sobre todo de noche, en esas noches corrientes sin ningún pecado al que culpar de estar despierto. Entraba en el dormitorio a hurtadillas, se sentaba frente a la cama de la niña y la miraba en la oscuridad. Aquellas veladas, Maria, que creía ser la primera de todas las preocupaciones de Bonaria Urrai, dormía sin sentir aún el peso de ser la única.

En Soreni comprendían sobradamente las razones de Anna Teresa Listru para haberle dado su hija menor a la anciana. Desatendiendo los consejos de la familia, había hecho un mal matrimonio y se había pasado los quince años siguientes quejándose de aquel hombre que sólo sabía hacer bien una cosa. Con las vecinas, Anna Teresa Listru se complacía en lamentarse de que su marido no había conseguido serle útil ni en la muerte, pues ni siquiera había tenido el detalle de morir durante la guerra a fin de dejarle una pensión. Declarado no apto, Sisinnio Listru había acabado sus días tan estúpidamente como los había vivido, aplastado igual que un grano de uva en el lagar bajo el tractor de Boreddu Arresi, para quien trabajaba de vez en cuando como aparcerero. Al quedar viuda con cuatro hijas, Anna Teresa Listru había pasado de la pobreza a la miseria y aprendido a hacer el puchero, aseguraba, hasta con la sombra del campanario. Ahora que la tía Bonaria le había pedido a Maria como hija, no acababa de creerse que pudiera echar todos los días a la olla dos patatas de las tierras de los Urrai. Si el precio era la criatura, pues muy bien: a ella, criaturas aún le quedaban tres.

En cambio, nadie entendía realmente por qué, a su edad, la tía Bonaria Urrai se había hecho cargo de la hija de otra. Los silencios se alargaban como sombras cuando la anciana y la niña pasaban por la calle juntas, suscitando comentarios a media voz entre la vecindad. Bainzu el estanquero se regodeaba con la idea de que un rico también necesitaba en la vejez dos manos que le limpiaran el culo. Pero Luciana Lodine, la hija mayor del fontanero, no veía la necesidad de

buscar una heredera para que hiciera lo que podía hacer cualquier sirvienta bien pagada. A Ausonia Frau, que de culos sabía más que una enfermera, le gustaba poner fin a la conversación sentenciando que ni siquiera la zorra quiere morir sola, y llegados a ese punto nadie añadía nada.

Por supuesto, si no hubiera sido rica, Bonaria Urrai habría acabado como todas las que se quedan sin hombre, que no es precisamente teniendo una *fill'e anima*. Viuda de un marido que no había llegado a desposarla, en otras condiciones quizá habría sido prostituta, o monja, con los postigos siempre cerrados y vestida de negro hasta el último aliento. El vestido de novia se lo había robado la guerra, aunque en el pueblo se decía que no era verdad que Raffaele Zincu hubiera muerto en las riberas del Piave, donde se habían librado terribles combates: lo más probable es que, con lo espabilado que era, hubiera encontrado hembra allí y se hubiera ahorrado el viaje de vuelta para dar explicaciones. Tal vez por eso Bonaria Urrai era vieja desde joven, y ninguna noche se le antojaba a Maria tan negra como su falda. Pero el país estaba repleto de viudas de maridos vivos; eso lo sabían las mujeres que chismorreaban y también Bonaria. Por ese motivo, cuando iba por la mañana a comprar el pan recién hecho, andaba con la cabeza alta sin pararse nunca a hablar y volvía directa a casa como la rima de una octava cantada.

En la decisión de adoptar una *fill'e anima*, lo más difícil para Bonaria no había sido ni mucho menos la curiosidad de la gente, sino la reacción inicial de la niña. Después de seis años compartiendo el aire de un solo cuarto con sus tres hermanas, era evidente que el espacio que Maria consideraba propio no iba más allá de lo que podía abarcar con un brazo. La llegada a la casa de Bonaria Urrai trastocó esa geografía interior; entre aquellas paredes, los espacios únicamente suyos eran tan amplios que la pequeña tardó semanas en comprender que en las puertas de las numerosas habitaciones cerradas no aparecería nadie diciendo: «No lo toques, esto es mío». Bonaria Urrai jamás cometió el error de invitarla a que se sintiera en su hogar, ni dijo ninguna de esos tópicos que suelen decirse para recordar a los invitados que no están en su casa. Se limitó a esperar a que los espacios que durante años habían permanecido vacíos tomaran gradualmente la forma de la niña, y cuando, al cabo de un mes, todas las puertas de las habitaciones habían sido abiertas para siempre, tuvo la sensación de no haberse equivocado dejando que la casa se adaptara. Una vez que se sintió segura de la nueva confianza adquirida con aquellas paredes, Maria empezó a mostrar poco a poco mayor curiosidad por la mujer que la había llevado a vivir con ella.

—¿De quién es hija usted, tía? —preguntó un día, mientras comía menestra.

—Mi padre se llamaba Taniei Urrai, era ese señor de ahí...

Señaló la vieja fotografía amarillenta colgada sobre la chimenea, en la que Daniele Urrai, tieso con un chaleco de pana, aparentaba unos treinta años. A la niña podía parecerle cualquier cosa excepto el padre de la anciana que tenía delante, incredulidad que Bonaria leyó en su cara sonrosada.

—Ahí era joven, yo aún no había nacido —precisó.

—¿Y no tuvo madre? —insistió Maria, que no estaba muy familiarizada con la idea de que se pudiera ser hija de un padre.

—Claro que sí, se llamaba Anna. Pero ella también murió hace muchos años.

—Como mi padre —añadió, seria, la pequeña—. A veces lo hacen.

—¿Qué? —preguntó Bonaria, atónita por aquella precisión.

—Que lo hacen. Que mueren antes de que nazcamos. —Maria la miró, armada de paciencia, y añadió de mala gana—: Me lo dijo Rita, la hija de Angela Muntoni. A ella también se le murió su papá antes. —Durante la explicación, la cuchara se movía en el aire como el arco de un instrumentista.

—Sí, algunos lo hacen. Pero no todos —aseguró Bonaria, observándola con una débil sonrisa.

—Todos no, claro —admitió Maria—. Al menos uno tiene que quedarse. Por los niños. Por eso los padres son siempre dos.

Bonaria asintió mientras sumergía la cuchara en el plato, convencida de haber zanjado el asunto.

—¿Ustedes eran dos?

Bonaria comprendió por fin y, sin dejar de comer, respondió en el tono casi informal que había empleado hasta ese momento:

—Sí, éramos dos. Mi marido también murió.

—Ah, murió... —repitió al cabo de un instante la niña, indecisa entre el alivio y el disgusto.

—Sí, a veces lo hacen —afirmó Bonaria con la misma seriedad que la pequeña.

Confortada por esa estadística personal, la niña se puso a soplar suavemente la menestra. De vez en cuando, al levantar los ojos de los vapores que se elevaban de la cuchara, se cruzaba con los de la tía y le entraban ganas de sonreír.

Desde aquel momento, cuando Bonaria salía por la mañana a comprar el pan, Maria se acostumbró a esperarla sentada a la mesa de la cocina con los pies colgando mientras contaba en silencio, hasta llegar al último número que sabía, los golpes de los zapatos de goma al chocar contra la silla. Alrededor de tres veces cien, la tía Bonaria ya estaba de vuelta, y entonces la niña comía pan caliente con higos secos antes de marcharse al colegio.

—¡Come, Maria, come y verás cómo te crecen las tetas! —exclamaba la tía Bonaria levantándose con una mano el poco pecho que le quedaba.

Maria comía los frutos de dos en dos riendo, y luego corría a su habitación con las semillas de los higos todavía entre los dientes para comprobarlo, porque cuanto decía la tía Bonaria era ley de Dios en la tierra.

Y sin embargo, en los trece años que vivió con ella, la niña jamás la llamó mamá, porque las madres son otra cosa.

2

Durante algún tiempo Maria creyó que la tía Bonaria era modista. Cosía muchas horas seguidas y una habitación de la casa estaba siempre llena de retales y piezas de tela. Las mujeres acudían a que les tomara medidas para faldas y pañuelos, y a veces también los hombres para que les confeccionara pantalones y camisas de vestir. La tía Bonaria no hacía pasar a los hombres a la habitación de las telas, sino que los recibía en el salón, donde tenían que quedarse quietos de pie. De rodillas, con el metro de piel en la mano, ella se movía ágilmente como una araña hembra, tejiendo en torno a aquellas presas inmóviles una misteriosa telaraña de medidas.

Las mujeres hablaban de buen grado durante las mediciones, incluso de cosas personales a través de las de los otros. Los hombres, en cambio, callaban, taciturnos y como desnudos ante aquella mirada precisa. Maria observaba y preguntaba.

—A los hombres les da vergüenza que les tomen medidas porque usted es una mujer, ¿verdad?

Bonaria Urrai le dirigió una mirada picara, rara de ver en la tela destramada de su rostro severo.

—¡Qué va, Mariedda! Los hombres tienen miedo, no vergüenza. ¡Saben muy bien que conmigo no tienen opción! —Y reía en silencio, sacudiendo con fuerza la tela para estirla.

Con miedo o sin él, llegaban también clientes de fuera, hasta de Illamari y de Luvè, antes de festejos de bodas o de santos, o simplemente porque querían un traje nuevo para los domingos. Algunos días la casa parecía un mercado: los metros de tela se extendían sobre los respaldos de las sillas para imaginar pliegues de faldas y bordados. Maria se sentaba y observaba, preparada para tender un alfiler o el jaboncillo con que se marcaba el largo en el bajo de una prenda.

Una vez fue a hacerse unos pantalones Boriccu Silai, del consorcio de minas, acompañado por su criada. La muchacha contaba unos dieciséis años, se llamaba Annagrazia y tenía la cara picada y unos ojos como babosas. Se apoyó contra la pared en silencio, sosteniendo un paquete que contenía como mínimo cuatro metros de terciopelo, un tejido de verdaderos ricos. La tía Bonaria no se dejó impresionar y midió a Boriccu Silai con su meticulosidad habitual, observándole las formas por debajo de la cintura con el ojo experto de quien con poco lo entiende todo.

—¿De qué lado carga? —preguntó al final, según la costumbre de los sastres detallistas, mirándole la bragueta.

El hombre se volvió hacia la chiquilla apoyada contra la pared e hizo una seña con la cabeza.

—De la izquierda —contestó por él Annagrazia, mirando a la anciana.

Bonaria sostuvo un instante la mirada de la sirvienta; luego, lentamente, empezó a enrollar el

metro de piel alrededor del trozo de madera de limonero. Boriccu aguardaba una respuesta, pero cuando la mujer habló no dio la impresión de dirigirse a él.

—Me parece que para San Ignacio no va a poder ser. Inténtelo con Rosa Cadinu, que necesita trabajo.

Boriccu Silai y la tía Bonaria se observaron en silencio. A continuación, el hombre y su criada se marcharon sin despedirse, porque palabras había habido incluso de sobra. Una vez bien cerrada la puerta, la anciana se volvió hacia la niña soltando un suspiro de cansancio y se guardó el metro en el bolsillo del delantal desgarrado.

—Que se vayan al infierno. Un trabajo perdido... Pero de ciertas cosas es mejor no saber la medida exacta, Maria, ¿lo entiendes?

La niña no lo había entendido ni por asomo, pero aun así asintió, porque no todas las cosas se escuchan para comprenderlas enseguida. Por lo demás, entonces todavía pensaba que la tía Bonaria era modista.

La primera vez que Maria se dio cuenta de que la tía Bonaria salía de noche tenía ocho años. Era a mediados del invierno de 1955, poco después de la Epifanía. Bonaria le había dado permiso para quedarse jugando hasta el toque del avemaría; luego la había acompañado a su cuarto para dar inicio a la noche anticipadamente, cerrando los postigos y llenando el brasero de tizones y ceniza caliente.

—Duérmete, que mañana tienes que levantarte temprano para ir al colegio.

Maria casi nunca se rendía enseguida a aquella parodia nocturna; a veces permanecía horas escrutando las sombras creadas en el techo por las brasas languidecientes.

De hecho, seguía despierta cuando oyó que alguien llamaba a la puerta con los nudillos, y la voz queda y agitada de un hombre, que hablaba demasiado bajo para poder reconocerlo. Inmóvil bajo las mantas, entre los destellos rojizos distinguió claramente el crujido de la puerta del patio al abrirse y el paso familiar de la tía Bonaria ir y volver en pocos minutos. Sin preocuparse del suelo frío, se levantó y avanzó descalza a tientas hacia la puerta hasta tropezar con el orinal en la oscuridad. Antes incluso de que saliera del cuarto, la tía se había percatado de que estaba despierta.

—¡La niña! —advirtió a media voz el hombre en la penumbra del recibidor.

Era alto, de espaldas anchas y un aspecto vagamente conocido, pero Maria no tuvo tiempo de identificarlo porque la tía se plantó delante de ella, negra y severa con la larga toquilla de lana que sólo se ponía en las fiestas de guardar. La llevaba cerrada como un cofre alrededor del cuerpo enjuto, ocultando sus formas e intenciones, fueran cuales fuesen.

—Vuelve a tu cuarto.

La niña no le veía la cara, y quizá por eso se atrevió a replicar.

—¿Adónde va, tía? ¿Qué pasa?

—Vuelvo enseguida. Pero tú vete a tu cuarto.

No era una invitación, y ya había sido pronunciada una vez más de la cuenta, por añadidura delante de un extraño. Maria retrocedió en silencio por el resquicio de la puerta. Hasta que cerró,

la anciana permaneció inmóvil, imponiendo a su visitante la misma actitud. La niña contuvo la respiración tras la puerta como si fuera un secreto, hasta que los oyó moverse de nuevo con premura y salir, mientras la casa quedaba sumida en un silencio frustrado. Paralizada por el frío, esperó quieta de pie, golpeando despacio con un dedo el marco de madera mientras contaba; pero en torno a tres veces cien Bonaria Urrai aún no había vuelto. Resignada, se metió en la cama en un silencio alejado del sueño, hasta que, salvando esa distancia en la tibieza de la habitación, el sueño llegó. Cuando la anciana regresó, la niña dormía y no se dio cuenta. Mejor así.

Por la mañana, los sonidos familiares de la casa la despertaron. Las preguntas de la noche eran evanescentes como el olor que desprendían las cenizas tibias. Se vistió y fue a buscar a Bonaria, que estaba de pie sacudiendo un retal para liberarlo del polvo y estirar la trama rasgada. Parecía un pájaro con una sola ala. La mujer reparó en Maria y se detuvo.

—Lo de ayer no debe volver a ocurrir —le soltó al fin.

La orden llegó con la brusquedad de un latigazo de tela y toda pregunta murió en aquella amenaza. En ese instante, Maria comprendió que tenía cosas que perder más preciosas que el sueño. Luego, el semblante de la mujer se relajó y, mientras doblaba la tela ya sacudida, le dijo:

—Ahora, come, que hoy tenemos mucho que hacer.

La tía le puso el vestido de los días de fiesta e hizo lo propio consigo misma, escogiendo la falda de luto buena pese a que era un martes normal y corriente. Mientras se trenzaba el pelo cano, de pie y con la mirada fija en la ventana, la sombra le dibujaba en la cara un entramado de días ligeros. Entre aquellos pliegues de falda y de mujer, la niña intuyó por primera vez la belleza desaparecida, y le dolió la ausencia de alguien que aún la recordara.

—¿Adónde vamos, tía?

La anciana se cubrió la cabeza con su pañuelo más negro, el de seda de flecos largos siempre dispuestos a enredarse. Luego se volvió hacia Maria con una extraña expresión en su rostro adusto.

—A casa de Rachela Littorra, a darle el pésame porque su marido ha muerto. Es un deber de buena vecindad.

Caminaba ligera como siempre, y la niña, a su lado, a duras penas lograba seguir su ritmo, pese a que su vestido blanco no pesaba tanto como la larga falda de la anciana. La casa del difunto no quedaba lejos, y al acercarse oyeron el canto lúgubre de la *attittu*^[1]. Cada vez que se elevaba ese lamento de primitiva musicalidad, era como si se les cantara a los soreneses los sufrimientos de cada hogar, los presentes y los pretéritos, porque el luto de una familia despertaba el recuerdo nunca acallado de todos los llantos individuales pasados. Entonces se entornaban las hojas de las ventanas del vecindario para dejar ciegos al sol los ojos de las casas, y cada uno iba a llorar, por ausencia interpuesta, a los propios muertos en el muerto presente.

El difunto de aquel día se hallaba tendido en una cama en el centro del recibidor, con los pies calzados apuntando a la entrada. Preparado ya para la tierra, lo habían vestido como para una fiesta, con el traje oscuro que se puso al casarse, cuando estaba delgado, sano y decidía sobre su propio destino. Ahora, los botones se tensaban sobre la barriga pese a la postura corporal.

Reinaba un ambiente cargado a causa de las respiraciones entrecortadas de las mujeres, mientras que los hombres permanecían inmóviles contra la pared, como guardianes. La *attittadora*^[2] inició entonces un lamento similar al canto, una nota doliente que parecía surgir de debajo de las rodillas hincadas en el suelo. Las mujeres le hicieron eco con gemidos rítmicos, formando un coro lúgubre al que la tía Bonaria ni siquiera hizo ademán de unirse. Le dijo a Maria que esperase y se dirigió hacia la viuda, Rachela Littorra, que permanecía encogida en la silla más cercana a la cabeza del muerto, balanceándose, muda, mientras las demás lloraban por ella. Al ver a Bonaria, la mujer pareció salir de su embotamiento y se levantó en un gesto de acogida.

—¡Hermana querida! Dios te pague por todo...

La exclamación se impuso fugazmente al llanto mercenario de la plañidera. El resto de la frase se extinguió en la lana negra de la toquilla de Bonaria, donde la viuda hundió la cara con un ímpetu indecoroso que atrajo las miradas de los asistentes. Rachela Littorra pareció recuperar un poco el recato cuando Bonaria le susurró algo, pasándole una mano por la cabeza con una gracia que Maria no le conocía.

Entretanto, la *attittadora* había cambiado de cadencia para entonar una poesía improvisada repleta de loas al muerto. Oyéndola gritar en verso parecía que jamás hubiera nacido un hombre mejor que Giacomo Littorra, cuando quien más quien menos sabía que había sido, muy al contrario, un esposo avaro, convencido de que era una virtud ser despiadado con todos como el destino lo había sido con él. Mientras la plañidera lloraba y hacía el gesto de arrancarse con los dientes un jirón de la manga, Maria leía aquel pensamiento vergonzoso en los rostros de los presentes, recorriéndolos uno a uno sin levantar demasiado la mirada.

Fue entonces cuando vio a aquel hombre.

De pie contra la pared, detrás de la silla de su madre, el hijo del difunto sujetaba el sombrero con una mano y era el más alto de los varones congregados. Santino Littorra tenía los ojos clavados en el cuerpo rígido de su padre, como hipnotizado por las notas del dolor fingido por la plañidera. Maria reconoció la espalda ancha y la misma forma controlada de esperar que había visto la noche anterior. Ocho años eran pocos para entenderlo todo, pero podían bastar para intuir que había algo que entender. En el camino de vuelta a casa, menos de dos horas más tarde, la niña anduvo despacio como si arrastrara un peso, pero quizá aquella fue la última vez que se quedó rezagada yendo con la tía Bonaria por la calle.

3

Durante cinco años, Bonaria Urrai no volvió a salir de noche, o Maria no se percató, concentrada como estaba en ver cómo por fin se la consideraba hija legítima. En cierto modo había funcionado, porque, cuando la chiquilla estaba en quinto de primaria, el pueblo de Soreni había aceptado hacía tiempo aquella extraña asociación; ya no se hablaba de ello en los bares, e incluso en las conversaciones mantenidas en los umbrales de las casas a la hora del crepúsculo, el asunto de la anciana y la niña había sido reemplazado por noticias más frescas o picantes. Sin saber que acudía en ayuda de ambas, la hija de dieciséis años de Rosanna Sinnai había tenido la amabilidad de quedarse embarazada de aún no se sabía quién, lo que había contribuido no poco al proceso normal de las habladerías. Otra persona, una vez cesadas las murmuraciones a su espalda, se habría sorprendido de que hubieran acabado tan pronto, ya que, en un lugar donde sucedían pocas cosas realmente interesantes, un acontecimiento como aquél podía seguir de actualidad durante una generación entera. Pero a Bonaria Urrai no podía extrañarle, pues había trabajado desde el primer momento en la consolidación de aquella frágil normalidad. La anciana modista se había comportado siempre como si la criatura hubiera nacido de su vientre, permitiendo que la niña deambulara por casa cuando llegaba alguna visita o llevándola consigo allí donde fuese, de modo que la gente pudiera cebarse hasta saciar su famélica curiosidad sobre la naturaleza de aquella filiación electiva. Maria, en cambio, acostumbrada a considerarse a sí misma una insignificancia, había tardado más tiempo en darse cuenta de que constituía un tema de conversación. Su madre, Anna Teresa Listru, mujer fascinada por las numeraciones en cualquier forma que se le presentaran, la había habituado a verse como parte de una secuencia con sus hermanas, según una fórmula ritual siempre idéntica: «¿Y quién es esta niña?». «Es la última». O bien, simplemente: «Es la cuarta».

Tan profunda era aquella huella de clasificación de carrera campestre que, en los primeros tiempos, Maria había tenido que morderse la lengua para no presentarse a sí misma de esa manera, como la última o la cuarta. Bonaria no podía saberlo, pero de algún modo debía de haberlo intuido, porque cuando había que hacer las presentaciones ante extraños siempre se le adelantaba: «Ella es Maria».

Y ese ser simplemente Maria debía bastar también para cuantos aspiraran a saber más. Los habitantes de Soreni habían tardado un poco, pero al final habían captado el sentido de aquella misteriosa liturgia, y de repente era como si siempre hubiera sido así, *anima y fill'e anima*, una manera menos culpable de ser madre e hija. Sólo en una ocasión alguien intentó pedir

explicaciones a Bonaria de algo relacionado con Maria que no fuese su nombre, y en muchos sentidos aquel único episodio influyó en cuanto ocurrió después.

A los niños de quinto B les parecía increíble que la maestra Luciana tuviera de verdad cincuenta años, porque era demasiado guapa para ser vieja, y lo era de ese modo peligroso en que sólo pueden serlo las mujeres venidas de fuera. Se había casado muchos años antes con Giuseppe Meli, un terrateniente de Soreni que tenía arrozales e iba con frecuencia al continente para establecer acuerdos sobre la exportación del arroz arborio sardo. De esa manera, Giuseppe había conocido a aquella esbelta chica de la pequeña burguesía piamontesa: una amable maestra con los ojos verdes como el jade, nada corrientes ni siquiera entre las jóvenes de su selecto mundo. Luciana Tellani, sorprendiendo a familiares y amigos, había aceptado irse con él sin mirar atrás, pero, aunque daba clases en Soreni desde hacía más de veinte años, seguía hablando italiano en turinés. Muchas personas, en aquel lapso de tiempo, habían aprendido a leer y escribir con ella, y a cambio le habían ofrecido silenciosamente la plena legitimación como ciudadana, con la gratitud y el respeto que las personas modestas sienten a menudo por los maestros de verdad. Para Soreni, la forastera que a finales de los años cuarenta se había casado con el campesino Giuseppe Meli era ya simplemente la maestra Luciana.

La maestra tenía el cabello de un rubio juvenil y apenas le llegaba a los hombros; no se lo cubría ni siquiera cuando iba a la iglesia, donde su cabeza clara destacaba entre las demás como una amapola entre el trigo. A pesar de eso, nada malo podía decirse de ella, salvo que, para ser del continente, no era mucho más alta que la media del pueblo; pero, si una era rubia, un defecto secundario como la estatura se le perdonaba fácilmente, incluso en Soreni. A Maria, el pelo de la señorita Luciana le gustaba sobre todo porque era ondulado. No lacio y pegado a la cabeza como el pelaje de una rata sumergida en aceite, ni rizado como el de su madre, tan intrincado que la mano nunca llegaba al fondo. El pelo de la señorita Luciana tenía una suavidad que se adaptaba a todos los vientos.

—Señorita, pero ¿usted se lo marca con la plancha para tenerlo así?

—Qué cosas se te ocurren, Maria... ¿Acaso crees que tendría tiempo de marcármelo todas las mañanas mientras vosotros me esperáis en clase?

A la maestra le gustaba aquella niña de inteligencia un poco impertinente y había aceptado de buen grado su extraña situación familiar, ayudada por las aclaraciones de su marido y de alguna de esas mentes simples siempre ansiosas de explicar las complicaciones ajenas. Hubo un único momento de tensión, debido al hecho de que Bonaria Urrai nunca iba a las entrevistas para conocer el rendimiento escolar de Maria. Cuando el cuaderno de la niña volvió a casa con la petición escrita de la señorita Luciana, Bonaria miró a Maria con severidad.

—¿Qué has hecho?

—Nada —respondió la niña, deshaciendo el lazo verde del uniforme.

—Entonces, ¿por qué quiere verme la maestra?

—No lo sé...

—Algo habrás hecho, si no, no me llamaría.

—No he hecho nada, y voy muy bien. ¡Ayer saqué sobresaliente en geometría!

La anciana la ayudó a quitarse la bata negra y no indagó más, pero al día siguiente se puso la falda de los días de fiesta y fue a ver a la maestra. Llamó a la puerta del aula a la hora indicada, y segundos después ambas se encontraban una frente a otra, la maestra vestida con un traje de chaqueta de pata de gallo como los que se llevaban en la ciudad, y la modista con su larga falda tradicional y la toquilla negra sobre los hombros. Aunque no se llevaban más de diez años, parecían pertenecer a generaciones distintas. Tras dejar a los niños al cuidado de la bedela, la señorita Luciana se quedó charlando con Bonaria en el pasillo.

—Me ha dejado preocupada. ¿Ha hecho algo malo Maria?

—No, no, en absoluto. Le he pedido que viniera simplemente para conocerla. Es costumbre que el profesor y los padres se reúnan de vez en cuando para cambiar impresiones sobre los progresos de los alumnos...

Si Bonaria notó la levísima vacilación en la voz de la piamontesa, no lo dejó traslucir.

—Si sólo es para eso, aquí estoy. ¿Cómo va Maria?

—Va bien, es inteligente y muy aplicada. Le gusta el colegio, sobre todo las matemáticas, y hace puntualmente los deberes. ¿La ayuda usted en casa?

—De vez en cuando, no siempre. Algunas veces no tengo tiempo, y otras hace cosas que yo tampoco sé. Solamente llegué a tercero de primaria, no estudié mucho.

Cualquier otro se habría sonrojado al pronunciar esa frase, o no la habría pronunciado. Bonaria, en cambio, sostuvo la mirada de la maestra con absoluta tranquilidad, y curiosamente fue la señorita Luciana quien se sintió obligada a buscar una justificación.

—Bueno, estudiar a veces no significa nada, antes se daba en tercero de primaria el latín que actualmente dan en quinto de secundaria...

Salieron al jardín que rodeaba el colegio y caminaron entre los setos floridos sin prestarles atención, pendientes la una de la otra. Bonaria la contemplaba con breves miradas directas; Luciana se limitaba a observarla de vez en cuando las facciones marcadas, siempre que creía que Bonaria no la veía.

—Eso del «hijo de alma» es algo extraño...

—¿Extraño por qué? —repuso Bonaria en tono inexpresivo.

—No parece que Maria haya acusado las consecuencias. ¿Ve con frecuencia a su familia de origen?

—Sí, cada vez que lo desea. ¿Por qué tendría que acusarlas?

Luciana Tellani respondió de un tirón, como si aquella frase la hubiera rumiado mucho antes, mientras esperaba que la anciana se presentara a la cita:

—No lo sé. Es que me sorprende, por ejemplo, que cuando le pido que dibuje a sus padres, Maria la pinte a usted y no a su verdadera madre... —Bonaria no mostró sorpresa por aquella revelación y guardó un silencio que llevó a la otra a proseguir con cierta incomodidad—. Verá, es que me parece una cosa tan insólita que una niña sea apartada... de común acuerdo, por el amor de Dios, ya lo sé, pero aun así, que se separe de su familia de ese modo, sin manifestar traumas...

—No es raro, en esta zona sucede de vez en cuando. Si va a Genari, allí hay al menos tres *fillus de anima*^[3]; una tiene más o menos la edad de Maria. —La anciana hizo una pausa para

subrayar la idea—: No es raro.

La piamontesa no pareció convencida, pero no añadió nada. La conversación derivó entonces hacia los resultados escolares menos brillantes de la niña y, una vez de vuelta ante la puerta de la clase, la maestra se dispuso a despedirse. Pero Bonaria tenía una última pregunta.

—Quería saber, en relación con los dibujos que hace Maria... ¿qué quiere decir exactamente con eso de que debería dibujar a su verdadera madre?

Luciana Tellani se quedó desconcertada, más por la mirada que por las palabras de la vieja modista.

—No me malinterprete, me refería a la madre natural, no quería subestimar su relación...

—Para Maria, su madre natural es la que dibuja cuando le piden que dibuje a su madre.

Quizá se debió al tono de la anciana, tan suave y reposado, o quizá a su mirada, clavada en la turinesa sin la menor expresión, como si pasara a través de ella, pero en cualquier caso la señorita Luciana consideró prudente no replicar y apretó los labios en un rígido simulacro de sonrisa. Se separaron en medio de un silencio denso, fruto de una tensión ambivalente: una de ellas lamentaba no haber dicho lo suficiente mientras que la otra estaba convencida de haber oído demasiado.

Aquella noche, antes de cenar, Bonaria escuchó un poco la radio mientras Maria, sentada delante de la chimenea, jugaba con un viejo abecedario ordenando las piezas ilustradas que había que insertar en las casillas correspondientes. Faltaba alguna que otra, perdida en los primeros años de colegio, cuando los objetos y su nombre eran misterios todavía no separados por la sutil violencia del análisis lógico.

—¿Qué quería decirle la señorita Luciana?

—Nada importante, tenías razón.

—Pero han estado juntas mucho rato...

—Hemos visitado el patio. Hay unos geranios jaspeados que no había visto nunca.

Mientras colocaba las últimas fichas en su sitio, Maria se dio cuenta de que, fuera lo que fuese lo que se habían dicho la tía y la maestra esa mañana, de esa forma no iba a conseguir averiguarlo.

—Pero ¿le ha dicho que voy bien?

—No; me ha dicho que, para lo inteligente que eres, no te esfuerzas lo suficiente y que podrías conseguir mucho más.

La chiquilla abrió los ojos con incredulidad. Bonaria, sin inmutarse, permaneció con una oreja pegada al altavoz de la radio, que emitía música clásica, y bajó los párpados para ocultar la mirada al semblante indagador de Maria.

—No puede ser. Siempre me dice que soy buena alumna. ¡La mejor!

—La mejor es la hija de Giovanni Lai, todo el pueblo lo sabe. La maestra dice que tú, en cambio, te pasas todo el tiempo dibujando, que no te gusta la gramática y que no paras de hablar con Andriá Bastú.

—¿No es verdad que me pase todo el tiempo dibujando! Sólo un poco.

La anciana sonrió imperceptiblemente.

—Pero es cierto que hablas y que no estudias gramática como deberías.

—Total, el italiano no sirve para nada.

—¿Qué es eso de que no sirve?

—Fuera del colegio todos hablamos en sardo. Usted también habla en sardo, y mis hermanas, y Andría. ¡Todos!

La vieja modista estaba al corriente de aquella aversión común de los niños de Soreni hacia la lengua italiana, como lo estaban todas las madres del pueblo. Algunas incluso habían dejado de hablar a sus hijos en sardo por ese motivo, afrontando la nueva lengua con resultados a menudo más cómicos que eficaces.

—Aunque aquí todos te entiendan en sardo, hay que saber italiano, porque en la vida nunca se sabe lo que puede pasar. Cerdeña está en Italia.

—¡No es verdad que esté en Italia! Estamos separados, lo vi en el mapa. Nos separa el mar —sentenció Maria con gran seguridad.

Bonaria no se dejó pillar desprevenida por aquel alarde de conocimientos geográficos.

—Maria, ¿tú de quién eres hija?

La chiquilla, que no se esperaba aquello, calló por un instante, buscando la trampa en la pregunta, para acabar apostando sobre seguro.

—De Anna Teresa y Sisinnio Listru...

—Exacto. Y sin embargo, ¿dónde vives?

Esta vez intuyó la trampa y dio una respuesta que le concediera tiempo:

—Vivo en Soreni.

—Maria... —la reprendió Bonaria arqueando las cejas.

—Vivo aquí con usted, tía —contestó, obligada a ceder.

—Por tanto, vives separada de tu madre pero sigues siendo su hija. ¿No es así? No vivís juntas, pero sois madre e hija.

Maria calló, un poco humillada, bajando la vista hacia las rodillas para consolarse con el abecedario, donde cada cosa tenía un cómodo lugar y sólo uno.

—Somos madre e hija, sí... pero no una familia —susurró con la levedad de un soplo—. Si fuéramos una familia, mi madre no habría hecho un trato con usted... O sea, yo creo que usted es mi familia. Porque nosotras estamos más juntas.

Esta vez fue Bonaria quien se quedó callada. La música clásica que continuaba emitiendo la radio no impedía oír el silencio. Cuando habló de nuevo, había vuelto a cambiar de táctica.

—Me alegro de que digas eso, pero no tiene nada que ver... porque sabes perfectamente que mi Arrafiei murió luchando en las trincheras del Piave. Y esa guerra la hacía Italia, no Cerdeña. Cuando mueres por una tierra, ésta se vuelve forzosamente la tuya. Nadie muere por una tierra que no es suya, a menos que sea idiota.

Maria no tenía nada con que rebatir aquella lógica, ni consuelo para un dolor tan intenso aun después de cuarenta años. Lo vio brillar como una lamparilla en los ojos de Bonaria, la única tumba donde el desaparecido Raffaele Zincu nunca había dejado de ser llorado.

—¿Qué quiere decir, tía? —murmuró, confusa—. ¿Que sólo seré realmente hija suya cuando me muera?

Bonaria se echó a reír, rompiendo la tensión revelada sin pudor por la pregunta de la niña. Con un gesto instintivo, cogió la pequeña cabeza y la estrechó contra su regazo, como para calentarla.

—¡Serás tonta, Mariedda Listru! Tú te convertiste en mi hija en el mismo momento que te vi, y ni siquiera sabías entonces quién era. Pero debes estudiar mucho italiano, eso te lo pido como un favor.

—¿Por qué, tía?

—Porque Arrafiei fue por la nieve del Piave con unos zapatos ligeros que no eran apropiados para eso, pero tú, en cambio, debes estar preparada. Italia o no Italia, tú de las guerras debes regresar, hija mía.

Jamás la había llamado así y jamás volvió a hacerlo de ese modo. Pero a Maria aquel placer denso, tan semejante a un dolor de muelas, se le quedó grabado mucho tiempo.

4

Si es verdad que la tierra habla de quien la posee, las colinas de los campos de Soreni eran un discurso complicado. Las parcelas pequeñas e irregulares contaban cosas acerca de familias con demasiados hijos y todos mal avenidos, fragmentadas por una miríada de muretes de basalto negro contruidos en seco, cada uno con su rencor particular, que lo mantenía en pie.

El terreno de los Bastú era apenas un poco mayor que los limítrofes, porque, por voluntad de Dios, a lo largo de los años había habido más testamentos que herederos.

En la viña de la colina llamada Pran'e boe, eran las diez de una mañana templada de octubre cuando la mano de Andría Bastú se posó con torpeza sobre la delgada muñeca de Maria, deteniendo el movimiento de las tijeras de podar.

—¡Cuidado! ¡No pongas la mano ahí!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—La tela del *àrgia*^[4].

—No me dan miedo las arañas.

—Porque no las conoces —respondió él, muy serio—. ¿Sabes que si te pica una tienen que cubrirte de estiércol y hacer que bailen a tu alrededor siete mujeres, primero viudas, después solteras y por último casadas, hasta descubrir de qué clase de araña se trataba?

—Pero ¿quién te cuenta esas bobadas, Andrí?

Maria cortó el gran racimo y lo colocó con cuidado en el cubo de plástico, riendo y negando con la cabeza cubierta con un pañuelo de flores amarillas, descoloridas por las vendimias precedentes.

La viña de los Bastú estaba formada por dos mil vides de uva oscura con granos del tamaño de huevos de codorniz. Al aplastarlos rezumaban un jugo negro que parecía sangre de cerdo cocida y era igual de dulce. Los dos chiquillos se habían repartido el trabajo de acuerdo con sus respectivas fuerzas y competían en velocidad con los adultos de la hilera paralela.

—Tú riéte, pero es verdad. A mi padre le pasó cuando era pequeño. Me explicó que tuvieron que hacerlo sudar durante dos horas debajo de un montón de mierda; si no, no lo habría contado.

—¿Tu padre no es ese que murió dos veces en la guerra? Tú, en cambio, eres de los que si le mandan a comprar cien gramos de nada en polvo seguro que va.

Maria continuó cortando racimos y burlándose de Andría con sus danzantes ojos vivaces. El chiquillo se sonrojó al sol y dirigió la mirada hacia el cubo casi lleno. Aunque tenían la misma edad, con aquella sonrisa adulta en los labios rojos de uva, Maria siempre lo ganaba a la hora de

encontrar las palabras idóneas para hacerlo sentir pequeño.

—Voy a vaciarlo en el carro...

—Sí, llévalo, que yo mientras tanto voy a beber. ¡Y cuidado con el *àrgia*, que no estoy segura de encontrar a siete locas que bailen sobre caca de vaca para salvarte!

La vendimia empezaba y terminaba el mismo día, para lo cual hacían falta como mínimo seis personas que cortaran deprisa los racimos hasta desnudar las hileras de vides que seguían la línea de la colina. Los Bastú salían de casa antes de que el sol se hubiera decidido a hacerlo, y las hijas de Anna Teresa Listru iban con ellos, porque después se repartían el vino. Cuando se lo vendía a los vecinos, la viuda Listru acostumbraba decir que tenía que hacer con él el milagro de las bodas de Caná: «Jesucristo convertía el agua en vino, y yo convierto el vino en pan».

Maria se pasaba el verano esperando a que la llamasen para ayudar, porque le gustaba competir con Andría. Nunca se sabía a ciencia cierta cuándo empezaría la vendimia, pues era el viejo Chicchinu Bastú, que estaba ciego, quien decía cuál era el momento preciso, es decir, exactamente el día antes de que se percibiera en el aire el olor de la uva a punto para el mosto. Sus nietos lo llevaban al campo a diario, y él, solemne, olfateaba con los ojos cerrados la suave brisa marina que acariciaba los viñedos. Como una comadrona experta, el viejo aseguraba que podía oír la voz del vino que nacía en la onda de aire que sacudía las hojas y penetraba en los recovecos de los prietos racimos. Maria nunca se cansaba de escuchar aquella leyenda.

—¡Dicen que es capaz de adivinar siempre el día exacto! —le había revelado a la tía Bonaria, tratando de asombrarla con aquel misterioso poder adivinatorio.

La anciana la había mirado con una media sonrisa, no especialmente impresionada.

—Claro, Chicchinu Bastú y el mosto son uña y carne. Teniendo como tiene la nariz siempre metida en el vaso, ¿cómo quieres que no reconozca su olor?

Los ojos de la chiquilla se habían dilatado mientras la sospecha comprometía la certeza del prodigio.

—¿Quiere decir que nos toma el pelo?

—¿Queda uva en el campo al día siguiente?

—No, siempre la cogemos toda antes de que se ponga el sol.

—Entonces no le toma el pelo a nadie.

Y la tía Bonaria, sin preocuparse de disimular la risa, había vuelto a fijar los ojos en la costura. Como sabía que le gustaba, la vendimia con los Bastú era una de las pocas ocasiones en que permitía a Maria faltar a clase.

En el tiempo que Andría tardó en ir a vaciar el cubo, Maria intentó comprender los misterios del aire de una viña. Sumergió un gran racimo en el agua del lebrillo, al final de la hilera, y cuando lo sacó pesaba el doble. Hundió la cara entre los granos, olfateando con vehemencia en busca del escondrijo secreto. Un grano podrido había fermentado al sol, pero una vez quitado sólo quedaba el olor normal de la uva madura, más cercano a un color que a un aroma. Decepcionada, se

consoló mordiendo un fruto tibio mientras miraba con gesto distraído cómo asomaban las cabezas de los demás por encima de las vides.

El sonido salía de atrás, de la zona del murete. Al principio era sólo un gemido, un lamento sofocado, que luego se transformó en una voz más precisa. Maria se volvió hacia allí y se acercó por la hierba seca con pasos rápidos. El murete lloraba. Maria recorrió unos metros su línea irregular sin encontrar nada que desmintiera aquella impresión. La voz lastimera procedía justo de las piedras superpuestas.

—¡Maria, ya estoy aquí!

La voz impaciente de Andría le llegó desde las vides, pero la chiquilla no le hizo caso. Siguió la dirección que marcaba el linde, atenta y desplazándose con cautela.

—¡Espera, estoy mirando una cosa!

Se detuvo en el punto exacto del que salía el sonido y observó el murete, ahora silencioso. El sol ya se había cansado de las viñas y descendía rápidamente, proyectando sobre el terreno sombras gigantescas y deformes. La de Andría, desgarrada, se puso al lado de la suya.

—¿Qué haces? Los demás ya casi han acabado...

Ella le indicó que callara llevándose un dedo a los labios, a la vez que señalaba el murete.

—Escucha.

El lamento llegó en el acto, de nuevo leve y débil, pero suficientemente claro para que el estupor también demudara el rostro todavía infantil del muchacho. Al cabo de unos minutos, las hermanas Lustru y todos los Bastú escuchaban aquel llanto de pie delante del murete, olvidando que había una viña a la que tenían que despojar de todos los racimos antes del ocaso. Bonacatta permanecía prudentemente a unos pasos de distancia, sobresaltándose cada vez que oía el gemido procedente de las oscuras piedras, mientras que Regina y Giulia se limitaban a mirar en silencio, lanzando ojeadas ansiosas hacia Salvatore Bastú y su mujer. Éstos discutían, observando con perplejidad el muro.

—Es un alma en pena —supuso Giannina Bastú, santiguándose devotamente—. *Requiem eternadonaeiusdomine...*

Del muro escapó un sollozo agudo a modo de respuesta. Salvatore negó con la cabeza, poco convencido.

—No, ése no es un cristiano. *Est unu dimoniu!* Hay que llamar a don Frantziscu y hacerle bendecir el campo mañana mismo, si no, este año el vino se nos estropea.

Nicola Bastú parecía poco interesado en las disputas teológicas de sus padres. Rastreando el terreno como un jabalí, examinaba ceñudo la base del murete explorando con los dedos las hendiduras de entre los bloques de piedra. En un momento dado, traspasó el límite saltando el muro para inspeccionarlo por el lado del campo de Manuele Porresu. Al cabo de unos minutos se levantó del suelo tan bruscamente como se había echado y, con una mirada extraña, buscó los ojos de su padre.

—Han corrido el límite.

Mientras Salvatore Bastú miraba a su hijo justo el tiempo necesario para creerlo, el muro gimió de nuevo y no hubo necesidad de añadir nada.

—¡Hijos de puta excomulgados! ¡Eso es lo que era el llanto!

Marido, mujer y Nicola, asaltados por el mismo temor, empezaron a quitar las piedras de arriba y lanzarlas a uno y otro lado del muro. Parecían presas de un ansia furiosa, a tal punto que los demás se contagiaron y entre todos deshicieron el murete en unos minutos.

El pequeño saco de yute apareció en la zona más interior del muro, metido justo entre dos piedras cóncavas toscamente talladas con la evidente finalidad de hacerle sitio. Nicola sacó la *arresoja*^[5] del bolsillo ante la mirada aprensiva de sus padres. La hoja rasgó la sucia tela con un ruido seco, mostrando lo que se agitaba débilmente dentro del saquito.

Era un cachorro de perro.

Al ver con qué lo habían atado y enterrado, esta vez todos se santiguaron. Hasta Nicola.

Salvatore Bastú nunca había creído que las almohadas dieran consejo alguno por más que uno se pasara la noche consultándolas. Las almohadas son para dormir, y punto. Quien tiene dos dedos de frente sabe que los consejos hay que buscarlos de día entre los despiertos, porque cada nuevo amanecer es una emboscada de la que uno debe defenderse como pueda. Él, en todo caso, jamás había salido de casa sin afilar la *arresoja*, y había criado a sus dos hijos a base de pan y ojos abiertos. Nicola, más que Andría, lo había aprendido todo y deprisa, porque el chico no era de los que vienen al mundo para albergar dudas. Por eso su padre no había esperado a que oscureciese para ir juntos a casa de Bonaria Urrai con lo que habían encontrado en el murete, perro incluido.

Sentados a la mesa de la cocina de la familia Urrai, padre e hijo observaban en silencio cómo los dedos huesudos de la tía Bonaria examinaban aquello, mientras Maria, en un taburete junto a la chimenea, tenía al cachorro dormido sobre las rodillas.

—Aquí había mala intención —sentenció Bonaria, tocando con prudencia los extraños elementos combinados que habían servido de compañía al animalito dentro del saco.

Salvatore Bastú dio muestras de impaciencia.

—Buena no era, desde luego. Pero ¿cómo influye en el límite del terreno?

La tía Bonaria levantó el cordel repleto de nudos, los extremos entrelazados a guisa de collar alrededor de un trozo de basalto del tamaño de una nuez enrojecido por el sol.

—Lo ata, lo mantiene inmóvil.

—Pero ¡si lo han corrido por lo menos un metro! ¿Y cómo demonios se las habrán arreglado...? Como mucho hacía tres días que no iba a la finca.

—Tres días bastan y sobran si uno tiene ayuda. Sea como sea, la intención era que, una vez corrido, no volviera a moverse. Y que ni siquiera os dierais cuenta.

—Pues mira por dónde, yo me di cuenta... —terció Nicola con una sonrisa torcida.

La predilección que Bonaria sentía por el hijo mayor de los Bastú no le impidió dirigirle una dura mirada.

—No intentes pasar por más listo de lo que eres, Coleddu. Te has dado cuenta porque el perro no murió enseguida. Si hubiera muerto, ten por seguro que la marca del límite habría desaparecido con él.

Los ojos de la anciana pasaban de los objetos a los visitantes, mientras continuaba manoseando el trocito de basalto fuertemente atado. Parecía esperar algo.

—Ésta, Porresu tiene que pagarla —sentenció de repente Salvatore Bastú.

—No estás seguro de que lo haya hecho él...

—¡Qué mejor prueba que ésta! —explotó rabiosamente el hombre, señalando los objetos pero cuidándose de tocarlos—. Aquí está el mal que me desean. Me han hecho un maleficio para robar un metro de terreno.

Bonaria Urrai negó con la cabeza despacio y no dijo nada más, pero su mano huesuda no paraba de palpar la piedra.

Olvidada junto a la chimenea hasta aquel momento, Maria anunció:

—Al perro voy a llamarlo *Mosè*. —Nicola, su padre y Bonaria se volvieron hacia ella, sorprendidos—. Él no tiene ninguna culpa. Me lo quedaré —añadió.

Al ver que el rostro de la chiquilla se iluminaba con ansia, la mujer sonrió.

—Puedes quedártelo, siempre y cuando te ocupes de él.

Maria asintió, aceptando una autorización que en realidad no había pedido. Un perro nacido para morir como maldición no era algo por lo que hubiera que pedir perdón o dar las gracias. Se quedó junto al hogar acariciando al cachorro, mientras los Bastú eran conducidos hasta la puerta en un silencio cargado de planes. Cuando regresó, la anciana se sentó en el otro taburete frente al fuego. Sin pronunciar palabra, fue echando a las llamas la piedra redonda, el cordel y el saquito del maleficio frustrado, moviendo despacio los labios como si masticara. Todo lo que podía arder ardía; el resto se perdía en la ceniza, borrando su significado.

—Yo también quería quemar esas cosas, tía. El fuego lo purifica todo —sentenció Maria en un murmullo, acariciando al perro y observando los gestos de la anciana.

La mujer la miró antes de levantarse en un inequívoco prelude de despedida.

—Es tarde, vamos. Las personas dentro de casa y los animales fuera. Hazlo salir y después ve a acostarte, que mañana tienes clase.

Se sacudió el delantal mientras *Mosè* veía de mala gana cómo le abrían la puerta a la noche del patio.

Cuando la niña ya dormía, la figura encogida de la anciana aún seguía ante la chimenea, con los ojos fijos en los restos del fuego que iba reduciéndose a brasas mortecinas. La piedra redonda estaba allí como un corazón parado entre la ceniza, la superficie porosa ennegrecida por el fuego; cualquier cosa excepto purificada.

5

Bonacatta, la hija mayor de Anna Teresa Listru, se parecía a Maria en el negro de los ojos, pero en nada más. Robusta como un minero, había trabajado ocho años de sirvienta en casa de Giuanni Asteri para hacerse el ajuar de novia y ahora, pese a que lucía la falda más moderna de su guardarropa, estaba sentada en el salón con la misma gracia que un *nuraga*^[6] desmoronado.

Los parientes de los prometidos parlotaban sentados en el borde de las sillas, bebiendo malvasía con moderación y riendo a carcajadas de cosas por las que normalmente apenas uno sonrío. Todo era un continuo crujir de pliegues de falda a lo largo de la frontera invisible entre una y otra familia: hermanas y primas de la futura esposa servían los *amaretti*^[7] y el vino dulce con sonrisas de falsa timidez y miradas bajas de personas bien educadas. Maria, en cambio, mantenía alzados los ojos y la bandeja, observando con curiosidad a la parentela del pretendiente. Ricos no eran, eso no, porque un verdadero rico no se casa con la hija de una viuda sin bienes. Pero tampoco pobres, a juzgar por los presentes rituales que habían llevado a la futura esposa: una cadena de oro con la medalla de la Asunción, un anillo antiguo y un broche feo pero grande para el pañuelo de la cabeza, que de todas formas Bonacatta, seguidora de la nueva moda que venía del continente, nunca usaba. Maria estaba segura de que ni siquiera todas esas joyas lucidas al mismo tiempo volverían guapa a su hermana, pero en el fondo no era ésa su función. Los regalos eran como exvotos encima de la imagen tumbada de la Virgen de la Asunción: no adornos sino trueques, coral a cambio de gracias, oro a peso para medir la devoción. Si hubiera reflexionado sobre aquello, Bonacatta habría comprendido que detrás de ese alarde de pedrería no existía ninguna devoción, pero la reflexión nunca había sido el punto fuerte de la hija mayor de Sisinnio Listru.

Antonio Luigi Cau, el prometido, estaba sentado al lado de su madre visiblemente incómodo, con la inmovilidad de ciertos animales disecados. Era alto incluso sentado, y aún no había dicho nada; había dejado hablar a sus padres, en parte porque era la costumbre y en parte porque no tenía mucho que añadir a lo dicho.

—¿Es hija tuya también ésta, Anna? Creía que eran tres.

Los ojos de la madre del novio parecían atraídos por la figura espigada de Maria mientras sus gruesos dedos cogían dos *amaretti* de la bandeja.

—Es nuestra Mariedda, la última. La di como *fill'e anima* hace siete años, pero cuando hace falta viene de buen grado a echar una mano —respondió Anna Teresa Listru encantada, adornando la realidad a su conveniencia, como de costumbre.

Aquella locuacidad inesperada brindó a su consuegra la ocasión de interrogar directamente a Maria.

—¿Y de quién eres *fill'e anima*, cariño?

Por un instante, en la sala el cruce de conversaciones quedó reducido a un murmullo mientras Maria, ajena al destello de alarma que despidieron los ojos de su madre, contestaba:

—Me adoptó la tía Bonaria Urrai, la modista, que no tenía hijos.

El silencio que siguió duró lo suficiente para traslucir incomodidad; luego, la madre del futuro esposo cogió otro *amaretto* de la bandeja con una leve sonrisa.

—Bonaria es una excelente persona, la conocemos. Creo que incluso le cosió un traje a Vincenzo cuando era presidente del comité, ¿te acuerdas, Bissè? —dijo guiñándole un ojo a su marido, que escuchaba con interés—. Tiene unas manos de oro, aunque no necesitaría trabajar. Seguro que te trata muy bien... —añadió, mirando de reojo a Anna Teresa Listru.

—Me trata como a una hija, no me falta de nada. —La respuesta de Maria fue natural y cortés, una réplica perfecta mil veces repetida—. Pero cojan otro, los ha hecho Bonacatta.

Maria alargó la bandeja como una mano pidiendo limosna, en un curioso esbozo de reverencia que por un instante ocultó a los presentes su expresión. Los demás parecían presas de un maleficio que los hubiera dejado mudos, a tal punto que a la hermana mayor se le antojó oportuno romper el silencio soltando una trivialidad.

—Maria es afortunada: es un gran privilegio tener dos familias. Yo, desde hoy, me encuentro en la misma situación, ¿no? Porque ustedes serán una madre y un padre para mí, como si fuese su hija...

Al sonreír, la futura esposa conseguía obrar el milagro de parecer todavía más fea, pues dejaba al descubierto una amplia galería de recios dientes. Sin embargo, la frase tuvo el efecto de atenuar la incomodidad entreabriendo los labios a alguna que otra sonrisa forzada.

—¡No te conviene, Bonacatta, que yo no he criado a mis hijos a base de caricias! ¡Pregúntale a Antonio Luigi si he sido blando! ¡Pregúntale! —Vincenzo Cau rió con un sonido ronco, tieso dentro del almidonado traje de vestir, un tres piezas color crema que probablemente le había quedado bien cinco años antes.

Aquella frase bastó para que volvieran a centrar la atención en el tema del encuentro, aunque, mientras todos reían aliviados, su mujer se limitó a sonreír de un modo ambiguo dirigiendo una última mirada a Maria, que seguía presentando impertérrita la bandeja. La callosa mano de Antonio Luigi se acercó a los dulces, mientras ella levantaba los ojos para sostener la mirada del prometido de su hermana.

—¿Tú sabes hacer dulces?

Era la primera vez en toda la tarde que lo oía hablar; su voz de barítono, profunda y pausada, estaba llena de notas graves. Campesino con tierras propias, a los veinticinco años Antonio Luigi Cau era un hombre desde hacía por lo menos diez.

Sorprendida por la pregunta directa, Maria bajó la mirada hacia la bandeja.

—Sé hacer formas de frutas con pasta de almendra. De pera, de manzana, de fresa... y también de animales.

—Muy bien, eso también es importante, porque las cosas no se comen sólo con la boca.

Los bronceados dedos de su futuro cuñado cogieron un *amaretto* del borde de la bandeja, rascando ligeramente el fondo con el dulce. Maria retrocedió un paso como si la hubiera tocado a ella, apartando al mismo tiempo la bandeja y alzando otra vez la vista para mirarlo. Ajeno a esta reacción, Antonio Luigi Cau ya no le prestaba atención y masticaba el *amaretto* apretando los labios, pendiente de nuevo de las otras conversaciones. Maria se quedó parada delante de él unos segundos, hasta que el siguiente familiar cogió otro dulce de almendra de la bandeja, lo que la obligó a continuar. El resto del tiempo que duró la visita de pedida permaneció en silencio y en todo momento servicial, levantándose sólo para retirar la vajilla y evitando mirar a la cara a nadie.

Volvió a casa de la tía Bonaria antes de que oscureciese. Entró con una cesta de *amaretti* sobrantes, abrasada por una fiebre violenta e inconfesable.

—¿Cómo ha ido?

—Son buenas personas, por lo que hemos visto.

—¿Él es serio?

—Parece que sí... —Y añadió en voz baja, con una débil sonrisa—: Es alto.

Bonaria se echó a reír mientras doblaba la última pieza del día, que había cortado en una tela de lana en forma de pequeña capa.

—Ah, entonces estamos salvados. ¿Qué más se puede pedir que alguien que te coja los higos del árbol sin necesidad de escalera?

Maria rió también, notando que se sonrojaba de vergüenza. Si la anciana se dio cuenta, lo disimuló bien.

—Han fijado la fecha para el trece de mayo, si no, después queda demasiado cerca de Pentecostés.

—¿Tienes que ir a ayudar?

Sí, me han pedido que vaya para preparar los dulces y el pan.

—Para los dulces, bien, pero para el pan sólo si es sábado. No quiero que pierdas días de clase.

Maria nunca había estado deseosa de ir a trabajar a su casa natal, pero aquella vez se obstinó como una mula sorda.

—No he faltado casi nunca, ¡y el colegio no se vendrá abajo si un día no voy porque se casa mi hermana!

Bonaria no cedió hasta que Maria hubo insistido varias veces, y al acceder tuvo la sensación de no estar al corriente de algún detalle importante. La falta de interés que Maria había demostrado desde el principio por las visitas a su casa materna siempre la había tranquilizado íntimamente, y no podría haber jurado que nunca hubiera intentado reforzar ese desinterés. Antes de haber visto por primera vez a Maria y su madre en la tienda, Bonaria se había creído portadora secreta del único dolor perfecto, el único que no es posible mitigar. No ignoraba de qué mundo había apartado a la niña, y para estar segura ni siquiera había sido necesario conocer todos sus recovecos; por eso no le había extrañado que la chiquilla no manifestara ninguna nostalgia evidente, como si, en el fondo, en la inmanencia propia de las infancias solitarias, siempre hubiera sabido que su destino no se hallaba allí. Ahora, sin embargo, ante la insistencia de Maria en

asistir a los preparativos de la boda de Bonacatta, la seguridad de Bonaria Urrai se tambaleó. No tenía amigas ni hermanas a quienes confiar sus dudas, pero, aunque las hubiera tenido, se las habría guardado para sí.

* * *

Anna Teresa Listru no le había mentado a su consuegra: pedían que Maria fuese a casa cada vez que resultaba necesario. Lo que no había precisado era que no siempre dichas peticiones se satisfacían. Bonaria Urrai estaba atenta como un azor al motivo de cada petición, y si la consideraba inoportuna, sabía ejercer el derecho a negarse. No es que dijera que no abiertamente. No tenía más que poner como pretexto el bajo de una falda que había que terminar con urgencia o una importante visita de control en la consulta del doctor Mastinu, y a buen entendedor pocas palabras bastan. Tan sólo en casos excepcionales la anciana aceptaba que Maria fuese a trabajar al campo, normalmente con motivo de la vendimia de los Bastú o la recogida de aceitunas. La viuda Listru pensaba que, desde que se había ido a vivir con la Urrai, su hija menor estaba convencida de haberse convertido en una princesa: no había sacado de la tierra una sola patata, no se había agachado para arrancar una acelga, y tampoco se había metido en un arrozal a cambio de un sueldo por trabajar a destajo como seguían haciendo sus hermanas; sobre todo, había dejado bien claro que no se les ocurriera llamarla para hacer el pan a las cuatro de la mañana. Anna Teresa Listru no se quejaba explícitamente, pero no había renunciado del todo a la idea de que la situación privilegiada de Maria tuviera que comportar alguna ventaja más para ella, además de haberla librado de una boca a la que alimentar. Lo que más la fastidiaba era que la vieja Urrai parecía obsesionada con que Maria asistiese regularmente al colegio, excusa que la madre de la niña se creía sólo hasta cierto punto. Al fin y al cabo, Maria estaba en tercero de enseñanza media, así que ya había estudiado más de lo que necesitaría en la vida. No había ninguna razón para que no empezase a devolver un poco de lo que había recibido, teniendo en cuenta de qué olla se había llenado la barriga hasta los seis años. Por tanto, la boda de Bonacatta le había parecido a la viuda Listru una ocasión más que propicia para una pequeña demostración de fuerza frente a Bonaria Urrai, puesto que la cantidad de dulces y pan que había que preparar podía justificar la ausencia de Maria por unos días en el colegio.

Contra los peores pronósticos de Anna Teresa, la vieja Urrai no pareció oponer ninguna resistencia, así que su hija menor se presentó la tarde del día establecido para elaborar los dulces de almendra sin necesidad de haber tenido que pedirlo dos veces. Quizá, después de todo, se podía hacer alguna labor en ese sentido, aprovechando la circunstancia de que alrededor de la gran mesa central del salón reinaba el clima entusiasta de los acontecimientos irrepitibles.

Todos los ingredientes necesarios para los *amaretti* estaban alineados bien a la vista, y, en esa aromática hilera, cada par de manos, incluidas las de la futura esposa, tenía su momento preciso para intervenir. A un lado se encontraban las almendras dulces, desmenuzadas con la tajadera hasta reducirlas a polvo, reservadas en un amplio lebrillo de barro esmaltado, listas para ser mezcladas con la harina y los huevos en una masa que acabaría en el horno con una almendra o

media cereza confitada en el centro. Anna Teresa las había encarecido a ser generosas en harina y ahorrativas en almendra, a despecho de la esponjosidad del resultado. El otro lado de la larga mesa, en cambio, se hallaba dominado por un montón de almendras cortadas en finas láminas, a la espera de ser cristalizadas en azúcar mezclado con ralladura de limón: una vez frías y cortadas en rombos, se convertirían en un sencillo crocante al que sólo los dientes más sanos podrían enfrentarse. Maria rallaba los limones entre el parloteo de sus hermanas y su madre.

—¿Te alegras de no haber ido hoy al colegio? —preguntó Anna Teresa Listru, entrando en materia casi enseguida.

—Bueno... no me disgusta ir, pero hoy era un día especial.

Regina y Giulia cruzaron una mirada mientras Bonacatta trabajaba la masa con los huevos para ablandarla.

—¡No sé cómo te las arreglas para no aburrirte estando todo el rato sentada! —exclamó Giulia—. ¡A mí me parecieron odiosos cada uno de los días que fui al colegio!

—Y el colegio te pagó con la misma moneda, porque acabaste repitiendo cuarto curso —replicó con malicia Bonacatta, animada por la autoridad de sus veinticinco años.

—¡Sí, tú eres la que más ha estudiado! —Regina jamás habría reconocido que a ella estudiar no le había desagradado, y no dejó escapar la oportunidad de echar más leña al sonrojo de su hermana.

La humillación de Giulia encontró una ayuda inesperada en su madre, que habitualmente no intervenía en aquellas discusiones, a menos que acabaran convertidas en un incordio para ella.

—El colegio no sirve para nada —afirmó—. Una vez que has aprendido a firmar y a contar el cambio que te devuelven en la tienda, ya tienes suficiente, que después de todo no vas a ser médica. Piensa que yo hice sólo hasta tercero de primaria y no por eso me han tomado el pelo, jamás, ¡ni siquiera los más instruidos!

A Anna Teresa Listru le gustaba repetir a menudo esa sentencia, convencida de que era una buena idea proponer a sus hijas un modelo a su alcance. Giulia en particular había dedicado sus diecinueve años a ese objetivo, con resultados que su madre no dejaba de ponderar ante las vecinas. «Parezco yo de joven, sana y sin pájaros en la cabeza», proclamaba dando golpecitos afectuosos en la espalda de la que había pasado a ser su hija menor.

—En cambio, a Maria le gusta ir a la escuela... —prosiguió, decidida a no dejar que la conversación decayera—. ¿Qué quieres ser, Maria, doctora en almendras? ¿Profesora de dobladillos y presillas, como la tía Bonaria Urrai?

Sus hermanas rieron, pero la chiquilla no se dejó intimidar; no era la primera vez que su madre tocaba ese tema para burlarse de ella, y desde el inicio de la conversación se había dado cuenta de que ese día estaba esperando que picara el anzuelo.

—El colegio sirve para todo, también para preparar dulces.

—Sí, claro. Nosotras, sin ir a la escuela, no sabríamos hacerlos, ¿verdad? Pero ¿qué tonterías dices?

Maria dejó de rallar el limón. Cogió una de las bolitas de pasta de almendra que Regina acababa de hacer y se la mostró a su madre con aire desafiante.

—¿Sabes por qué los *gueffus*^[8] se llaman *gueffus*?

Anna Teresa Listru la miró como si se hubiera vuelto loca y sus hermanas dejaron de mover las manos para disfrutar de la escena.

—¡Vaya pregunta! Se llaman así porque siempre se han llamado así.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Por qué no se llaman bombines o... trictrac?

Bonacatta dejó escapar una risita e inmediatamente se sintió taladrada por la mirada asesina de su madre.

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Acaso lo sabes? Dínoslo, profesora Maria, venga. Explícanos esa cosa fundamental.

—La palabra deriva de los güelfos, los guerreros que en la Edad Media apoyaron al papa contra el emperador.

—Muy interesante. ¿Y se tiraban bolas de pasta de almendra?

Esta vez rieron todas, pero Maria prosiguió, impertérrita:

—Se llaman así porque, cuando los envolvemos, cortamos los bordes del papel dentados, como las torres de los castillos güelfos.

Su madre había escuchado la explicación entre irritada y entretenida, pero ahora simplemente se divertía.

—Increíble... —Con gesto teatral, cogió un *gueffus* de la mesa enharinada, se lo acercó a la boca y de un bocado engulló la mitad. Mientras masticaba, cerró los ojos, pero de pronto los abrió con expresión de sorpresa—: ¡Que me parta un rayo!... ¡Ahora que sé por qué se llaman así, hasta han cambiado de sabor! ¡Si no llegas a decírmelo, Maria, desde luego no habría sabido lo que estaba perdiéndome!

Giulia y Regina, que entre bromas y veras le habían hincado el diente a un *gueffus* para seguir el juego a su madre, se troncharon de risa, mientras que Bonacatta, preocupada por la preparación de sus dulces, comentó con una sonrisa la desilusión de Maria:

Hoy ya nos has dado la lección. Ahora haz otra cosa buena: acaba con los limones, que necesito la ralladura para los *pirichittus*^[9]. Y te advierto que, si me preguntas por qué se llaman así, lo sé.

—Pero te lo diré cuando seas mayor —terció Regina, que se ganó un pescozón por aquella impertinencia, mientras que Maria se puso otra vez a rallar las cortezas con una furia digna de mejor causa.

Durante tres jornadas la casa de la novia fue un auténtico hormiguero, un ir y venir de parientes y vecinas con cestas repletas de ingredientes frescos y bandejas prestadas para colocar los dulces preparados. Las hermanas Listru trabajaron casi sin parar, alternándose las tareas para dar vida al milagro de un ejército de *capigliette*^[10] bordadas con azúcar a modo de encaje, kilos de *tiliccas*^[11] impregnadas de *saba*^[12], cestos rebosantes de *aranzada*^[13] de perfume especiado, cajas metálicas rellenas de crujientes muñequitas de azúcar y centenares de redondos *gueffus* de almendra, envueltos uno por uno a modo de caramelos en papel de seda blanco, recortado en los extremos como las torres güelfas. En toda la casa no había una sola habitación en que quedara un punto de apoyo libre; a la hora de acostarse, Giulia y Regina tenían que retirar de las camas los cestillos de dulces ya preparados, y se dormían envueltas en la delicada fragancia del agua de azahar.

Ninguna de esas noches Maria volvió a casa de Bonaria Urrai, y antes de dormir fantaseó sin sentimiento de culpa con el novio alto de su hermana.

6

El día en que se casó Bonacatta sucedieron dos cosas terribles, además de la propia boda. La primera fue que Maria hizo lo que había prometido no hacer. Mientras todos estaban ocupados vistiéndola y peinándola a la novia, entró en el dormitorio de su madre. Los postigos de las ventanas se hallaban entornados, pero incluso en la penumbra las telas blancas extendidas sobre la cama revelaban la forma de los cestillos donde habían puesto el pan cocido esa misma mañana para que reposara. El armario de formica bicolor dominaba una pared entera y el espejo oval en la puerta del centro miraba toda la habitación como el ojo de un cíclope. Maria sabía que no disponía de mucho tiempo. Levantó las telas blancas una tras otra con cuidado, examinando el contenido de los cestos hasta que encontró el pan que buscaba, colocado con mimo preventivo en un canasto aparte, justo al pie del espejo.

Perfectamente circular, con palomas y flores moldeadas en relieve, el pan nupcial de su hermana le pareció más delicado y bonito que cuando lo había visto sobre la pala del horno: una filigrana de harina y agua, fruto de un arte al alcance de pocas. Le habían prohibido estar presente mientras su madre y Bonacatta lo preparaban, y el simple acto de mirarlo en secreto constituía también una transgresión cuyas consecuencias le hacían hervir la sangre como una llamarada, avivada por el olor intenso y agradable que colmaba la estancia, como si fuera un vientre. Quería verlo, pero sin segundas intenciones, con el ansia con que algunos acuden a las exposiciones de cuadros famosos y compran la entrada para confirmar su derecho a no poseerlos. Pero resultó que, mientras estaba inclinada observando el pan, su mirada se desplazó hacia el espejo, donde además del pan se vio a sí misma.

Desde el fondo de la casa llegaba, sofocado, el parloteo de las amigas de la novia que la ayudaban a vestirse, pero el denso olor del pan amortiguaba todos los ruidos y Maria ya no los oía. Cometiéndolo el pecado de imaginarse con los ojos del hombre de otra, se puso de pie y se observó sin entender nada. En el espejo era ella quien se casaba ese día, no Bonacatta, porque en aquel mundo misterioso hecho de reflejos la mirada del novio se había posado sobre su rostro como una mano sobre un fragante *amaretto*. Mas la muchacha del espejo no era aún una novia: los pechos jóvenes presionaban la blusa de flores descoloridas con una gracia débil que ni siquiera la fina tela conseguía realzar. Presa de un impulso, sus dedos desabrocharon los botones buscando una promesa de femineidad mejor que aquella; pero la blusa abierta no reveló más que la textura lisa y todavía infantil de la piel, sobre la cual la medalla del bautizo brillaba con la inverosimilitud de una herida de oro. Descubrió la línea tímida del pecho y siguió su perfil hasta

el pequeño pezón, donde se detuvo con la sensación de que acababa demasiado pronto. Aquella decepción le impidió apreciar la gracia de su busto delgado: en las costillas, perceptibles bajo la piel, lo que vio le pareció sólo una pobre tentativa de mujer.

A fin de poner remedio a ese desaire de la edad, volvió a inclinarse sobre el cesto que estaba a sus pies, atraída nuevamente por el pan de los novios y sabiendo que aquel aro de masa cocida, destinado al ofertorio y luego a la eternidad bajo un cristal, colgado de la pared tras haber sido pintado con barniz para protegerlo de la carcoma y el moho, era más importante aún que los anillos. Por eso lo levantó con muchísimo cuidado, con intención de ponérselo lentamente sobre la cabeza, donde encajó como hecho a su medida. Al mirarse entonces se vio por fin guapa, una reina de pan reverenciada por el olor a prohibido de aquella silenciosa coronación. Sonrió, pero de repente un rumor de pasos en el pasillo la hizo volverse alarmada. O quizá lo que la asustó fue el peso impropio de aquel pan vengativo, ornamento de un día que no era el suyo.

El primer pensamiento de Maria fue para su pecho descubierto, aunque hubiera sido mejor que fuese el segundo. En el torpe intento de protegerse del peligro inminente, se inclinó hacia delante para coger las dos partes de la blusa abierta y la corona le resbaló de la cabeza. Sus dedos reaccionaron demasiado tarde para impedir el desastre: el pan de la buena suerte cayó al suelo con un crujido de huesos rotos, destrozado. Si sólo se hubiera perdido eso el día de la boda de Bonacatta, ni siquiera habría sido grave.

Cuando Anna Teresa Listru abrió la puerta para coger los cestos, no vio más que esto: a la menor de sus hijas de pie, con los pechos al aire delante del espejo del armario. Esto y nada más vio también la madre del novio, que había acudido a ayudarla: a la *fill'e anima* de Bonaria Urrai sola entre los cestos del pan tapados, como un menhir erguido en medio de las colinas de junio. Esto y sólo esto vio Bonacatta, vestida de blanco detrás de ellas: los pedazos de su pan nupcial dispersos sobre las baldosas moradas del dormitorio materno. Ninguna de ellas, en ese desastre de reflejos, se percató realmente de Maria, y en esa ceguera colectiva aquél fue el único consuelo para ella, la única forma de familiaridad posible entre las paredes de esa casa. Resultó que, con muy poco sentido de la superstición, pese a todo se celebró el matrimonio, y entre las lágrimas de desesperación de Bonacatta pegaron provisionalmente el pan con clara de huevo y lo metieron unos minutos en el horno templado, a fin de que se mantuviera unido el tiempo suficiente para lucir en el ofertorio de la misa. A Maria le impusieron una indisposición para que no asistiera a la iglesia y, excepto el hijo menor de los Bastú, los únicos que habrían tenido motivos para lamentar aquella ausencia se hallaban al corriente de lo sucedido y no dijeron palabra. Cuando Maria regresó a casa, hacía más de una hora que había oscurecido, pero Bonaria Urrai no estaba.

El viaje en el motocarro, un viejo modelo de la posguerra que había sobrevivido obstinadamente en las pésimas carreteras de los campos de Soreni, fue breve y con muchos tumbos. La acabadora ocupaba el asiento del pasajero y el hombre que había ido a buscarla a casa ni siquiera había intentado entablar conversación con ella. Cuando llegaron al caserío en medio del campo, la anciana se apresuró a bajar. Los ladridos furiosos de dos perros ya habían anunciado su llegada, y en la puerta una mujer joven con un abrigo de paño oscuro los esperaba desde hacía unos minutos.

En la esquina de la fachada más expuesta al mistral, el enlucido descascarillado dejaba entrever las líneas toscas de los ladrillos de barro, mientras que el resplandor de la luna en el cielo sereno permitía distinguir en la era una pequeña construcción de bloques y tejado de fibrocemento, probablemente un gallinero. En las ventanas del edificio principal no se veía luz, como si la casa estuviera deshabitada. Pero no era así.

—Gracias por venir... —murmuró la mujer, tratando de mostrarse educada.

La acabadora se limitó a asentir y ceñirse la toquilla, poco dispuesta a dejarse entretener más de lo necesario. Entraron en la casa; los perros se quedaron fuera, vigilando el motocarro. Dentro la esperaban seis personas, una familia entera en torno a la mesa vacía, que se pusieron en pie como si alguien fuera a pasar lista. Además del hombre que la había acompañado, el marido de la mujer que había abierto la puerta, había otros dos de entre treinta y cuarenta años que inclinaron la cabeza en señal de respeto; junto a la chimenea había también dos niñas en pijama, con los ojos soñolientos de quien habitualmente a esas horas ya lleva un rato durmiendo. La más pequeña sujetaba un perro de trapo que debía de haber sido blanco. La acabadora intuyó enseguida quién tomaba las decisiones allí y le preguntó a ella.

—¿Dónde está?

La mujer dirigió los ojos hacia una puerta de madera situada a un lado de la habitación y medio escondida por un voluminoso aparador antiguo.

—En ese cuarto de ahí, únicamente lo movemos ya para que no se llague.

La acabadora se encaminó a la habitación, seguida en silencio por los otros como en procesión.

En el cuarto sólo estaba encendida la lámpara de la mesilla de noche, junto a la cama, pero bastaba para dibujar sombras informes en la esquelética cabeza del anciano que yacía entre las mantas, alzada por dos almohadones. Parecía dormir.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó la acabadora, acercándose al lecho, al tiempo que los demás se colocaban espontáneamente alrededor.

—Hará ocho meses la semana que viene. Pero dos años en total, contando cuando podíamos sentarlo.

Sólo hablaba la mujer, que de vez en cuando cruzaba una mirada con su marido y sus hermanos. Los ojos oscuros de la acabadora se clavaron en ella.

—¿Ha pedido él que yo venga?

La otra negó con la cabeza varias veces, desviando la vista como para ocultar que se le saltaban las lágrimas.

—No, no habla desde hace semanas —añadió al cabo de un momento—. Pero yo entiendo a mi padre.

Aparentemente satisfecha con esa respuesta, la acabadora sacó la mano de debajo de la toquilla negra para rozar con delicadeza la huesuda frente del anciano. Al sentir aquel contacto, el hombre abrió los ojos y dirigió hacia ella sus pupilas mortecinas sin emitir un solo gemido.

—¿Le habéis quitado las bendiciones de encima?

—Todas. Hemos revisado también los cojines y el colchón. Hasta la medalla del bautizo le hemos quitado. Ya no queda nada que lo retenga. —Había algo febril en la voz de la mujer al

enumerar los objetos—. Hasta le hemos puesto el yugo.

La mujer se acercó a la cama e introdujo una mano bajo la almohada, de donde extrajo una pequeña madera toscamente tallada en forma de yugo de bueyes. La acabadora la examinó y luego volvió a mirar al anciano tumbado en el lecho. Cuando habló de nuevo fue para dirigirse a los otros familiares en tono perentorio:

—Salid todos.

A ninguno de los hombres se le ocurrió desobedecer. Al ver que la dueña de la casa no se movía, la anciana la miró fijamente. De mala gana, la mujer salió también del cuarto y cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido.

Una vez se hubo quedado sola con el anciano, lo examinó. Los ojos abiertos del tío Jusepi Vargiu poseían la inmovilidad irreversible de las cosas rotas. Bonaria le cogió la mano descarnada, palpó con cuidado la muñeca y el antebrazo, y algo en aquel contacto la sobresaltó.

—Al final te han llamado... —murmuró el anciano con voz ronca.

Con su garra esquelética atrajo hacia sí la mano de la acabadora, obligando a la alta figura oscura a inclinarse. Pese a su debilidad, el murmullo del anciano no se perdió en el pliegue de la toquilla y Bonaria Urrai lo oyó perfectamente. Fuera, la familia esperaba rezando, pero la acabadora no tardó ni el tiempo de un *Pater ave gloria* en salir de la habitación, dejando deliberadamente abierta la puerta a su espalda. Los parientes del anciano se levantaron de nuevo. Cuando Bonaria Urrai se dirigió a la mujer y su marido, lamentaron no haber nacido sordos.

—Antonia Vargiu, por haberme llamado sin motivo, malditos seáis todos los presentes. —A lo largo de tantos años jamás se había visto obligada a pronunciar semejantes palabras, pero ahora que eran necesarias le afloraban a la boca sin ningún titubeo—. Por haberme mentido diciéndome que no hablaba, malditos sean vuestros hijos, los que tenéis y los que vengan.

—¡No! —la interrumpió la mujer que la había recibido, mientras los demás retrocedían mascullando conjuros—. Estaba muriéndose... ¡también lo dijo el doctor!

—Sabes perfectamente que tu padre no está moribundo —repuso la acabadora en idéntico tono y sin cambiar de expresión—, ni siquiera está cerca de sus últimos días. Dale de comer. Si muere de hambre, no volverás a dormir en tu vida.

La niña del perro de trapo rompió a llorar, pero en ese momento consolarla no era la preocupación de ninguno de los adultos presentes. Sin siquiera despedirse, la acabadora salió de la casa. Cuando, menos de una hora después, el motocarro se detuvo delante de la vivienda de Bonaria Urrai, Maria estaba despierta y tremendamente angustiada.

—¿Dónde se había metido? ¡Me tenía preocupada!

—Estaba fuera.

—Eso ya lo veo, tía... ¿Quién era ese hombre?

—No lo conoces, Maria. Y no deberías estar despierta a estas horas, mañana es lunes.

La reacción de la chiquilla fue de fastidio, que no trató de ocultar.

—¡Y a mí qué me importa el colegio! ¿Dónde estaba?

Bonaria, todavía con el polvo del viaje encima, producto de la carretera sin pavimentar, no disimuló su sorpresa ante aquel tono.

—No tengo que rendirte cuentas de adonde voy, Maria Listru. ¿O acaso ahora eres tú la mayor

y yo la pequeña?

Aquella frase tajante no bastó para devolver a su sitio a Maria, que experimentó un último arrebato de rabia.

—Aunque sea pequeña, ¿no tengo derecho a saber lo que ocurre en casa? Es más de medianoche, ni siquiera he cenado para esperarla...

—Gallina que no come, ya ha comido. Tendrías la barriga demasiado llena de la boda de tu hermana para prepararte la cena.

Maria no contestó, se limitó a mirar el rostro de la anciana modista y su toquilla negra, todavía ceñida alrededor del cuerpo como para protegerla del frío inexistente de un mayo templado incluso de noche. Bonaria Urrai captó en aquel silencio un relato de cosas no dichas y la miró a su vez.

—Cuéntame qué ha pasado —murmuró, quitándose la toquilla.

Aquella noche nadie durmió, ni las Listru, que tenían algo que celebrar, ni los Vargiu, a quienes se les había esfumado el motivo para hacerlo, ni las dos mujeres de la casa de Taniei Urrai, que, abrazadas junto a la chimenea, se quedaron hablando hasta el amanecer acerca de un pan y un amor destrozados. Sólo cuando llegó el alba Maria recordó, al meterse en la cama, aquella otra ocasión en que Bonaria había salido de noche, cuando, cinco años antes, murió Giacomo Littorra. Pensó en ello como sumergida en el agua, con la confusión soñadora de los recuerdos de infancia, y finalmente, exhausta, cayó dormida. Todo aquel asunto tenía algo bueno, y es que ya no resultaría necesario inventar excusas para no ir a ayudar a su madre a hacer el pan.

7

Habían transcurrido cuatro años desde el incidente del linde de Pran'e boe y Nicola Bastíu no acababa de entender cómo su padre había dejado pasar el asunto sin hacer nada. Asestando rabiosos golpes con el hocino, podaba el seto del lado sur de la finca, el de la parte de los olivos, echando de vez en cuando un vistazo en la dirección opuesta, al otro lado del murete, donde Manuele Porresu esperaba desde hacía días bajo la pérgola de su casa el momento idóneo para segar el fruto del campo, casi doscientos metros más grande gracias al límite desplazado sobre el terreno de los Bastíu. Los otros propietarios colindantes ya habían segado, unos antes y otros después, y el aire estaba cargado del humo denso que despedían los rastrojos quemados, lo que aumentaba la temperatura al menos un par de grados, algo no precisamente ideal en aquella estación. Nicola apenas se había dignado dirigirle una mirada antes de ponerse a podar el seto sin piedad, mientras su hermano, junto a él, trataba inútilmente de contener su ritmo furioso.

—Nicò, acabarás por hacerme daño si sigues moviéndote como un gorila.

—Déjame en paz, Andría, que cada vez que vengo aquí y veo lo que está haciendo ese miserable...

Andría se sabía de memoria la lista de quejas de su hermano. Aquel terreno reducido de tamaño le tocaría a Nicola en el reparto, y la idea de sufrir una injusticia relacionada con sus bienes futuros sin tener aún autoridad para vengarse multiplicaba su rabia con intereses.

—Parecía que papá quería hacérselo pagar y luego no hemos hecho nada. ¡Y este año ése va a sacar como mínimo cuatrocientos quintales más ante nuestras narices!

Cada vez que trabajaba a lo largo del lado codiciado del terreno, Nicola medía a ojo la parte que según él faltaba y calculaba el perjuicio basándose en lo que Porresu había plantado aquel año. Unas veces eran tomates, otras melones. Ese año se trataba de trigo.

—Papá te ha explicado la razón de que...

—¡Y a mí qué me importan los amigos de papá, la gente que conoce papá y las ofensas que no quiere cometer papá! El terreno es mío, y Porresu ya ha hecho una vez con él lo que le ha dado la gana. ¿Qué le impide volver a desplazar el linde esta noche, en vista de que ha encontrado a unos tontos que se quedan mirando sin mover un dedo?

—Cree que el maleficio con el perro está en el murete y no lo tocará, lo sabes perfectamente.

Pese a que el razonamiento era impecable, Nicola no se daba por satisfecho: si bien esa

respuesta ofrecía garantías para el futuro, no le devolvía el terreno perdido. El hocino zumbaba en el aire como un abejorro mientras las zarzas caían a sus pies en un desorden calculado.

—Yo sólo he aprendido una cosa: que lo que es mío debo defenderlo yo. Papá está mayor, no tiene ganas de enfrentarse con unos y otros. A mí, en cambio, me importa mucho que no se burlen de mí.

—Vale, Nicola, ¿y qué puedes hacer? ¿Quitás el murete y vuelves a levantarlo sobre su trigo? Si lo hicieras, entonces serías tú el que desplazara los lindes de los demás.

Nicola dejó de agitar el hocino y lo miró.

—Si uno no puede recuperar lo que le han quitado, al menos puede actuar para que el ladrón no disfrute de ello.

—No te entiendo... —mintió Andría, observando la cara cubierta de sudor y polvo de su hermano.

—Yo sí que me entiendo, ya lo creo... Más vale que no se hagan ilusiones los hijos de Porresu, pues no se convertirán en doctores gracias a mi dinero.

—Yo no haría nada distinto de lo que ha hecho papá, Nicò. Si no, al final acabarás perdiendo más de lo que ganas.

—¿El terreno es tuyo, Andría?

—No, pero...

—Entonces, métete en tus asuntos, que no vas a ser tú quien me dé clases de cómo vivir. Por cierto —añadió con deliberada malicia—, ¿le has dicho a Maria Urrai que estás enamorado de ella, o tengo que escribírselo yo en el muro de su casa?

Andría guardó un silencio que pesaba más que una imprecación, y con ese peso terminaron de desbrozar el seto y apartaron las zarzas, que en un gran montón dejaron secar al sol para quemarlas unos días después.

Durante toda la tarde Andría no paró de pensar en las palabras de su hermano, sin saber si creerlo realmente capaz de llevar a cabo su amenaza. Demasiado prudente para contárselo a su madre, era también, pese a la opinión de Nicola, lo suficientemente despierto para darse cuenta de que no convenía hablar del asunto con su padre o con los amigos en el bar. Maria era su único interlocutor de confianza, como constató una vez más al contemplarla sentada en una silla de rafia hecha expresamente para ella, mientras a la avara luz de un cielo nublado cosía un bolsillo en un vestido de paño con la habilidad de una modista experta.

—¿Qué crees que podría hacer?

—Andrí, tu hermano no es tan estúpido. Habla así porque está enfadado, pero no tiene ninguna prueba que le permita actuar.

—Tú no lo has visto, ése no va a quedarse de brazos cruzados...

Junto a la chimenea apagada yacía, acurrucada, la figura leonada de *Mosè*; el maleficio frustrado dormía plácidamente al murmullo de las voces de los dos jóvenes, aprovechando la ausencia de Bonaria para disfrutar de esas horas dentro de casa concedidas furtivamente por Maria. El amor incondicional de aquel animal le parecía a la joven la única cosa del mundo que no le había sido preciso ganarse. Andría, para calmar los nervios, se acercó a él y, agachándose, hundió en el suave pelaje de *Mosè* la cara, en la que empezaban a aparecer las primeras sombras

de barba.

—No me parece capaz de confundir un daño con un remedio —afirmó Maria—. Pero si tú crees que lo es, deberías contárselo a tu padre.

Si hubiera tenido esa certeza, Andría ya habría hablado con su padre, aun a riesgo de que su hermano le pateara el culo, pues por algo así sería muy capaz de cantarle con gusto las cuarenta. Pero, como no tenía ninguna certeza, decidió que en todo aquello había mucho ruido y pocas nueces y, sin saberlo, desoyó a su instinto por última vez en la vida.

Para un hombre que aspire al respeto de los demás, las cosas buenas pueden ser también gratuitas, pero las malas deben ser siempre necesarias. Si alguien le hubiera pedido cuentas en aquel momento, Nicola Bastú no habría dudado en atribuir a lo que estaba a punto de hacer el carácter de necesidad que podía justificarlo. Con todo, escogió la noche para llevarlo a cabo, porque para ciertas cosas la oscuridad ya es, a su manera, una forma de perdón. No disponía de mucho tiempo para ejecutar su plan, puesto que en casa creían que estaba en el bar con los amigos, mientras que los amigos suponían que aún no había salido de casa. El clima sería un buen aliado esa noche: el aire era seco y del sur se había levantado un viento caliente que azotaba la hierba a ráfagas bruscas y acariciaba el trigo maduro de Porresu con la mano hipócrita del pastor en el matadero. Había suficiente luna para ver, pero Nicola sabía que eso no constituía forzosamente una ventaja, así que se movió rápido tratando de aprovechar la sombra más densa del murete y los árboles, a un paso que respetaba los silencios nocturnos del campo. Fue necesario arrastrar al otro lado del muro parte de las zarzas secas amontonadas con Andría días antes, para llevarlas hasta el punto más meridional de la finca de Porresu; era la única manera de conseguir que el incendio, una vez iniciado, se propagara en la dirección en que causaría un daño mayor, la misma del viento. Hizo falta poco tiempo y mucha atención, porque Nicola no quería que la huella de las zarzas arrastradas sobre el terreno blando condujera hasta el autor de un modo tan ostensible. Porresu debía sospechar que se la habían jugado, pero sin estar tan seguro como para meter por medio a la justicia, exactamente igual que había hecho él con los Bastú cuatro años antes. Con ese viento, el incendio podía muy bien haber sido originado por el fuego procedente del campo de un vecino, quizá uno de esos donde, bajo el terreno ennegrecido, todavía quedaban virulentos rescoldos de los rastrojos quemados en aquellas jornadas. Cabía la posibilidad de que no estuvieran bien apagados. Cabía la posibilidad de que se levantara viento. Cabía la posibilidad también de que quien creías que era tonto te tomara por tonto a ti, pero no era la hipótesis más probable, y justo con eso contaba Nicola mientras encendía la yesca para prender las zarzas amontonadas.

Cuando las llamas se elevaron hacia el cielo como una blasfemia, el hijo mayor de Salvatore Bastú ya había echado a andar en dirección al coche dejando al viento hacer su trabajo, pues él, por ese día, había cumplido con su parte. El disparo de escopeta que silbó en la noche lo alcanzó cuando casi había llegado a la carretera y lo dejó tendido de bruces contra la tierra batida, sin una explicación ni un grito.

8

El capitán de los carabinieri, calabrés de ascendencia siciliana, no se lo había creído ni por un segundo, pero tenía suficiente experiencia para saber que con ocho testigos que confirmaban la versión del accidente de caza no quedaba el menor margen para ponerse puntilloso. Hay sitios donde la verdad y el parecer de la mayoría son dos conceptos que se sobreponen, y en esa misteriosa geografía del consenso Soreni era una pequeña capital moral. El atestado fue redactado, firmado y archivado, y Nicola acabó en casa con una pierna herida de bastante gravedad, más avergonzado por no haber tenido éxito en su intento de venganza que por haber obligado a su padre a pedir a los amigos que mintieran para ocultar su fracaso.

Enterado de la historia que habían inventado para explicar ante la justicia el asunto de la finca de Pran'e boe, Manuele Porresu acudía a la misa dominical del brazo de su mujer con la sensación de no tocar el suelo, orgulloso de haber hecho justicia en su propia injusticia y consciente de haber conquistado el silencioso respeto incluso de los que antes le habían quitado la razón. En cambio, lo que más le pesaba a Salvatore Bastú era que su hijo hubiera pasado por idiota, y de rebote lo hubiera hecho pasar a él como tal. Nadie era objeto de mayor escarnio ni tenido más al margen en Soreni que un idiota, porque, si bien la astucia, la fuerza y la inteligencia se podían vencer con las mismas armas, la idiotez no tenía mayor enemigo que ella misma, y su esencial imprevisibilidad la volvía más peligrosa todavía en los amigos que en los enemigos.

Y lo peor era que en ninguno de los dos casos la fama de idiota podía ir acompañada de respeto, algo tan prioritario en un lugar donde bienes, aparte de ése, no había muchos más.

Giannina Bastú iba a hacer la compra con la cabeza bien alta a pesar de todo, pero el brillo malicioso en los ojos de quienes le preguntaban en tono meliflúo cómo estaba Nicola la llevaba, la mayor parte de las veces, a mentir proclamando una curación cada vez más próxima. En realidad, la pierna de su hijo empeoraba de día en día, pues, a pesar de las meticulosas curas, se había producido una infección que lo mantenía con fiebre y había obligado dos veces al doctor Mastinu a reabrir la sutura para drenar el pus. Maria y Bonaria tuvieron que esperar para realizar la visita de cortesía, porque Nicola se negaba a recibir a nadie, en parte por vergüenza y en parte porque no quería que los amigos supieran en qué estado se encontraba; pero, al cabo de dos semanas de inmovilidad total en la cama, el joven se había convertido en un león enjaulado que a duras penas soportaba siquiera la visión del médico y de sus familiares. Pasaban los días y su pierna no daba indicios de mejora, hasta que el doctor Mastinu comprendió que no había ninguna mejoría que esperar.

En cuanto corrió la voz por los bares del pueblo de que era probable que a Nicola le amputaran la pierna, el llamado accidente de caza dejó de considerarse divertido.

Era la primera vez que Bonaria veía a Nicola desde el suceso de Pran'e boe. Incluso cuando el joven había empezado a recibir visitas, la vieja modista había esperado, y ni siquiera había mandado a Maria a preguntar por su estado. Era como si se hubiese distanciado del suceso y de su protagonista, como si el acontecimiento en que Nicola no había perdido la vida por muy poco lo hubiera matado realmente y hecho renacer en una tierra extraña, más lejana y ni siquiera colindante, una tierra para llegar a la cual había que emprender un larguísimo viaje.

Nicola Bastú estaba instalado en la cama de matrimonio para los invitados, en la habitación reservada a los tíos que acudían en las fiestas y utilizada el resto del tiempo para dejar cosas de valor. Se hallaba sentado en el centro del lecho, rodeado de cojines, con una sencilla camisa clara y la pierna herida sobre el cobertor para facilitar la cura. La colcha de chenilla de vivo color presentaba una indiscreta fantasía de amorcillos que sostenían cornucopias desbordantes, pero, a causa de un juego irreverente de superposiciones, parecía que sostuvieran también la extremidad gangrenada, extendida entre sus bracitos rechonchos como un tesoro que se dispusieran a repartir. Sobre ese fresco barroco, Nicola, de mirada y palabras torvas, producía el efecto de una mancha mal lavada.

—Dicen que no me curaré. Vino también el doctor Schintu de Gavoi y me dijo que no se puede hacer nada. Tienen que cortarme la pierna.

Clavó en Bonaria una mirada acusadora, como si la culpa de aquella sentencia revoloteara en el aire del cuarto, impaciente por encontrar a alguien dispuesto a asumirla. Para enfatizar el alcance del desastre, Nicola añadió:

—Moriré.

Bonaria Urrai lo miró, pálido en la cama, y se apretó las manos sobre el vientre. Hasta ese momento no había sostenido la mirada de juez del hijo de los Bastú deliberadamente, pues un lecho de enfermo jamás ha sido el lugar adecuado para buscar culpables. Cuando habló, lo hizo con voz clara y ligera, como si se tratase de un asunto insignificante.

—No morirás, sólo te amputarán la pierna.

—Es lo mismo. ¿Acaso un caballo no está muerto si se queda cojo? ¿O lo alimentan con forraje de tullido?

—Tú no eres un caballo, Nicola.

—Justo porque no lo soy, me merezco algo más que llevar toda la vida luto por mí mismo.

—No serás ni el primero ni el último.

—Antes me mato.

Ella lo miró con dureza mientras el joven hablaba. Pese a su conocida predilección por Nicola, en ese momento no parecía haber ninguna conmiseración en aquellas manos huesudas sin anillos, entrelazadas como un ovillo intacto. Su voz tenía la misma temperatura fría que el aire

exterior, como si la anciana se hubiera convertido en el soplo de viento que se cuele por una rendija para renovar el aire viciado de una habitación.

—El Señor nos da y el Señor nos quita. No podemos coger sólo lo que nos gusta.

Nicola rió al oír aquella frase hecha: una risa sarcástica que contenía toda la rabia de un hombre que se siente impotente por primera vez.

—¿La han nombrado cura, tía Bonaria? ¡Tenemos un cura mujer en Soreni y no lo sabe nadie! ¿Y ahora quién le dice a don Frantziscu que tiene como vicepárroco a la hija de Urrai?

Ella no se inmutó ante esa falta de respeto que en boca de otros habría considerado intolerable.

—Burlándote de mí no cambiarás las cosas de la vida.

—Pero puedo cambiar las de la muerte —replicó Nicola, decidido a aprovechar la circunstancia y jugárselo todo a una carta—. O puede hacerlo usted...

Bonaria se puso en guardia y le clavó los ojos como si fueran espinas.

—No te comprendo —aseguró con voz neutra.

—Sí que me comprende. —Nicola bajó el tono hasta el susurro, despiadado en su angustia—. Santino Littorra me contó lo que hizo con su difunto padre. Yo no pido nada distinto.

Inesperadamente, la anciana se levantó de la silla de un brinco, como si quemase; se acercó a la ventana dando la espalda a Nicola, y cuando se volvió lo miró con una expresión que el joven nunca le había visto.

—Estás hablando de cosas que no te incumben, y Santino se ha equivocado haciendo lo mismo. En cualquier caso, te haya dicho lo que te haya dicho, son dos casos que no se parecen en nada. Giacomo Littorra estaba agonizando.

—Y yo ya estoy muerto, pero no pueden enterrarme.

Bonaria hizo un gesto de exasperación con la mano, más elocuente que cualquier palabra.

—¿De verdad crees que es mi tarea matar a quien no tiene valor para afrontar las dificultades?

—No; creo que es ayudar a quien desea dejar de sufrir.

—Ésa es la misión de Nuestro Señor, no la mía. Nunca has creído en las cosas correctas, ¿y ahora quieres enseñarme a mí las erróneas?

Nicola, poco propenso a respetar papeles divinos en la comedia que le había tocado protagonizar, hizo un ademán de fastidio ante esa salida de Bonaria. Con la voz alterada, llamó a su madre, que acudió de inmediato secándose las manos en el delantal.

—¿Qué quieres, Nicò?

—La tía Bonaria se ha hecho cura, mamá. Ya suelta las sentencias como los que viven de ofrendas. ¡Oye lo que dice!

Giannina se volvió hacia Bonaria con aire confundido, pero la anciana no se había movido y escudriñaba los ojos febriles de Nicola con una expresión impasible en su arrugado rostro.

—Pero ¿qué estás diciendo, Nicola? ¿Son formas de hablar a las personas que vienen a visitarte?

—Tu hijo está mal y dice tonterías, Giannina. No le hagas caso; ni siquiera yo le presto atención.

—No digo tonterías. Las dice usted, que tiene dos piernas y viene a decirme que lleve mi peso

sobre una sola. Los curas hacen lo mismo... los curas y los idiotas.

—Nicola, tú sabes por qué te digo las cosas. Es inútil que te desahogues conmigo.

—Entonces, ¿por qué habla como alguien que no sabe nada de la vida?

—Aquí sólo hay una persona que no sabe nada de la vida. Si tuvieras sentido común, deberías agradecer a tu santo el milagro de seguir vivo, porque esa herida era para estar ya bajo tierra, y nosotros alrededor llorándote.

—¿A pasar toda la vida en la cama lo llama milagro? ¿A ir a cagar transportado en una silla lo llama usted milagro? Antes sí que era un milagro, era un hombre de los que en Soreni tal vez sólo haya dos, o ni siquiera. Ahora soy un tullido, alguien que no vale el aire que respira. ¡Cien veces mejor habría sido morir!

Bonaria calló ante aquellas palabras, volviéndose hacia la ventana desde donde el día todavía iluminaba la habitación con una irreal y cálida luz rosada. Los amorcillos de la colcha respondían a aquella caricia luminosa con un centelleo vulgar, produciendo entre los pliegues de la chenilla la ilusión óptica de una danza infantil e histérica. Recogió la toquilla de la silla con un leve movimiento que preludiaba la despedida.

—¿Eso es lo que crees realmente, Nicola? —murmuró mientras salía—. Me parece que estás equivocado. Si una pierna no es suficiente para ser hombre, entonces cualquier mesa es más hombre que tú.

Giannina Bastú reprendió disgustada a su hijo, súbitamente enmudecido, antes de seguir a Bonaria con paso rápido. Las dos mujeres se miraron en silencio en el estrecho pasillo, mientras en el cuarto se oían pequeños y rabiosos movimientos en la cama, todo lo bruscos que permitía el estado de Nicola.

—No lo acepta. ¿Qué podemos hacer? —susurró su madre tras unos minutos de espera nerviosa.

—Probad a llamar al vicario.

—¿A don Frantziscu? ¿Y qué puede ofrecer a Nicola, si mi hijo ni siquiera cree en Dios?

Bonaria miró a su amiga con los labios apretados, reflexionando.

—No lo sé, Giannina, pero en la hora de la debilidad algunos prefieren hacerse creyentes que fuertes. Quizá logre convencerlo, en nombre de Dios, de que se acepte como es.

Giannina Bastú asintió no sin un asomo de resignación. La idea de tener un hijo creyente no le resultaba, en el fondo, menos extraña que la de tener un hijo mutilado.

9

La bicicleta estaba del revés, apoyada en el sillín y el manillar. La mano de Andría Bastú hacía girar la rueda trasera con lentitud, mientras sus ojos buscaban el pincho que con toda probabilidad había perforado la cámara de aire. Maria salió por la puerta trasera con una palangana llena de agua hasta la mitad y la puso al lado de la bici.

—Déjalo, si has ido a Turrixedda será uno de esos pequeños. Más vale meterla en el agua y ver directamente por dónde pierde.

Andría no opinaba lo mismo. Sin dar muestras de haberla oído, siguió girando el neumático en espera de la protuberancia reveladora, paciente y silencioso como un minero.

—Andría, no puedo pasarme aquí toda la tarde por un pinchazo.

La voz de Maria lo sacó de su concentración y el joven levantó los ojos de la rueda con expresión inquisitiva.

—Si tienes cosas que hacer, vete, yo quiero acabar. Es que no podía hacerlo en casa. Nicola acaba de volver del hospital y no voy a ponerme a reparar una bici en el patio, delante de su ventana...

Su amiga asintió y fue a sentarse en el bordillo de su casa, en absoluto preocupada por los vaqueros, que eran nuevos.

—¿Cómo está?

—Fatal. Gruñe como un animal, se mete con todos y no para de repetir que quiere morirse.

—En parte lo comprendo, pero debe de ser difícil para vosotros...

—Mi hermano nunca ha tenido un carácter fácil, pero esto es lo peor que podía pasarle. Mamá llora a escondidas, papá hace como que todo va bien y él se enfurece todavía más. Me da la impresión de que todo lo que hago lo pone nervioso —explicó Andría, al tiempo que quitaba el neumático y sacaba la cámara de aire para hincharla con su inflador blanco.

—Me gustaría ir a verlo, pero no quiero ser entrometida.

—No sé si es buena idea, aunque a lo mejor contigo se controla...

Andría hizo girar gradualmente la cámara en el agua de la palangana hasta que de un punto invisible se elevaron unas reveladoras burbujas.

—¡Ya te tengo, cobarde! ¡Ahora un parche y arreglado! —exclamó, satisfecho—. Cuanto menos se ve, más daño hace, siempre pasa lo mismo.

Desde que le habían amputado la pierna derecha en el hospital de Mont'e Sali, Nicola dormía cuatro horas al día, y sólo si estaba sedado. El doctor Mastinu había asegurado que era normal, que haría falta un poco de tiempo, pero Giannina Bastú no acababa de creérselo, porque su hijo nunca había sido una persona propensa a quejarse del dolor. Se había roto por lo menos siete huesos, de pequeño no lo asustaban ni las alturas ni las profundidades; nidos en los árboles y culebras en los fosos constituían retos irresistibles para él, y la imprudencia era su modalidad de juego preferida, para continuo desespero de su madre y cierta satisfacción mal disimulada de su padre. Una vez, jugando a la pelota, hasta se había fracturado un hueso interno de la mano, una pieza pequeñísima de la que nadie había oído hablar, a tal punto que sus amigos se habían burlado afirmando que, con tal de romperse otro hueso, se había inventado uno que no existía. No, Nicola Bastú no era un quejica. Pero su madre lo hubiera preferido, porque al verlo callado y hosco en la cama, con el muñón cosido y cubierto por un paño, se le formaba en el pecho como una bola de grasa caliente que no se disolvía y rodaba arriba y abajo mientras le arreglaba las sábanas, le llevaba la comida o simplemente se asomaba para ver si necesitaba algo. Le habían puesto el televisor en la habitación para que se distrajera cuando estaba solo, pero él lo tenía casi siempre apagado y miraba por la ventana, proyectándose en un mundo de rabia silenciosa donde era el único ciudadano con derecho a residencia. Así lo encontró el vicario cuando Giannina, superadas sus reticencias, reunió valor para seguir el consejo de Bonaria Urrai y lo invitó a visitar a su hijo.

Párroco en Soreni desde los veintiún años, don Frantziscu Pisu tenía una barriga prominente sobre la cual los botones de la sotana se ponían tirantes cada vez que respiraba hondo. Esa incómoda hinchazón contradecía manifiestamente el resto de su cuerpo, seco y casi raquítrico, y de perfil conseguía hacerlo parecer una lagartija que se hubiese tragado un huevo, frustrando la elegancia austera de la sotana, que el viejo cura raramente se cambiaba. En Soreni era de todos conocido su tic de pasarse continuamente las manos por la panza para estirar la tela, en un intento de minimizar la que consideraba su única vergüenza visible, lo que despertaba sonrisas burlonas. Los más benévolos le habían deformado el apellido convirtiéndolo en Pisittu, o sea, gatito, quizá porque su tic recordaba los lametones concienzudos de estos animales para alisarse el pelaje. Algunos, sin embargo, lo llamaban más pérfidamente Tzicu, palabra que además de ser diminutivo de su nombre tiene otro significado, «traguito», que sugería un origen alcohólico de la abultada barriga. Aunque estaba al corriente de ambos apodos, nunca había dado importancia al asunto, con la paciente superioridad de quien en más de cuatro lustros había celebrado los funerales de cuantos se iban, incluidos los irreverentes. Probablemente su pensamiento no se hallaba lejos de esa disposición de ánimo cuando llamó a la puerta de los Bastú, familia de hombres que desde luego nunca se habían arriesgado a romperse un hueso subiendo la escalinata de la iglesia. Pese a ello, le había sorprendido sólo en parte la petición de Giannina de que fuera a visitar a su hijo mayor, porque no era la primera vez que algún supuesto anticlerical descubría ser temeroso de Dios en la hora postrera. Una vez en la cruz, todos los ladrones se volvían buenos.

—Hola, Nicola —murmuró al entrar en el dormitorio, obedeciendo a la seña furtiva que le hizo Giannina Bastú, suficientemente prudente para quedarse fuera del alcance de las previsibles

pullas del hijo.

El convaleciente apartó los ojos de la ventana para dirigirlos a la puerta con el ademán instintivo del cazador. Reconoció al visitante de inmediato, pero no se inmutó.

—¡Anda! Me han mandado al cura... Eso es que me estoy muriendo. ¡Y yo que, por no saber leer y escribir, me creía ya tullido de por vida!

—No estás muriéndote, y a buen seguro que los médicos te lo han dicho. He venido simplemente a hacerte una visita.

El joven no le indicó que se sentara y el viejo no se aprovechó de su edad para hacerlo sin ser invitado. Tal vez no era un encuentro para sentarse, después de todo.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Había venido alguna vez a visitarme?

Don Frantziscu no mostró la menor incomodidad por la pregunta. Con gesto pausado, se quitó el gorro de lana azul de la cabeza canosa, haciendo caso omiso de la mueca de fastidio del joven.

—Nunca lo habías necesitado.

—¿Qué le hace pensar que ahora sí lo necesito? Si ha sido mi madre quien se lo ha pedido, lo ha molestado para nada.

—No hace falta que me lo pidan, los sacerdotes hacen estas cosas por iniciativa propia, es su trabajo.

—Hurgar en el dolor ajeno, es verdad. Un bonito trabajo, sin duda se ganarán el paraíso. Pero no espere, don Frantzí, que por el hecho de que me falta una pierna me ponga ahora a buscar una muleta.

El viejo cura recordaba bien ese descaro, esa inteligencia que escapaba a toda serenidad. Buscó los ojos del joven, dejando a un lado el vivido recuerdo de otro Nicola Bastíu, un chiquillo rebelde con pantalones cortos y las rodillas desolladas por el patio de cemento detrás de la iglesia. Ahora resultaba fácil reconocer la raíz, observado el fruto que había dado. Suspiró lentamente.

—Sólo he venido a hablar, Nicola...

—¿A hablar conmigo? ¿Y de qué? ¿Del sexo de los ángeles? ¿De cómo preparar la fiesta de la Magdalena? Podemos hablar de cualquier cosa, ¿no? Total, ahora tengo tiempo para dar y tomar.

—He venido a hablar de lo que te ha pasado.

—Usted no sabe nada de lo que me ha pasado. —La despectiva réplica del joven fue como un latigazo dado al viento.

—Te equivocas, en Soreni están enterados hasta los perros, como también saben que tu inconsciencia te ha costado una pierna.

—Muy bien, así en el bar tendrán algo de qué hablar que no sean los cuernos de unos y otros. En cuanto a usted, si ha de bendecirme, bendígame y luego váyase. Que tenga tiempo para malgastar no significa que vaya a malgastarlo con usted.

El cura no se movió, de pie junto a la puerta con el gorro en la mano como un postulante. Nicola lo miró con impaciencia.

—No he venido a bendecirte. Las bendiciones no se imponen a nadie.

—Entonces, ¿a qué ha venido? Maldecirme no hace falta, lo ve con sus propios ojos.

—No blasfemes, tu vida no es una maldición, aunque te falte una pierna. De eso precisamente

me gustaría hablar...

Los ojos de Nicola eran dos brasas, su semblante presentaba una palidez y una rabia que ni siquiera su madre le había conocido en aquellos días.

—¿Le gustaría hablar de mi vida? ¿Y qué sabe usted de ella, padre? ¿Acaso está mutilado? — Sonrió con sarcasmo, bajando la mirada por el cuerpo del sacerdote—. Sí, en cierto modo también lo está, o al menos eso prometió. Pero es muy distinto decir «estoy tullido por vocación», pues lo que no se usa sigue estando ahí, por si uno cambia de idea... —Se incorporó un poco de los almohadones, y por un instante el viejo cura se alegró de que no pudiera levantarse del todo—. En cambio, a mí no me es posible cambiar de idea. Y usted, se lo aseguro, no sabe a qué me refiero.

Don Frantziscu no lo interrumpió ni hizo ademán de intentarlo. Hacía tiempo que había aprendido que cualquier colecta puede servir para quien no espera nada, y además Nicola no parecía aguardar otra respuesta que una despedida por su parte. Así que se llevó una sorpresa cuando él, en lugar de irse, le replicó:

—O sea, si lo he entendido bien, has decidido hacer que se sientan culpables todos los que siguen teniendo dos piernas, además de lograr que te compadezcan mientras el Señor te dé aliento para lamentarte... —Se rascó la cabeza con gesto distraído, como si reflexionase—. Es normal, Nicola. Lo hacen muchos, y suelen ser aquellos que no tienen, o no quieren tener, el consuelo de la fe.

—Don Frantziscu, no siga —pidió el joven, de repente apaciguado y sumiso—. No se aproveche de que es un invitado en casa de mi padre.

El sacerdote no se inmutó por esa amenaza velada, ni sus ojos se apartaron del joven, en el centro de la cama.

—Está escrito que hay que hablar en el momento oportuno y también en el inoportuno — prosiguió con voz paciente, pronunciando despacio, como si se dirigiera a un niño—. Así que hablaré, y cuando me haya ido tendrás tiempo para reflexionar sobre tu dolor y su significado. Un dolor que en cierta medida, no lo olvides, te mereces por haberlo causado a otros, pero que de todas formas no te es dado cambiar, sino que, aceptándolo como Cristo Salvador, que padeció en la cruz injust...

—¡Fuera de aquí!

La exclamación fue un grito rabioso, al que siguió la trayectoria de un cojín, demasiado torcida para dar en el blanco. Nicola Bastú estaba fuera de sí.

—Cálmate, hijo...

—¡No soy hijo suyo, o al menos eso espero, sotana inflada! ¡No tengo por qué escuchar sus gilipollices! ¡Fuera! ¡Largo de aquí!

Giannina Bastú llegó un instante después atraída por los gritos, apenas a tiempo de ver al cura ponerse el gorro con calma.

—Acompaña a don Tzicu a la puerta, mamá. Tiene prisa y no puede entretenerse más.

La madre fingió no haber acudido antes porque estaba atareada; es más, se disculpó educadamente con cierto embarazo:

—Don Frantziscu, ya se va y yo ni siquiera le he ofrecido nada...

—No te preocupes, Giannina. De todas formas debo decir misa dentro de poco.

Nicola guardó silencio mientras el cura y su madre salían de la habitación. Fuera lo que fuese lo que cuchichearan en el pasillo, no se tomó la molestia de intentar oírlo. Cerró los ojos en busca de un simulacro de sueño que apagara su rabia aunque sólo fuese durante una hora.

10

Las manos untadas de Giannina Bastú se deslizaban por la piel flácida del muslo derecho de Nicola con regularidad hipnótica. Al sol ya templado de octubre, el patio trasero mostraba la última floración de las hortensias, mientras que, a lo largo de la pared, los crisantemos cerrados eran erguidas promesas todavía por cumplir.

Inmediatamente después de comer, a la hora más calurosa del día, un Nicola indiferente dejaba que su madre le diera aquel masaje medicinal, indispensable para evitar las llagas y favorecer la curación. Los meses de convalecencia habían pasado mejor de lo previsto y la sutura en el muñón había cicatrizado sin complicaciones. Como en el cambio de una estación a otra, tras las primeras semanas de rabia ciega la actitud del joven también parecía distinta. Ya no maldecía, había dejado de insultar a quienes iban a verlo y cada vez tenía menos accesos de furia en que arrojaba objetos al azar. Pero no hablaba. No es que se hubiera quedado mudo, simplemente no decía una sola palabra que no fuera indispensable, y de repente había dejado de reaccionar a los estímulos del entorno. Su padre y su hermano lo levantaban todos los días de la cama, lo sentaban en una silla y lo sacaban al patio, sin que él se dignara hacer el esfuerzo de sostenerse apoyando en el suelo la pierna sana. Tan sólo cuando se presentaba Bonaria Urrai daba la impresión de salir de aquel torpor insano para clavar en la vieja modista dos ojos negros como estrellas apagadas. Durante aquellas visitas parecía menos inaccesible, aunque no llegaba a volverse locuaz. Bonaria iba a verlo a diario, pero nunca intentaba hacerlo participar en una conversación, sino que se limitaba a cruzar cuatro palabras con Giannina mirándolo de vez en cuando. Si estaba segura de encontrar a Andría en casa, a veces Maria la acompañaba, pero evitaba quedarse más tiempo del imprescindible con Nicola, presa de una inconfesable repulsión hacia aquel sufrimiento que ni siquiera era ya un dolor. Había discutido algunas veces con la anciana para evitar acudir al hogar de los Bastú, porque no les encontraba sentido a esas visitas forzadas; por un lado, nada en la actitud de Nicola hacía pensar que las agradeciera, y por otro, Maria prefería pasar las tardes en casa cosiendo vestidos con los patrones que llegaban a la tienda cada mes, o ir a casa de la señorita Luciana a pedirle prestado algún libro para leer por la noche. Era evidente que aquella tarde no se había salido con la suya: estaba sentada con impaciencia mal disimulada al lado de Bonaria, evitando con rigor científico posar la mirada en la delicada tarea que Giannina llevaba a cabo con Nicola.

—Mira qué día tan bonito, hijo... Dentro de poco hará más fresco, iremos a vendimiar y catarás el vino nuevo.

Giannina Bastiu parecía inexplicablemente renacida después de la operación de su hijo. Superada la vergüenza inicial, había reorganizado los ritmos de la casa en torno a la nueva exigencia que representaba el hecho de tener un inválido que cuidar y se había asignado un cometido cada hora, pasando por alto la falta de gratitud de su hijo. Tampoco aquella tarde Nicola reaccionó al oír nombrar la vendimia. En cambio, Bonaria sonrió y, mientras Giannina se secaba las manos con un paño y cubría con cuidado la pierna de Nicola, le preguntó con aparente curiosidad:

—¿Habéis llevado ya a Chicchinu a olfatear el aire de la viña, o estáis esperando también este año a que los pájaros empiecen a comerse la uva para saber que está a punto?

—Ya lo han llevado una vez, pero al parecer aún faltan por lo menos dos semanas. Suponiendo que no cambie el tiempo... Maria, ¿vendrás a ayudarnos de nuevo?

Obligada a distraerse de su continua búsqueda de distracción, la joven respondió con evasivas, pues la idea de volver a trabajar codo con codo con sus hermanas no le resultaba particularmente atractiva.

—No sé, tía Giannina, tenemos tantas cosas por terminar... y ya empiezan los pedidos para los trajes de Navidad... Tengo miedo de no dar abasto ni siquiera trabajando todos los días, así que no quiero ni pensar si falto... —Al levantarse, se volvió hacia el joven—. Así que casi mejor regreso a casa a trabajar. Me he alegrado de verte, Nicola.

La expresión de éste siguió imperturbable, como si no la hubiera oído despedirse. Su madre, con una sonrisa que traslucía incomodidad, intentó poner remedio a aquella falta de cortesía.

—¡Nicola también se ha alegrado mucho, seguro! Pero está cansado... Dicen que a veces uno se cansa más de no hacer nada que de trabajar todo el día en el campo. Te acompaño a la puerta... tengo que preparar el café. Pero antes de irte come otro dulce. ¿Sabes que se llaman *gueffus* por unos caballeros de la Edad Media? Lo dijo tu madre, que lo había leído no me acuerdo dónde...

Aunque Bonaria y Nicola apenas permanecieron solos unos diez minutos, el joven los aprovechó del primero al último. En cuanto oyó el ruido de la puerta al cerrarse, pareció despertar del encantamiento de la impenetrabilidad con la prontitud de quien esperaba justo ese instante.

—¿Qué ha decidido? —musitó ansioso, agarrando del brazo a la anciana como un náufrago.

Ella se liberó de la presión de su mano firmemente, pero respondió con serenidad:

—No hay nada que decidir. Lo que me pides no puede hacerse.

—No soporto más estar así. ¿No se compadece de mi estado? —repuso Nicola, con un deje de desesperación en la voz.

—Ya lo hemos hablado, Nicola. No lo haré —respondió Bonaria, sin dejarse impresionar.

El joven se había preparado para aquella resistencia con el mismo celo con que en otros tiempos preparaba las trampas para las liebres y los tutores para las vides. Cuando se dispone de tiempo, hasta la rabia se organiza. Por eso la anciana tenía la certeza de que esa vez no habría escenas.

—Pero es lo que hace cuando se lo piden. ¿No valgo yo lo mismo que los demás?

—Nunca has entendido nada de tu vida, Nicola, así que figúrate lo que puedes entender de la mía. Con saber que no te ayudaré tienes bastante.

Nicola suspiró como si se diera por vencido.

—¿Qué diría si quisiera casarme con Maria? —preguntó bruscamente, cambiando de registro y desconcertándola por un momento.

—Que tendría que responderte ella. ¿A santo de qué voy a decidir yo algo así?

La manta que cubría el regazo del joven cayó al suelo como resultado de un gesto deliberado. Apoyando las manos en los brazos del asiento, adoptó con esfuerzo la posición más recta que le fue posible. En aquella parodia de «firmes», pareció desafiar a Bonaria a mirarlo con el muñón de la pierna colgando y todavía enrojecido por las secuelas de la operación.

—Míreme, tía, míreme la pierna. ¿Por qué se burla de la verdad? Maria no se casaría conmigo, ninguna mujer lo haría. Porque estoy tullido. No puedo trabajar, no puedo mantener a una familia, no puedo hacer nada de cuanto una mujer espera de un hombre. —Su tono, al principio sosegado, poco a poco fue crispándose—. Es como si ya estuviera muerto.

En aquellos meses el cuerpo de Nicola había perdido peso y tono, pero su aspecto era saludable y su voluntad no le iba a la zaga. Quizá era ése el verdadero problema: si hubiera estado destrozado anímicamente, habría aceptado resignarse. En cambio, su determinación tenía algo de obsesivo, era la misma de siempre en todo. Le gustara o no, Nicola Bastíu era una de las cosas más vivas que Bonaria había visto jamás, aunque no fue eso lo que le dijo cuando volvió a buscar su mirada.

—Tu madre te considera vivo y te desea el bien de los vivos.

—Mi madre encuentra motivos de alegría simplemente en cuidar de alguien. Le parece mentira que yo haya vuelto a la niñez, pero en mi caso ésa no es razón para estar en el mundo.

—Algo así sería su muerte, y la de tu padre.

—Morirán de todas formas, ¿y quién se ocupará entonces de mí? ¿Acaso me limpiará el culo la mujer de mi hermano? ¿Y qué mujer se casará con él, sabiendo que la herencia incluye ocuparse de un tullido?

Bonaria cerró los ojos. Si Giannina Bastíu hubiera entrado en ese instante, habría pensado que la mujer se había adormilado al sol, aburrida por la conversación muda de Nicola. Al cabo de un momento negó con la cabeza y los abrió, atenta.

—Aun suponiendo que quisiera, no podría hacer lo que me pides sin el consentimiento de tu familia.

A Nicola se le iluminó la cara, pues le pareció percibir la sombra nebulosa de una posibilidad. Abandonó la fatigosa posición erguida para acomodarse de nuevo en la silla, sin preocuparse de que la manta se quedara en el suelo. Aquella ostentación impúdica del muñón, tan incongruente con el rechazo que hasta entonces había mostrado por su mutilación, suponía el uso intencionado de un arma psicológica. Sin duda, Nicola habría sido un soldado excepcional o un bribón como pocos.

—Yo no pensaría en tratar de obtenerlo, y además, si usted quisiera, hay una manera de evitar pedírselo.

—No existe dicha manera, y si existiera no la utilizaría —aseguró la anciana en tono perentorio, pero en sus ojos había una expresión interrogativa que alentó a Nicola.

—La noche de Todos los Santos. Cuando se deja la puerta abierta para la cena de las almas,

usted puede entrar y salir sin levantar sospechas. Por la mañana me encontrarán muerto en mi cama y pensarán que ha sido una desgracia.

Bonaria se puso en pie de repente, recogió la manta del suelo y se agachó flexionando las rodillas para colocársela otra vez sobre las piernas. Aquella postura casi íntima permitió a Nicola asirla de nuevo por la muñeca, esta vez con insinuante delicadeza, pero sin decir nada.

—Me pides que me comprometa ante Dios y los hombres —susurró la anciana en respuesta a aquel silencio—. Has perdido el juicio, Nicola.

—Jamás he sido tan sensato como ahora. Quizá los demás puedan soportar la idea de verme como un gusano durante el resto de sus vidas, pero a mí me espera un peso tres veces mayor. Si me ayuda, pasará por muerte natural. Si no, ya encontraré yo la forma.

Pese a la esperanza de Nicola, hasta aquel momento Bonaria Urrai no había tomado en consideración la posibilidad de acceder a su petición. Sin embargo, esas palabras la hicieron titubear por primera vez, porque las había oído muchos años antes, cuando detrás de la colina llamada Mont'e Mari había todavía un bosque y una juventud que invertir en promesas.

La guerra que después sería bautizada como la Gran Guerra ya había merecido el adjetivo: de Soreni habían enviado a tres quintas a la trinchera del Piave, y todavía no eran suficientes. Del frente llegaban, junto con los heridos graves licenciados, noticias del heroísmo de la Brigada Sassari, y la veinteañera Bonaria había visto ya bastante mundo para saber que «héroe» era el masculino singular de «viudas». Con todo, le gustaba imaginarse como esposa cuando, tumbada en la hierba bajo los pinos, estrechaba contra su pecho la cabeza rizada de Raffaele Zincu, aspirando a pleno pulmón las fragancias de la tierra resinosa.

Raffaele no era guapo en el sentido estricto del término, pero, aun así, en Soreni todas las mujeres casaderas soñaban con él. En honor a la verdad, posiblemente también soñara alguna ya casada, porque hombres los había más ricos o más altos, pero ninguno había tenido a los veinte años esa mirada de un verde penetrante y socarrón que escrutaba los ojos de los demás como sin miedo del precio que hubiese que pagar. Raffaele tenía el labio inferior delicado como el de una mujer, y un carácter caprichoso y sensual cuya sola mención encendía las mejillas; a Bonaria no le importaba que la línea arrogante de la mandíbula pusiese en guardia sobre las potencialidades del capricho. Desde que era un chiquillo trabajaba en los campos de Taniei Urrai junto con otras decenas de muchachos, recogiendo melones en verano y aceitunas en invierno con una energía que lo había hecho merecedor del aprecio del patrón y los compañeros. Quien vareaba los olivos con él acababa la jornada antes y mejor, y el viejo Urrai elogiaba a menudo sus resultados durante la cena, repitiendo que Raffaele era un valiente de palabra y de obra. Bonaria, que sabía también de otras proezas de Raffaele, asentía con estudiada contención. Donde su padre contaba vides, ella contaba pinos, y si él soñaba con mares de espigas doradas, ella tenía campos de rizos oscuros por los que dejar deslizar la mano ciertas tardes de sábado, cuando no estaba papá y no había guerra capaz de extinguir el fuego de Raffaele. También hablaban, a veces durante horas, sobre todo de la posibilidad de que lo enviasen al frente; pero cuando Raffaele tomaba la palabra, el viaje era siempre el de regreso.

—¿Seguirás queriéndome si vuelvo como Vincenzo Bellu?

—¿Sin un brazo? ¡Claro! ¡Así te nombrarán Caballero de Vittorio Veneto y yo me haré amazona! —contestó ella, riendo quedamente y rozándole las orejas con una caricia.

—No lo digo en broma. ¿Me querrías si estuviera lisiado? ¿Sordo por la explosión de una granada, o sin piernas como Luigi Barranca?

—Yo querría que volvieras como fuese, con tal de que no sea muerto.

La respuesta categórica de Bonaria no lo tranquilizó. En aquella posición, la voz de Raffaele sonaba más cavernosa de lo habitual.

—Quizá tú puedas soportar la idea de tenerme de vuelta como un gusano, pero yo preferiría morir diez veces estando rebosante de vida que vivir años como un muerto en vida. Si me ocurre algo así, hago como Barranca y me disparo.

—No quiero ni oírtelo decir, Arrafiei...

Bonaria no se atrevió a mirar el cielo mientras le ponía la mano sobre la boca para ahogar sus palabras y le levantaba la cabeza para acercársela al regazo. Contemplándolo en aquella sombra de paz, lo veía más perfecto que nunca, vibrante de un espíritu tan vital que parecía no bastarle ni siquiera aquel cuerpo sano, completamente intacto.

—No te llamarán, ya verás... —había murmurado a modo de exorcismo.

—No lo sé, pero, si me voy, reza para que regrese. Cuando esté de vuelta, de lo demás ya me encargo yo...

Pero lo habían llamado, y Bonaria se había visto obligada a rezar durante treinta y cinco años, porque a Soreni nunca había regresado nadie para contar que el hijo de Lizio Zincu había sido un héroe en las trincheras.

Cuando Giannina Bastú volvió al patio con la bandeja del café humeante, Nicola estaba sentado al sol en medio de tres sillas vacías y sonreía de forma extraña.

11

Las almas nos conocen, son de nuestros parientes y por tanto no nos harán daño, porque además les hemos preparado la cena. Andría Bastiú pensaba en eso mientras se preparaba para pasar la noche del primero de noviembre en su habitación. Se quitó los zapatos que usaba en el campo pero se quedó vestido, ya que intención de dormir no tenía ninguna. El año anterior su madre lo había obligado a pasar todo el día recogiendo patatas para que se cansara y por la noche se había dormido sin querer, vencido por el cansancio. Pero esta vez no lo habían engañado: estaba despierto y vería a las almas comer y coger el tabaco picado dejado sobre la mesa, donde por la mañana se encontraban impresas las huellas de los dedos. Así, cuando Maria asegurara que las almas no andaban por ahí atormentando a nadie, él podría contestarle que era la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo lo que lo impedía. Si Nuestro Señor Jesucristo había permitido que su hermano perdiera una pierna, cómo no iba a permitir a los muertos comerse cuatro *culurgiones*^[14].

Así que se había sentado en un taburete de cañaheja —el mismo que utilizaba de pequeño y cuyos clavos notaba en las posaderas— delante del resquicio de la puerta con la determinación de un centinela en la frontera. Al cabo de veinte minutos el sueño ya lo rondaba, pero Andría permaneció agazapado tras la puerta entornada, decidido a mantener bajo vigilancia la línea del pasillo que conducía de la entrada al comedor, donde estaba la mesa llena de viandas en espera de las almas de los muertos. Esa noche andan por ahí muchísimas almas, le había dicho Nicola, que el año anterior había visto incluso la de Antoni Juliu, el hermano mayor de su madre, caminando por la calle hacia su casa. Antoni Juliu había emigrado a Bélgica a trabajar en las minas, y cada vez que regresaba parecía no sentirse en casa: miraba alrededor con recelo, como si lo buscaran los acreedores, y el negro del carbón acumulado bajo las uñas nunca acababa de irsele. No se alegraba de marcharse, pero todavía menos de volver. Se había ahorcado en la finca de los Gongius el tercer verano y les había dado un susto de muerte a los aparceros que lo habían encontrado colgando de una rama como una pera podrida, con la lengua fuera, emigrado de sí mismo hacia quién sabe dónde.

Quizá apareciera esa noche. Le habían preparado expresamente un plato con su copita al lado, porque el aguardiente le gustaba, y no poco. En el caso de que no se presentara, al día siguiente se la bebería su padre antes de comer, o Nicola, que Dios sabe que lo necesitaba. Pero no podía ser el alma de Antoni Juliu la figura negra como un pecado que recorría el pasillo en dirección a la puerta de Andría con un frufú de faldas. No podía ser de su tío aquella cabeza cubierta por un pañuelo negro, aquel paso seguro, de persona que nunca ha tenido que abandonar su tierra por

necesidad.

Cuando Andría había visto a la figura misteriosa entrar en casa, había entornado los párpados con incredulidad, abrumado por la diferencia entre la fe y la verdad. ¿Tenían muertos de sexo femenino en su familia? Hubiera querido cerrar la puerta del dormitorio inmediatamente, empujándola con fuerza para estampar el miedo contra ella, pero el alma estaba demasiado cerca para no advertirlo. Por suerte, la silueta se detuvo poco antes de llegar a su cuarto, en el umbral de la habitación de Nicola, donde Andría la vio entrar. Entonces, casi conteniendo la respiración y con un sigilo que confiaba en que fuera absoluto, hizo la primera cosa irreflexiva de su vida: salió de su cuarto para adentrarse en el pasillo.

En una noche como la de las almas la campana no sonaba. Podía ser cualquier hora, y nada habría cambiado. A lo largo de las calles no había una sola puerta que no estuviese abierta pese al frío, como si todas las familias de Soreni hubieran huido demasiado deprisa para acordarse de cerrarlas a su espalda. Más familiarizada con aquella noche que con cualquier otra del año, la mujer alta que caminaba por la calle pegada a la pared lo hacía con el paso de quien sabe perfectamente adónde va. Avanzaba con rapidez, envuelta en una toquilla oscura, hasta que los pliegues de su falda dejaron de agitarse ante el umbral de la casa de los Bastú. La mujer entró sin hacer ruido y se coló en el pasillo demasiado deprisa para dejar recuerdo de ella en la calle. Incluso en aquella oscuridad se movía segura como si fuera su casa, pasando ante las puertas de las habitaciones hasta llegar a la única que sabía que no estaba cerrada, aquélla en que Nicola Bastú, aturdido por el dolor y la espera, dormía sumido en un sueño pesado.

Nicola soñaba con el mar, el de sus veinte años, el único que había visto en su vida. Ocho años antes se había sumergido en él hasta el pecho, con los pantalones remangados, dejándose zarandear por la dura agua salada. Sus primos saltaban las olas y lanzaban la sandía como si estuvieran sobre el heno, detrás de casa. Él, en cambio, contemplaba el horizonte marino con ojos de asombro, y cuanto más lo miraba, más impulsado se sentía a retroceder despacio hacia la orilla, sin correr ni volverse, como se hace ante ciertas serpientes. En el sueño volvía a aquel lunes de Pascua, pero la arena del fondo del mar era más viscosa, un monstruo sin huesos que no lo dejaba andar. Si pudiera morir así, ahogado en el agua de los sueños, sería mejor para todos. Sin embargo, abrió los ojos de golpe, braceando mutilado entre las sábanas. Necesitó unos minutos para recordar quién y qué era, pues emerger de uno mismo es tanto más difícil cuanto mayor es la profundidad a que se ha llegado. Sólo entonces percibió la respiración de la figura enjuta que profanaba la habitación, inmóvil contra la pared, frente a su cama. Nicola nunca había sido hombre de muchas palabras, pero en aquel momento el silencio no le pareció lo más apropiado.

—Ha venido... —susurró, ronco y pálido.

Ella se aproximó a la cama y no contestó hasta que estuvo tan cerca que el joven creyó percibir el acre olor de la vejez.

Cuando la mujer habló, supo que estaba realmente despierto.

—Igual que he venido, puedo irme. Dime que has cambiado de idea y saldré de aquí sin mirar

atrás. Juro que no hablaremos nunca más del asunto, como si no hubiera ocurrido.

—No he cambiado de idea —contestó Nicola con demasiada premura, como si no quisiera concederse tiempo para dudar—. Ya estoy muerto, y usted lo sabe.

Ella lo miró a los ojos, orientando la cabeza de modo que le impidiera a él hacer lo mismo. Vio lo que no quería ver y susurró con voz cansada:

—No, Nicola, no lo sé. Sólo tú puedes saberlo. Yo he venido preparada, pero ruega al Señor que haga recaer sobre ti lo que me pides, que no es una cosa bendita, ni siquiera necesaria...

—Para mí es necesaria —repuso él, aceptando la maldición con un leve ademán de la cabeza.

La acabadora, entretanto, se había abierto la toquilla y mostraba las manos cerradas en torno a un pequeño recipiente de barro de boca ancha. Cuando retiró la tapa, un hilillo de humo ascendió. Nicola percibió el olor fétido —no lo esperaba distinto— y aspiró hondo, murmurando palabras quedas que la anciana no pareció oír. Retuvo en los pulmones aquel humo tóxico cerrando los ojos, aturdido por última vez. Quizá ya dormía cuando la almohada fue presionada sobre su cara, porque no se sobresaltó ni se debatió. O quizá no se habría debatido igualmente, pues para él no era cuestión de morir de un modo distinto de como había vivido, sin aliento.

Andría Bastú, petrificado por el terror, observó por el resquicio de la puerta al alma hembra y negra hablar con su hermano, antes de verla inclinarse con la almohada en la mano. Las almas no venían a hacer «eso». O tal vez sí, y por eso su madre decía que había que cerrar bien la puerta de la habitación, no sólo dejarla entornada para dar envidia a los muertos con el aliento, porque entonces vienen y ya está, te lo roban y se lo llevan dentro de una almohada. Y la cena es una excusa para distraerlos, no para complacerlos. Comen hasta que llega el alba: en la oscuridad de la casa confunden la salsa de los *culurgiones* con sangre y la carne del cochinitillo con muslos y mejillas todavía sonrosadas, y si nadie se lo recuerda no se percatan de que detrás de las otras puertas hay vivos enteros. En ese instante Andría se dijo que, si sobrevivía, no volvería a tocar un *culurgione* en toda su vida.

Cuando la figura del alma de mujer se movió junto a la cama de Nicola para volver a ponerle la almohada bajo la cabeza, Andría retrocedió a ciegas por el pasillo recitando para sí fragmentos dispersos del *Pater ave gloria*, que nunca había aprendido del todo. Por pura casualidad logró no romper el silencio que lo había protegido, hasta poner entre él y la aparición el grosor irrisorio de la puerta de su cuarto. Al hacer el gesto cauto de cerrarla, sorprendió a la figura apresurándose hacia la salida. Una tía, una abuela, la hermana de su madre que murió ahogada: fuera quien fuese, ya no quería saberlo. Pero llegó tarde para ver atendida su súplica, pues bastó un rayo de luna que se filtraba por la puerta de la calle para que Andría Bastú reconociera en el rostro surcado de lágrimas de la mujer que recorría presurosa el pasillo los rasgos inconfundibles de Bonaria Urrai. Después volvió a caer la noche, esta vez de verdad.

12

Hay pensamientos que, como los ojos de las lechuzas, no soportan la luz diurna. Sólo pueden nacer de noche y cumplen la misma función que la luna, necesaria para cambiar de sentido mareas en algún recoveco invisible del alma. Pensamientos de éstos, Bonaria Urrai tenía algunos, y con el tiempo había aprendido a estar en guardia respecto a ellos, escogiendo con paciencia las noches en que hacerlos surgir de dentro. No había llorado mucho al abandonar la casa de los Bastú cargada con el peso de la respiración de Nicola, pero cada una de aquellas lágrimas había dejado un surco nuevo en su rostro, marcado ya por el tiempo. Si en ese momento hubiera salido el sol, Bonaria habría parecido muchos años mayor de lo que era, y esos años los notaba ella uno por uno. Habían pasado décadas desde que vio aceptar por primera vez una petición de gracia formulada en el lecho de muerte, pero podría haber afirmado con total seguridad que ni en aquella ocasión ni en ninguna otra desde entonces había sentido ese peso que ahora caía sobre ella como un manto empapado.

Recordaba bien —no tenía ni quince años la primera vez que había sucedido— el día que, junto con las mujeres de la familia, había asistido al parto de una prima de su padre en casa de la joven; aquellas trece horas de esfuerzo habían costado más caras a la madre que al bebé, que pese a todo nació vivo. Ni caldo de pollo ni oraciones bastaron para cortar la hemorragia, a la que siguieron días de agonía tales que hicieron perder toda esperanza de recuperación. Entonces retiraron de la habitación todos los objetos bendecidos, los regalos para la buena suerte y los cuadros de tema religioso, a fin de que aquello que había protegido a la púérpera no acabara por atarla a un estado de sufrimiento infinito. Cuando la propia mujer pidió la gracia, las demás actuaron en un clima de naturalidad compartida en que el acto ilícito habría parecido más bien no hacer nada. Nadie le dio jamás explicaciones, pero Bonaria no las necesitaba para comprender que se había puesto fin al sufrimiento de la madre con la misma lógica con que se había cortado el cordón umbilical del hijo.

En aquella primera y amarga escuela de la vida, la hija de Taniei Urrai había aprendido la ley no escrita según la cual sólo se maldicen la muerte y el nacimiento consumados en soledad, sin que tuviera importancia que su cometido hubiera sido simplemente el de mirar. A los quince años Bonaria ya estaba en condiciones de entender que hacer ciertas cosas o sólo ser testigo de ellas implicaba la misma culpa, y desde entonces jamás la había asaltado la duda de no ser capaz de distinguir entre la piedad y el delito. Nunca hasta esa noche, cuando en los ojos de Nicola Bastú había advertido la determinación de quien busca desesperadamente no la paz, sino un cómplice.

Aunque ninguna alma acudió de visita a casa de Bonaria Urrai aquella noche, la puerta permaneció abierta hasta el amanecer, cuando doblaron las campanas y los habitantes de Soreni salieron del embotamiento del sueño. Maria encontró a la anciana sentada con los ojos fijos en la chimenea apagada, encogida bajo la toquilla negra como una araña atrapada en su propia tela.

Cuando fueron a comunicarle que había un muerto en casa de los Bastú, don Frantziscu Pisu pensó que el cabeza de familia había sufrido un infarto. Por todo el pueblo corría el rumor de que el viejo Salvatore se consumía desde hacía meses, incapaz de aceptar la desgracia sufrida por su hijo mayor, y aunque con Nicola fingía que las cosas iban bien, en la intimidad alcohólica con sus amistades llevaba amargamente el luto por su hijo, muerto respecto a todas las posibilidades que vuelven digna la vida de un hombre. Por otro lado, en los corrillos de los bares y en los umbrales de las casas al atardecer no se había hablado de otro tema durante semanas. Explicaciones distintas del fatalismo no habían ayudado a Salvatore a imaginar un futuro aceptable para su hijo, porque, si es verdad que de tal palo tal astilla, el viejo Bastú era incapaz de suponer una maldición peor que vivir en el presente haciendo hablar de uno mismo en pasado.

Estando como estaba al corriente de la situación, cuando don Tzicu se enteró de que el muerto era Nicola, se santiguó con un gesto a medio camino entre la señal de la cruz y el conjuro, y mientras se encaminaba a casa de la familia sentía el escrúpulo tardío de no haber insistido lo suficiente para inducir al joven Bastú a considerar su estado como un misterio de la voluntad divina. Lo que pasaba es que, aun convencido de que por lo menos la mitad de las cosas de la vida eran misterios de la voluntad divina, Frantziscu Pisu sabía que la otra mitad eran frutos evidentes de la estupidez humana; y lo sucedido a Nicola Bastú seguramente encontraba mejor explicación en esta segunda hipótesis. No saber mentir era la incapacidad más señalada de Frantziscu Pisu, lo que en el caso de un cura no es ciertamente un defecto sin importancia. Desde luego, de haber imaginado que Nicola moriría así, quizá habría puesto mayor empeño en la mentira piadosa, pero ¿quién podía suponer que el desdichado disgustaría al cielo al extremo de sufrir la desgracia de morir mientras dormía? Incluso entre aquéllos con tan poca memoria que creían tener la conciencia tranquila, no había quien no esperase el perdón postrero del buen ladrón en la cruz, de modo que el viejo cura, que a decir verdad gozaba de bastante buena memoria, al entrar en casa de los Bastú se dedicó un *pater noster* con auténtico fervor de conjuro.

En el pasillo se hallaban presentes sólo los familiares más cercanos; los restos mortales aún no habían sido preparados para soportar la procesión de condolencias que llenaría la casa de gritos y llantos en las horas sucesivas; se percibía una atmósfera atónita de algo inacabado, agudizada por la mesa preparada para los difuntos, bien visible desde el corredor, que permitía intuir hasta qué punto aquella muerte había cogido por sorpresa a la familia. Giannina, presa de una dolorosa inmovilidad, estaba en la habitación abierta de par en par de Nicola sin siquiera haberse vestido de negro; al ver entrar al cura, no mostró ni rastro de su acostumbrada cortesía, sino que continuó sentada junto a la cama en silencio, cogiendo la mano del hijo muerto, fría pero todavía blanda. Fue Salvatore Bastú quien lo recibió: don Frantziscu lo vio ir a su encuentro vacilante y pálido, como un inocente que hubiera recibido una sentencia condenatoria, sin el

menor asomo de su habitual arrogancia.

—Gracias por venir, don Frantziscu. A Giannina, una palabra de consuelo seguro que no le sienta mal en este desgraciado trance...

El cura asintió y, quitándose el gorro, se dispuso a acercarse con discreción a la mujer sentada junto a la cama. Entonces, al avanzar, se percató de que en la habitación había alguien más: de pie a un lado de la puerta, apoyado contra la pared, estaba Andría Bastíu, con las manos a la espalda y la vista clavada en la cama donde yacía el cuerpo de su hermano. El muchacho hizo un rígido saludo con la cabeza, mirando al cura con los ojos febriles de un insomne.

—Giannina... —dijo don Frantziscu con delicadeza.

—No era malo, Nicola era un buen hijo... —replicó ella, como si respondiera a una pregunta.

—Lo sé, Giannina, lo sé...

—Bendígalo, entonces. Que el Señor lo tome como es, que no era malo mi hijo...

Mientras repetía aquellas palabras, Giannina Bastíu perdió algo de la calma mantenida hasta ese instante y dejó que las lágrimas fluyeran, sin acompañarlas de gemidos. El cura se puso la estola morada al cuello y utilizó la plegaria a modo de respetuosa distracción. Mientras en nombre de Dios imponía al cuerpo inerte de Nicola lo que en vida éste jamás habría aceptado, Andría salió del cuarto, dejando a su madre con el consuelo de la cadencia latina de las oraciones. Esperó fuera con su padre hasta que salió el cura y asistió en silencio a la conversación entre ambos hombres.

—¿Se sabe qué ha pasado? —preguntó don Frantziscu.

—El doctor Mastinu habló de infarto. Me parece imposible... Si había una cosa que mi hijo conservaba en buen estado era el corazón... —dijo el viejo Bastíu moviendo la cabeza con incredulidad.

—El Señor no recoge fruta verde, Salvatore. Todos se van cuando les toca irse. Hay que ser fuertes.

—No es fuerza lo que falta, don Frantziscu... Es que el dolor es terrible; si uno no lo siente, no se lo imagina.

—Consolaos pensando que donde está ahora está mejor...

Como remate de aquellas frases hechas, el cura se dirigió a Andría, que no había asentido a ninguna de sus invitaciones a la resignación. Como una sombra detrás de Salvatore, el muchacho parecía permanecer a la espera.

—Ahora que quedas sólo tú, debes consolar a tus padres...

—Cuando me haya consolado yo, a lo mejor —repuso Andría secamente.

A su padre le sorprendió aquel tono, pero la mirada del joven lo disuadió de reñirlo el día en que un freno lento de la lengua tenía fácil justificación. El cura trató de insistir, pero el muchacho ya había desplazado la atención más allá de su hombro, dirigiendo la mirada a quienes estaban cruzando el umbral en ese instante. Al volverse, don Frantziscu Pisu reconoció en los recién llegados la figura alta y enjuta de Bonaria Urrai y la grácil de Maria Listru, y de repente le pareció la mejor ocasión para poner fin a su visita. Maria lo saludó cordialmente mientras él se marchaba; Bonaria Urrai, en cambio, se encaminaba ya hacia el muerto y su madre para cumplir con su tarea y apenas se dignó dedicarle una mirada.

Dos horas después, cuando las visitas formales empezaron a llegar cada una con su necesidad, el cadáver de Nicola había sido preparado para recibirlas bien dispuesto sobre la cama, con el traje de vestir que le había confeccionado precisamente Bonaria dos años antes por la fiesta de San Juan. Los pantalones oscuros hábilmente rellenos no permitían distinguir la pierna amputada de la otra, y el rostro afeitado con esmero lucía una expresión tan serena y relajada que Maria tuvo la impresión irreal de que por fin agradecía las visitas. No habían llamado a ninguna *attittadora* profesional para el velatorio, aunque acudían espontáneamente mujeres vestidas de negro que lloraban a lágrima viva, mientras los hombres esperaban fuera a que concluyera la representación de aquel dolor hecho ostentación para entrar a presentar sus más contenidas condolencias a la familia.

En Luvè e Illamari, ambas aspirantes a convertirse en urbanas, cada vez se estilaba más no vestir de negro por el difunto, al tiempo que se daba con creciente frecuencia que las familias más acomodadas y cultas dispensaran de las visitas de pésame. Sin embargo, en Soreni nadie consideraba haber alcanzado tal punto de civilización que pudiera rechazar la solidaridad de sus paisanos por la muerte de un familiar o no vestir de negro para honrarlo. Para Maria, además, nacida de un padre ya muerto, el negro era el color natural de las cosas cotidianas. Quien nace huérfano aprende enseguida a convivir con las ausencias, y ella se había formado la idea de que, al igual que dichas ausencias, el luto debía durar siempre. Fue al crecer cuando empezó a ver a mujeres e hijas de algunos difuntos variar de ropa con el cambio de estación.

Años antes, una tarde soleada no muy diferente de aquélla, cuando la tía Bonaria empezaba a enseñarle a coser pequeñas prendas de niña, le había pedido explicaciones sobre esos seísmos que se producían en los armarios.

—¿Cuándo acaba el luto, tía?

La anciana no había levantado siquiera la cabeza de la bata que estaba rematando.

—Menudas preguntas haces... Cuando acaba el dolor, acaba el luto.

—Entonces, el luto sirve para mostrar que hay dolor... —había dicho Maria creyendo entender, mientras la conversación languidecía ya en el silencio parsimonioso de la aguja y el hilo.

—No, Maria, el luto no sirve para eso. El dolor es mudo, y el negro se usa para cubrirlo, no para mostrarlo. —La anciana la había mirado un instante antes de sonreírle—. La flor que has cosido está torcida, déjame ver...

Para Maria aquellas palabras habían sido una amonestación incomprensible, aunque su recuerdo había vuelto muchas veces a lo largo de los años siguientes, cuando veía que ciertas miradas cambiaban más deprisa que la ropa y que los pasos rápidos del pudor fingido se convertían en danza con el muerto todavía caliente en casa. En cambio, frente a Giannina Bastú, acurrucada junto a su hijo con un vistoso vestido estampado sin un solo trazo negro, tuvo la total certeza de que aquélla era la mujer más de luto que había llorado jamás a un muerto en Soreni y entendió por fin lo que había querido decir Bonaria Urrai aquella vez. Como necesitaba aire fresco, le hizo un gesto a su tía y salió de la estancia, dejando atrás el murmullo de las mujeres que musitaban el rosario al muerto a modo de nana.

Andría estaba fuera con los hombres, pero, en cuanto la vio, se apartó para ir a su encuentro.

—Andr , qué desgracia, no s  qué decir...

—Entonces al menos t  no digas nada, que hoy ya he oído bastantes gilipollices.

Maria miró a su amigo, sorprendida por aquel lenguaje rabioso, aunque no se atrevió a replicar. Busc  otro tema de conversación, pero, en vista de que no se le ocurría nada más adecuado que el silencio, calló. Fue él quien la cogió desprevenida.

— Vendr s a vendimiar con nosotros la semana próxima?

—No digas tonterías, Andr a. Tu hermano ha muerto, y si no se la recogen sus amigos, tu padre dejar  pudrirse la uva en las vides —contestó ella, demasiado desconcertada para mostrarse diplomática.

—Eso es lo último que Nicola hubiera querido —sentenció Andr a, y pate  flojamente una piedrecilla, que dio contra la pared.

—Nicola habría querido muchas cosas... pero la vendimia es una fiesta,  y dónde se celebran fiestas con un muerto de cuerpo presente? —Y, tratando de atenuar su negativa con la perspectiva del futuro, añadió—: Os ayudar  el año que viene.

—El año que viene... —masculló su amigo, mirándose con obstinación el pie.

Maria esper  en vano a que levantara los ojos. Inmóvil a un lado de la fachada principal, los mantenía fijos en el suelo como si hubiera perdido algo, y temblaba ligeramente. Maria se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder; ambos habían crecido juntos y, por más que eso fuese un notable problema entre ellos, en algunos casos resultaba útil para captar antes que los demás pequeños indicios como aquél.

—Vámonos de aquí, vamos al patio, ven...

Lo cogió del brazo y le hizo atravesar la casa rápidamente, evitando acercarse al lugar donde se daba rienda suelta al llanto colectivo por Nicola Bastíu. Llegaron al patio apenas a tiempo. Andr a apoyó una mano contra la tapia exterior e, inclinando la cabeza, vomit  sin preocuparse de apartar los zapatos para no mancharlos. Se estremeció a causa de los espasmos un número de veces que a Maria se le antojó infinito, y sólo cuando no le quedó dentro ni la hiel, Andr a levantó la cabeza, cerrando los ojos, congestionados por el esfuerzo. Nadie los había visto.

— Est s mejor? Lávate la cara en la pila, anda...

Su amigo no se tomó la molestia de mentir diciendo que se encontraba mejor y, obediente, se acercó a la pila de cemento para la colada y abrió el grifo. El agua fría en la cara lo espabil . En el fondo, en todos aquellos años no había hecho otra cosa: obedecer a Maria, escuchar a Maria, hacer caso a Maria. Y siempre se había alegrado de ello, porque Maria era inteligente y buena, y nunca le había pedido que hiciera algo que no fuese conveniente para él. Si Nicola hubiera tenido cerca a alguien como Maria, no habría prendido fuego a la finca de Manuele Porresu y ahora no estaría tumbado en casa, frío como una rana y rodeado del canto de veinte viejas negras. Mientras el agua le chorreaba por la cara, alzó la vista para mirar a Maria, también de negro para la ocasión, pero tan guapa como si vistiera de color geranio, o de blanco, como una novia. A ojos de Andr a, en todo Soreni no había una chica que pudiera compararse a ella en belleza, cosa que su hermano siempre había sabido sin que hubiera hecho falta contárselo. « Le has dicho a Maria Urrai que est s enamorado de ella, o tengo que escribirselo yo en el muro de su casa?». Pero ni siquiera con dos litros de aguardiente en el cuerpo habría reunido el valor para confesar a Maria

sus sentimientos. Aunque Nicola lo sabía de sobra, nunca se lo había comentado a nadie porque tenía sus propios asuntos en que pensar: debía ir a incendiar una finca, tenía urgencia por dejarse allí una pierna, y después las ganas de vivir también, y por último el aliento dentro de una almohada, porque el fuego hace lo uno y lo otro, continúa ardiendo incluso después de apagado, ¿no lo sabes, Maria? ¿Has visto alguna vez arder de verdad el fuego?

—¿Qué dices, Andri?

No se había percatado de que hablaba en voz alta, pero, ahora que lo había hecho, no se le ocurrió ningún motivo para no continuar. Con una noche en blanco a las espaldas y el dolor que le estrujaba el vientre como una tenaza, añadió en un murmullo:

—Maria, ¿quieres ser mi mujer?

Ella lo miró como se mira la ropa tendida que tarda en secarse. Con un ademán práctico, le alcanzó una toalla.

—Si no acabara de ver lo que tenías en el estómago, juraría que estás borracho, Andría. Sécate.

—No estoy borracho, jamás he estado tan sobrio como ahora... —masculló él, cogiendo la toalla. Cuando su rostro reapareció, ya seco, la miró de nuevo y se armó de valor—. ¿Te casarás conmigo?

—Si estás hablando en serio, la respuesta es no. No me casaré contigo por la misma razón por la que no me casaré con mi hermana Regina.

Era evidente que no se lo tomaba en serio, y también eso le resultaba familiar a Andría. Fastidiosamente familiar.

—No crees una palabra de lo que te digo. Me tratas como si fuera tonto...

—¿Cómo quieres que te trate, si me pides que me case contigo delante de tu vómito, con el cadáver de tu hermano aún en casa?

En cualquier otro momento, Andría habría reconocido que el razonamiento de su amiga era impecable, y si hubiera sido capaz de seguir la lógica simplemente se habría quedado callado, pero no lo hizo.

—Y si vuelvo a preguntártelo mañana, con Nicola enterrado, ¿me contestarás o no?

Maria empezó a intuir que no estaba bromeando.

—No me parece bien hablar de eso ahora... —repuso palideciendo, tratando de ganar tiempo.

Andría, que la conocía tan bien como ella a él, barruntó que se trataba de la maniobra de distracción que tantas veces le había visto utilizar y rió con amargura, porque eso ya era una respuesta.

—Comprendo. Y soy un auténtico idiota. Me ves realmente como ves a tu hermana, como a alguien que ni siquiera es un hombre...

—No paras de decir tonterías, Andría, jamás te había oído desbarrar así...

—No, al contrario, jamás me había dado cuenta de cómo son las cosas con tanta claridad como ahora. Eres tú quien no se percató ni nunca se ha percatado de lo que siento por ti.

Maria estaba profundamente incómoda. El sufrimiento de su amigo era evidente, y habría hecho cualquier cosa para ayudarlo a superarlo, incluso mentir. Pero no acerca de algo así.

—¿Alguna vez te he hecho creer que estaba enamorada de ti?

—¿Es porque no he estudiado? —preguntó Andría, mirándose los zapatos salpicados de vómito—. ¿Porque lo dejé en la primaria?

—No, ¿qué tiene que ver?

—Pues claro que tiene que ver. La maestra Luciana siempre te dijo que eras inteligente, que llegarías lejos, que te merecías esto y aquello...

—Andría, soy modista. No seré la novia del príncipe de Gales. Valgo lo mismo que tú.

—Entonces, ¿por qué no me quieres?

—Porque no estoy enamorada de ti. Siempre me he considerado tu hermana.

—¡Yo ya tenía un hermano! —gritó él, furioso. Y añadió con maldad—: Y Bonaria Urrai me lo ha matado.

Maria lo miró atónita; con el semblante descompuesto y los ojos enrojecidos, Andría le pareció un loco. Sintiendo vergüenza ajena, apartó la vista, como si no quisiera arriesgarse a que le quedara grabado en la memoria en esas condiciones.

—Andrí, no sabes lo que dices —murmuró, cogiendo la toalla para doblarla.

—Lo sé muy bien. Lo mató ella.

En aquella insistencia había algo insoslayable que la puso nerviosa. Dejando de lado los escrúpulos, volvió a mirarlo.

—Basta ya. Estar mal no te autoriza a faltar al respeto —dijo, permitiendo que la dureza creciente se trasluciese también en su tono.

Le dio la espalda y se dispuso a entrar en la casa, pero Andría no tenía ninguna intención de regalarle la victoria de un reproche como última palabra, así que de repente corrió tras ella y la asió fuertemente del brazo.

—¡Suéltame! Apesta a vómito.

—No hasta que me hayas escuchado. Pregúntale a la tía Bonaria dónde estuvo anoche... —insinuó con los ojos vidriosos, acercando el rostro al suyo.

—Durmiendo, como todo el mundo —replicó ella con sequedad.

—Ah, no, bonita, todo el mundo no. Yo estaba despierto y vi lo que hizo. Vino aquí y mató a mi hermano asfixiándolo con una almohada.

Su amiga le devolvió la mirada con una frialdad que Andría no le conocía y que lo hizo sentir más insignificante que un gusano. Deseó poder retroceder en el tiempo y tragarse cada una de sus palabras.

—¿Vino aquí? —preguntó Maria lentamente.

—No, no vino... Perdona. No sé lo que digo... —balbuceó él, soltándola, y reuló un paso, y luego otro, mientras esquivaba sus ojos.

Aquella negación alarmó a Maria más que una confirmación. Salvó la distancia que él estaba creando y lo apremió a hablar.

—Dime qué viste.

Se trataba de una orden. Andría comprendió que había sobrepasado el punto de no retorno y ya no podría devolver las cosas a su sitio. Abrumado por su insensatez, se dejó caer al suelo y contó entre lágrimas todos los detalles de la noche anterior. Mientras Maria lo escuchaba con incredulidad, ninguno de los dos percibió que en aquella casa estaba consumándose en espacios

diferentes el llanto fúnebre no por una, sino por tres pérdidas: el aliento de Nicola, la inocencia de Andría y la confianza de María Listru en Bonaria Urrai.

Turbada por aquellas revelaciones inimaginables, María se marchó de casa de los Bastú sin dar explicaciones, dejando en el patio a un Andría sollozante al que los parientes, con aire aprobador, creían destrozado por la muerte de su hermano.

13

Pese a estar inmersa en el ritual colectivo del luto, la prisa con que Maria había abandonado la casa no pasó inadvertida a Bonaria Urrai, que intuyó el motivo de aquel gesto de mala educación sólo a medias. Pero la anciana no podía permitirse el lujo de actuar impulsivamente un día como ése, y Nicola Bastíu merecía su respeto hasta el fondo de la tierra donde sería depositado. No tendría otras ocasiones para cumplir las secretas promesas que había hecho al joven, y en cambio Maria seguiría estando en casa a su vuelta. Eso pensaba la modista de Soreni mientras permanecía al lado de Giannina y Salvatore Bastíu como la pariente considerada que siempre había sido, entonando el *Requiescat* junto a los presentes como si para ella aquél fuese un muerto igual que los demás, diferente tan sólo en el nombre.

Realmente el rostro de Nicola, distendido en la serenidad artificial de quien ya no tiene nada que pedir, parecía por fin tranquilo, pero aquella ilusión óptica no bastaba para detener el tumulto de incertidumbres en el ánimo de Bonaria Urrai. Sin embargo, acostumbrada a ser discreta y a nunca manifestar algo distinto de lo que se esperaba de ella, permaneció decorosamente al lado de los restos mortales como siempre había hecho a lo largo de los años, ayudando a los padres del fallecido a recuperar los recuerdos de muchos momentos alegres con los que restablecer a un Nicola Bastíu sano y risueño, absolutamente respetable en cuerpo y alma. Durante horas se sucedieron en torno al cadáver voces de mujeres y hombres, según una liturgia que alternaba el llanto, la oración y la memoria. Quedaba descartado saltarse ningún pasaje, porque la comunidad necesitaba ese código para recomponer la fractura entre las presencias y las ausencias. En el acto de impedir la negación del dolor individual, hasta la muerte más controvertida se reconcilia con la naturaleza trágica de toda vida. Por eso, una vez que el cura se había ido tras su prédica sobre la comunión de los santos, las mujeres y los hombres de Soreni se reunían para celebrar juntos la comunión de los pecadores y absolver a los familiares supervivientes de la culpa de un dolor único en el mundo. De resolver las otras cuestiones se ocuparía el tiempo.

Hay cosas que se hacen y otras que no, y Maria entendía perfectamente la diferencia entre unas y otras. No era una cuestión de justo o injusto, porque en el mundo donde había crecido esas categorías no encontraban sitio. En Soreni, la palabra «justicia» compartía significado con las peores maldiciones y sólo se pronunciaba cuando había que evocar ciegas persecuciones contra alguien. Para la gente de ese pueblo, la justicia tal vez pudiera perseguirte, y si te pillaba, te

desollaría como a un conejo o te crucificaría como a un Cristo, te jodería por diversión como hacen los hombres cuando se comportan como animales, te encontraría dondequiera que te hubieses escondido y a buen seguro que nunca olvidaría tu nombre ni el de tus descendientes; pero todo eso nada tenía que ver con el hecho de que hay cosas que se hacen y otras que no.

Mientras cortaba la cebolla en finas rodajas, Maria pensaba obsesivamente en esa diferencia, disponiendo los ingredientes de la cena con la misma hipnótica lentitud con que trataba de poner orden en sus pensamientos. Las palabras de Andría habían sido tan demenciales como los destellos de su mirada mientras las pronunciaba, y para ella carecían de sentido; sin embargo, unidas a determinados recuerdos empezaban a tener uno concreto. Al tiempo que troceaba el tomate, veía la figura de la vieja modista encogida junto a la chimenea aquella misma mañana, perfectamente vestida y peinada como si acabara de llegar de la calle o supiera ya que iba a haber un motivo para salir. Hacía tiempo que Maria había dejado de interrogarse sobre las misteriosas salidas nocturnas de su anciana madre adoptiva, pero ahora aquel olvido volvía a ella como la goma de un tirachinas y bastaba para insinuarle la sospecha de que Bonaria Urrai le ocultaba algo grave. Era la primera vez que sucedía, y esa desconfianza casaba tan poco con la confianza que la unía a la mujer que la había adoptado como hija, que Maria no sabía cómo manejarla. Le parecía inconcebible que le hubiera mentido, porque hay cosas que se hacen y otras que no, pensaba mientras volcaba en el aceite chisporroteante el resto de las verduras picadas. La cuchara de madera sumergida en el sofrito removía los olores junto con los recuerdos, y, trazando lentos círculos, Maria se dejó envolver por ambos hasta traer a la memoria una tarde de muchos años atrás, apenas unos meses después de convertirse en *fill'e anima* de la tía Bonaria.

No había superado todavía aquel vicio, el de robar pequeñas cosas que no necesitaba pero deseaba. Lo había llevado consigo desde casa de Anna Teresa Listru y durante algún tiempo había continuado haciéndole compañía, eludiendo pedir permiso siempre que podía. Unas veces se trataba de una pieza de fruta o un trozo de pan, otras de un juguete, o de un retal de tela dejado aparte para un acabado: si creía que nadie la miraba, Maria lo cogía y escondía, incapaz de separar el deseo del subterfugio. Bonaria Urrai se había dado cuenta enseguida, en parte porque las pequeñas sustracciones se repetían con cierta frecuencia. Pero aquella tarde fue la última vez que sucedió, y Maria la recordaba muy bien.

Estaban a finales de octubre, con los preparativos de los *pabassinos*^[15] de los difuntos; sobre la mesa de la cocina se habían dispuesto los ingredientes: la cáscara de naranja, las semillas de hinojo, las láminas de almendra y un tarro de *saba* de higos chumbos oscura y viscosa como caramelo, con un sabor dulce repleto de fragancias florales, que ligaría la masa como si fuese un mortero aromático. Cada cosa se hallaba en su cucurucho, excepto las pasas, puestas en remojo en un tazón con agua de azahar. Bonaria había reparado en el último momento en que le faltaba la sémola, indispensable para cocer los dulces sin que se peguen. Antes de salir no le había prohibido tocar los ingredientes que había sobre la mesa, pero Maria sabía que estaba infringiendo una orden cuando cogió dos puñados de láminas de almendra y fue corriendo a su cuarto a esconderlos en un cajón. Cuando Bonaria volvió con la sémola, faltaba la mitad de las

almendras y, sentada en el suelo, Maria jugaba con expresión serena, propia de los inocentes. La anciana se acercó y comentó sin tono acusatorio:

—Faltan almendras.

Maria miró a su tía con aire interrogativo. Podía ser ya una respuesta, pero la mujer no tenía intención de conformarse.

—¿Las has tocado tú?

—No.

La bofetada llegó, precisa y cruenta, y dejó una marca en la mejilla izquierda de la niña. Incrédula, con las pupilas dilatadas por la sorpresa, Maria la miró con la boca abierta, incapaz incluso de llorar.

—Levántate —ordenó Bonaria.

La pequeña se levantó lentamente, con la barbilla hundida en el pecho para esconder la enorme vergüenza que asomaba a su rostro junto al rubor del sopapo recibido. Bonaria la agarró de un brazo y la arrastró sin muchas contemplaciones hacia su habitación. La puerta se cerró a su espalda con dos vueltas de llave, y tras asegurarse de que estaba bien cerrada, la mujer se fue a preparar los dulces sin mediar palabra. Maria permaneció recluida en su cuarto hasta la hora de la cena, distrayéndose con varias cosas para olvidar lo que había hecho: primero lloró en silencio, luego se entretuvo con los juguetes fingiendo que no había ocurrido nada, y por último se tumbó en la cama, agotada por la frustración, e incluso durmió. Cuando la puerta se abrió, ya estaba despierta y se incorporó en la cama como a la espera de algo. Bonaria se acercó, cogió la silla que había junto a la pared y se sentó exactamente enfrente de ella.

—¿Sabes por qué te he pegado?

Maria se esperaba aquella pregunta y asintió, mientras enrojecía de humillación.

—¿Por qué?

—Porque he robado almendras.

—No.

La negación categórica de Bonaria, que echaba por tierra su personal interpretación de los acontecimientos de la tarde, la sorprendió. Observó a la anciana con asombro.

—Te he pegado porque me has mentido. Almendras se pueden comprar más, pero para la mentira no hay remedio. Cada vez que abras la boca para hablar, recuerda que Dios creó el mundo con la palabra.

A los seis años uno no es muy entendido en teología, y de hecho Maria no encontró una buena réplica al sentido de aquella frase, demasiado complicada para captarlo del todo. Pero la parte que entendió fue más que suficiente para juzgarse a sí misma, y mientras con los labios apretados intentaba asentir, Bonaria se acercó para abrazarla sin estrecharla, como un capullo de seda con su gusano dentro. Al término de aquella reconciliación, única en su género entre ambas, Maria salió de la habitación de la mano de la anciana y la asaltó el intenso aroma que inundaba la casa de los dulces ya cocidos y puestos a secar sobre rejillas como oscuras baldosas. Durante años habría de asociar el olor de los *pabassinos* recién hechos a aquel recuerdo, y sin darse cuenta fue dejando de experimentar el deseo de robar cosas ya claramente suyas, porque, una vez entendida esa evidencia, no quedaba nadie a quien mentir.

* * *

Maria Listru sonrió al verse a sí misma en aquel recuerdo y añadió agua a la cazuela donde el tomate ya se había deshecho en una salsa densa y aromática. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido la pasada noche, fuera lo que fuese lo que Andría creyese haber visto, al terminar de cocinar la salsa Maria se había convencido de que la mujer que le había enseñado a lavarse las manos antes de hablar no podía haberla engañado de ninguna manera, y menos en aquello. Hay cosas que se hacen y otras que no, se dijo de nuevo; y las cosas que se hacen, se hacen así, concluyó mientras probaba la salsa para ver si estaba en su punto de sal.

Maria se equivocaba, pero no supo cuánto hasta el anochecer, cuando Bonaria volvió a casa al término de una de las jornadas más difíciles de su vida. No la había esperado para cenar, porque con los nacimientos y las muertes se sabe cuándo se sale y nunca cuándo se vuelve, pero la olla de agua fría esperaba sobre el hornillo y la salsa no había perdido aún la frescura de recién cocinada. La joven estaba leyendo, como solía hacer por la noche después de cenar, y la anciana se hallaba demasiado afectada para percatarse de que algo en su postura no era natural.

—¿Cómo es que te has ido? ¿Has discutido con Andría?

Cuando estaba segura de saber de antemano la respuesta, a veces empezaba formulando una pregunta directa.

—Sí.

Maria la miró con aparente tranquilidad, sopesando el cansancio en la curvatura de sus hombros, su rostro ajado y la falda negra arrugada por haber pasado mucho rato sentada. Se le antojó vieja en el sentido que la gente da comúnmente a la palabra, cercana a su final como las promesas mantenidas.

—¿Te parece el día más apropiado para discutir, con su hermano muerto en casa? En vez de consolarlo...

—Lo he hecho.

—A mí no me lo ha parecido. Te has marchado.

Si al menos no hubiera insistido tanto... Si al menos no la hubiera acosado para que diese una explicación, a lo mejor Maria no habría dejado de pensar que aquél era un buen momento para callar. La falta de respeto de la que estaba acusándola la llevó a dar una réplica a la altura, lo que derivó la conversación hacia aguas traicioneras.

—Quedarme habría sido peor. Decía cosas que una no puede escuchar tan tranquila.

—Los familiares de los muertos dicen siempre las mismas cosas. ¿Qué quería? ¿Morir él también? ¿Se sentía culpable de la muerte de Nicola?

Maria cerró el libro sin tomar la precaución de poner la señal.

—No, no se sentía culpable —dijo con tono deliberadamente inexpresivo—. La culpaba a usted.

Bonaria estaba ya inmóvil y su expresión no cambió en nada.

—¿A mí? ¿Y se puede saber de qué?

—Dice que anoche la vio entrar en su habitación y asfixiarlo con una almohada.

Si no se hubiera tratado de Nicola, soltarlo así habría sonado incluso divertido, y al transformar la acusación en una frase sin imperativos Maria se percató de su falta de solidez lógica. La reconstrucción no parecía tener ningún sentido. Y sin embargo, Bonaria no rió.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, ha dicho justo eso, pero después ha vomitado y ha asegurado que se lo había inventado.

Bonaria Urrai se sentó junto a la chimenea, repartiendo con cuidado los pliegues de la falda alrededor de las piernas, como los pétalos de una flor negra. Aunque la conversación había concluido, Maria sintió la necesidad de añadir:

—Estaba fuera de sí, no razonaba...

La anciana volvió la cara hacia la chimenea, escondiendo su mirada en un gesto defensivo tan inusual en ella que la joven notó la sombra alargada de la sospecha, sin saber bien de qué sospechaba.

—¿Dónde estuvo anoche? —preguntó a media voz sin poder evitarlo.

El silencio cubrió la respuesta, y Bonaria no consideró que tuviera que romperlo. Mantuvo la mirada en la chimenea, fija en el hollín de los troncos consumidos por un invierno más frío de lo acostumbrado. Para Maria fue como una declaración en toda regla. Se levantó bruscamente y dejó el libro en la mesa puesta para una sola persona. Luego se acercó a la anciana, encogida en la misma posición en que la había sorprendido aquella mañana.

—Sé que salió. ¿Dónde estuvo?

Bonaria levantó la cara del horizonte de la chimenea y sostuvo su mirada sin replicar. En aquellos ojos vacuos, Maria vislumbró un asomo de lo que ni siquiera sabía que debía temer y se tambaleó.

—No es posible.

—Maria...

—Lo hizo... Es verdad que anoche fue a casa de Nicola... —dijo la muchacha, cuyas frases ya no eran preguntas.

—Él me lo pidió.

La respuesta pareció una nimiedad ante la expresión descompuesta de la joven.

—No es posible...

Suspirando, Bonaria se levantó. Siempre había sabido que ese momento llegaría, pero desde luego no lo había imaginado así.

—¿Qué es lo que no es posible? ¿Qué me lo pidiera, o que yo lo hiciera? Tienes ojos para ver y no eres tonta, Maria. Conocías a Nicola y también me conoces a mí.

Maria negó con la cabeza.

—No, a usted no la conozco. La persona a quien conozco no entra de noche en las casas para asfixiar a los tullidos con almohadas...

La brutalidad de la descripción contrastó con el susurro de la muchacha, tenue como una llamita. A medida que la sospecha iba tomando cuerpo, se le multiplicaban en los labios las implicaciones obscenas de la verdad.

—¿Lo sabe Giannina? ¿Lo sabe Salvatore Bastú?

—Eso no importa —mintió Bonaria, a pesar de ser consciente de ello.

—¿Que la madre y el padre no sepan que el hijo ha muerto a manos de usted no importa?

—Él lo quiso así, y yo se lo prometí.

—¿Y por qué a Nicola iba a ocurrírsele pedirle justo a usted una cosa semejante?

La vieja Urrai se quedó callada mirando a Maria a la cara. Las palabras para responder a esa pregunta no existían, y si existían, no las conocía. Pero en la mente de Maria la verdad se iluminó de repente, y en el instante mismo en que la comprendía, la hija de Anna Teresa y Sisinnio Listru supo con certeza quién era la mujer que tenía delante. Abrió la boca para ritualizar el estupor en una imprecación, pero sólo le salió un jadeo de parturienta, el sollozo sin llanto de un animal estrangulado. Se llevó una mano a la boca, mas sus ojos no se apartaron del semblante mortalmente pálido de la acabadora.

—Cada vez que volvía de noche... —murmuró.

—Te lo habría contado en su momento, Maria —aseguró Bonaria, sin siquiera tratar de mitigar la turbación de su hija.

—¿Cuándo? ¿Cuándo me lo habría contado? ¿Me habría llevado con usted? ¿Me habría pedido que le sostuviera la toquilla mientras actuaba? —La rabia afloraba a los labios de Maria como espuma amarga—. ¿Cuándo lo habría hecho?

—Desde luego, no ahora... Cuando hubieras estado preparada...

—¡Preparada! —La palabra resonó como un objeto arrojado al suelo—. ¡Para aceptar la idea de que usted mata a la gente jamás habría estado preparada!

En cuanto se hizo evidente que para detener aquel río no habría suficientes diques, la anciana renunció a la esperanza de encontrar un camino más fácil para llegar al fondo.

—No empieces a poner nombre a las cosas que desconoces, Maria Listru. Tomarás muchas decisiones en la vida que no te gustará tomar, pero lo harás porque no te quedará más remedio, como todo el mundo.

—Y ésta, al parecer, sería una de éstas. —El tono sarcástico era feroz y Maria no hacía nada por disimularlo—. ¿Y cómo la hace, esa cosa necesaria? Explíquemelo... total, me lo habría dicho de todas formas, ¿no? —Se puso a andar alrededor de la mesa con un paso sincopado que no llevaba a ninguna parte—. ¿Entra siempre a escondidas, como en el caso de Nicola? No, déjeme pensar... ¡la llama la familia, como aquella noche que vino Santino Littorra! —Cuanto más nítido se volvía el recuerdo, más pura parecía la rabia de la joven—. Y una vez allí, ¿cómo lo hace, tía? ¡Dígamelo!

Bonaria Urrai había visto bastante mundo para saber que descender al plano de aquella provocación no llevaría a nada bueno.

—¿Quieres juzgar el cómo sin entender el porqué? Siempre tienes prisa por dictar sentencias, Maria.

—No soy precisamente yo quien tiene prisa. Si las cosas deben suceder, suceden por sí solas en el momento adecuado.

La anciana se quitó la toquilla con brusquedad y la dejó caer de cualquier manera sobre la silla. Sus ojos oscuros miraron a Maria con cierta impaciencia severa. Independientemente de lo

que hubiera ocurrido con Nicola, Bonaria Urrai aún sabía defenderse.

—Sucedan por sí solas... —murmuró, sonriendo con amargura—. ¿Naciste acaso por ti sola, Maria? ¿Saliste del vientre de tu madre empleando tus propias fuerzas? ¿O naciste con la ayuda de alguien, como todos los vivos?

—Yo siempre... —empezó la joven, pero Bonaria la interrumpió con un gesto imperioso de la mano.

—Calla, no sabes lo que dices. ¿Te cortaste tú sola el cordón? ¿Acaso no te lavaron y amamantaron? ¿No has nacido dos veces por la gracia de otros? ¿O eres tan lista que lo has hecho todo sola?

Aquella alusión a su dependencia le pareció a Maria un golpe bajo asestado con maldad, así que renunció a contestar mientras la voz de Bonaria bajaba hasta convertirse en una letanía desprovista de todo énfasis.

—Otros decidieron por ti entonces y otros decidirán cuando haya que hacerlo. No hay ningún ser humano que llegue al final de sus días sin haber tenido padres y madres en cada esquina, Maria, y tú deberías saberlo mejor que nadie. —La anciana modista hablaba con la sinceridad con que se hacen confidencias a los desconocidos en el tren, sabiendo que nunca más habrá que soportar el peso de sus miradas—. Nunca se me ha abierto el vientre —prosiguió—, y Dios sabe que lo habría deseado, pero aprendí sola que a los hijos hay que darles bofetadas y caricias, y el pecho, y el vino de la fiesta, y todo lo necesario, cuando lo necesitan. Yo también tenía un papel que desempeñar, y lo he desempeñado.

—¿Y qué papel era?

—El último. Yo he sido la última madre que algunos han visto.

Maria guardó silencio unos instantes, mientras la rabia moría en el sentido para ella inaceptable de aquellas palabras. Cuando habló de nuevo, Bonaria supo que ya no quedaba lugar para la comprensión.

—Para mí fue la primera, y si me dijera que quiere morir, yo no sería capaz de matarla simplemente porque ése fuera su deseo.

Bonaria Urrai la miró y Maria se dio cuenta de que la mujer estaba cansada.

—Nunca digas de esta agua no beberé. Podrías encontrarte dentro de la cuba sin saber cómo te has metido. —Bonaria recogió la toquilla que había dejado caer sobre la silla y empezó a plegarla con parsimonia, consciente de que aquello era lo único que podía poner en orden—. Cuando llegue el momento, Maria, descubrirás cosas de ti misma que todavía no sabes.

—Ese momento no llegará... —La joven no se dio cuenta de que lo había decidido hasta que se le escapó de los labios—: Quiero irme de su casa.

Si esas palabras sorprendieron a la anciana, no lo manifestó. Ni siquiera la miró.

—Comprendo.

—Enseguida. Mañana mismo.

—Está bien, hablaré con tu madre.

—No... —Maria pareció dudar—. No quiero volver a casa de mi madre. Buscaré una solución.

—Como te parezca.

No era eso lo que quería decir Bonaria, pero cosas que no quería ya había hecho unas cuantas aquellos días.

—Naturalmente, por el agradecimiento que le debo, cumpliré con mi deber —añadió Maria en voz baja.

—No necesito nada que tú estés en condiciones de hacer, Maria Listru —aseguró la anciana despacio, mirándola.

Se fueron a la cama sin cruzar una palabra más, porque añadir algo era inútil. Ninguna de las dos durmió. El agua de la olla sobre la cocina apagada no era lo único que se había enfriado aquella noche en la vieja casa de Taniei Urrai.

Al día siguiente, temprano, la maestra Luciana le abrió la puerta a Maria convencida de que iba a devolverle el libro que le había prestado; en cambio, se la encontró delante con una maleta y ninguna buena explicación que la justificara. Pero una no ejerce de maestra durante treinta años sin aprender cuándo es el momento de no preguntar, y al cabo de una semana Maria tenía en la mano un pasaje de barco para Génova y una casa en Turín, en via della Rocca, donde unos tal Gentili esperaban con impaciencia a la nueva niñera sarda recomendada directamente por Luciana Tellani.

14

Otra vida. Eso le había dicho la señorita Luciana. Necesitas otra vida en la que nadie sepa quién eres, de quién o de qué eres hija. Maria no le había contado nada de lo sucedido, ni de lo que Bonaria y ella se habían dicho, pero había bastado una mirada atenta y profunda a los ojos verdes de la turinesa para que Maria se diese cuenta de que había sido la única persona del pueblo que ignoraba quién era de verdad Bonaria Urrai. En vano trataba de dominar el vacío de la traición súbita, que tan afín le parecía a la muerte, pero sin el consuelo de poder velar un cadáver querido y ninguna sepultura para poner límites de tierra al llanto que la ahogaba. Había vivido años con Bonaria convencida de que con sus dos nacimientos, el uno equivocado y el otro correcto, había alcanzado el punto de equilibrio, pero ahora las cuentas aparecían llenas de errores y tachones, y la dejaban una vez más fuera, como un sobrante.

Otra vida, le repetía Luciana Tellani con decisión, como si volver a nacer fuese fácil. Y sin embargo, resultaron palabras adecuadas; las maestras suelen tener alguna reservada para casos como éste: la posibilidad de determinar al menos uno de sus excesivos nacimientos podía convencer a Maria, más que cualquier otro estímulo, de marcharse con tanta rapidez.

Encontrarse en el mar entre Olbia y Génova, agarrada a la barandilla pegajosa de salitre de la cubierta del *Tirrenia*, la hizo sentirse fuerte, adulta, casi libre, sin la mirada ensombrecida que con frecuencia mantenían durante toda la vida quienes se veían obligados a emigrar para poder comer, personas en absoluto ansiosas de bautismos en que una misma pudiese escoger el nombre. La idea de empezar de nuevo en otro lugar, de cortarse el cordón en un momento preciso de la existencia elegido por ella, sin comadronas ni deudas aparentes, hizo que se sintiera como aquel día de muchos años atrás en el patio de Anna Teresa Listru, cuando bajo el limonero ya decidía sola con qué era mejor amasar los pasteles de barro. Durante el trayecto, se las ingenió para no dormir, ni siquiera una hora. Necesitó todo el tiempo para convertirse en acabadora de sus recuerdos y tratar los acontecimientos que la habían llevado a tomar aquella decisión como a personas a quienes permiten subir o no en el transbordador con destino al continente. Los anotó uno a uno mientras los recordaba para olvidarlos, y cuando llegó al puerto de Génova, bajó del barco más ligera, convencida de haber dejado en la otra tierra todo el lastre de sus heridas.

En la vivienda de Attilio y Marta Gentili, en el quinto piso de un edificio señorial del centro histórico de la ciudad, las paredes estaban pintadas de un blanco cremoso que nada tenía en

común con los colores chillones de las casas de Soreni. Maria sólo había visto paredes tan blancas en el colegio y el hospital, y en parte por eso enseguida notó una sensación de incomodidad, un sutil malestar reforzado por la desenvoltura con que inmediatamente pasaron a tutearla. El salón donde la señora Gentili la hizo entrar antes de llamar a sus hijos era un dechado de amplitud, dominado por una gran lámpara de cristal ahumado cuyas piezas redondeadas, brillantes y biseladas colgaban del techo como un enorme racimo de caramelos chupados. En los pocos minutos que se quedó a solas, Maria dejó de fingir que no estaba impresionada por los techos altos y los ventanales modernistas que ocupaban una pared entera; incluso a las cuatro de la tarde, cuando hacía rato que el sol había pasado por encima, se podía intuir la explosión de luz que debía de detonar allí dentro las mañanas despejadas. En un intento de parecer desenvuelta, se sentó en el borde del sofá color crema, aunque permaneció envarada a causa de la ostentación de tantos espacios injustificados, que sin duda serían imposibles de caldear con la pequeña chimenea de mármol situada junto a la puerta. Pero se alegró de poder levantarse cuando hicieron entrar a los hijos de los Gentili, sin ninguna conciencia de que su figura delgada, con el abrigo verde botella todavía puesto, se les antojó a los niños un desgarrón en la tapicería. Con cierta solemnidad, Piergiorgio y Anna Gloria precedían a su madre cogidos de la mano, vestidos exactamente igual para crear la ilusión de una semejanza gemelar. Maria les dirigió una incipiente sonrisa, pero Piergiorgio —que ya sabía reconocer la diferencia sutil entre ser y fingir ser— se limitó a mirarla con el orgullo torpe de sus quince años, sin hacer ademán ni por un instante de soltar la mano de su hermanita.

—Niños, ésta es Maria...

El amplio ademán con el que la señora la señaló hizo que Maria se sintiese una propiedad adquirida como parte del mobiliario, lo que secretamente la irritó, pero cuando vio que la actitud de Marta Gentili se extendía también a sus hijos comprendió que expresaba simplemente su personal visión del mundo.

—Y éstos son mis hijos, querida. No te dejes engañar por su aire angelical, son auténticos terremotos. ¡Sobre todo Piergiorgio!

Maria sonrió, condescendiente, aunque no le parecía que hubiera nada precisamente angelical en aquellos dos. Guapos, sí lo eran. Ambos lucían esa tonalidad indefinida de rubio que tiende a oscurecerse con la edad, pero, mientras que Anna Gloria había heredado de su madre una piel clara como de muñeca de porcelana, Piergiorgio tenía una insólita tez dorada de marino cuya sugerencia de tibieza sólo llegaba hasta el borde azul de sus fríos ojos. Los hermanos mostraban la altivez de quienes han nacido ricos, casi parecía que desde hacía mucho tiempo no quedaba entre ellos lugar para las frágiles debilidades de la infancia. A un ojo atento, sin embargo, los pequeños nudillos emblanquecidos por efecto de la presión de sus manos le habrían hecho intuir que las cosas no eran como parecían. Maria, que no se caracterizaba por su falta de atención, supo de manera instintiva mientras los observaba que aquel trabajo no sería tan fácil como se lo habían presentado, pero podía resultar, con diferencia, más interesante.

* * *

Como preveía el acuerdo según el cual había sido contratada, Maria pasaba con los niños todo el tiempo que no estaban en el colegio, vigilándolos cuando jugaban y hacían los deberes con independencia del hecho de que sus padres se encontraran o no en casa. Le asignaron el cuarto amarillo, una pequeña habitación situada entre las dos más amplias reservadas a los hermanos, y la circunstancia de que comunicara con ambas le hizo pensar que probablemente había sido concebida como una especie de vestidor para la ropa que en el futuro, cuando ya no hubiera necesidad de niñera, los dos hermanos podrían compartir.

Lo primero a lo que tuvo que enfrentarse fue al hecho de que los hijos de los Gentili jamás salían de casa para jugar con otros niños. Es cierto que aquella vivienda carecía de patio, pero la calle en la que vivían estaba muy cerca del gran parque del Valentino y de los bulevares arbolados que se extendían junto al Po, un lugar fascinante donde la cantidad de tentaciones potencialmente mortales era tal que podía poner loco de contento a cualquier niño. Sin embargo, respecto a ese punto Marta Gentili se mostró tajante: Anna Gloria y Piergiorgio sólo salían con ella y con su padre. Jugar fuera sin los progenitores quedaba totalmente descartado, de tal manera que Maria se dio cuenta muy pronto de que parte de su labor consistía justo en garantizar que eso jamás ocurriera. En realidad no era una orden difícil de respetar, porque Piergiorgio no manifestaba ningún deseo de salir y Anna Gloria, aunque más inquieta, de momento parecía satisfecha con los muchos y atractivos juegos de que ambos disponían. Maria, en cambio, en las pocas horas libres que le quedaban, paseaba sola por las calles siempre que podía, cauta pero llena de curiosidad por la gran ciudad. La señora Gentili le había explicado la extraña historia de las calles en ángulo recto de Turín, como si hubieran sido trazadas antes que los lugares a los que tendrían que conducir; la idea de que los turineses hubieran decidido primero el trayecto, y sólo en un momento posterior se hubieran dedicado a erigir como meta las casas, las plazas y los edificios, le parecía tan ilógica que en las primeras cartas a sus hermanas la contaba una y otra vez como si fuese una divertida novedad. Aquel orden milimétrico chocaba con su sentido común, pues estaba convencida de que la manera idónea de que nacieran las calles sólo podía ser la de Soreni, cuyas vías habían emergido de las propias viviendas como restos de costura, recortes, retales torcidos, sacadas una a una de los espacios casualmente supervivientes del surgir irregular de las casas, que se mantenían en pie una a otra como viejos borrachos después de las fiestas patronales. Marta Gentili le había explicado que el repetitivo trazado urbano de Turín respondía a exigencias de seguridad, porque una ciudad regia no debía ofrecer a los rebeldes ni a los enemigos ningún recoveco donde esconderse, lo cual no hizo sino reforzar en la joven sarda la idea de que todas las cosas en apariencia demasiado lineales no eran más que un reconocimiento de debilidad: nadie se tomaría la molestia de trazar calles tan rectas si no estuviera muy asustado.

Con todo, le gustaba caminar sin rumbo fijo por delante de los elegantes portales, mirando los escaparates donde se exponían golosinas recubiertas de chocolate o vestidos confeccionados en serie que vestían maniqués con calculada solemnidad. Se paraba ante las tiendas de ropa y estudiaba las prendas con el ojo crítico de la modista, buscando el dobladillo mal cosido o la solapa realizada con poco esmero, y sonreía con satisfacción cuando al otro lado del cristal adivinaba el defecto, como si se tratara de una venganza personal. En esos momentos solía pensar en Bonaria Urrai, pero durante el resto del tiempo todos sus esfuerzos se orientaban a la delicada

operación de borrado iniciada en el barco y de la que aquellos paseos constituían una parte fundamental. Lo único con lo que no conseguía familiarizarse era con el tremendo frío turinés, que no era una simple temperatura baja —eso ya lo había sufrido con anterioridad—, sino un aire tan gélido que para resistirlo era necesario incluso dosificar su entrada en los pulmones. El frío amenazó seriamente con comprometer su gusto por los paseos, porque al cabo de unos minutos penetraba en su abrigo de paño, llegando a acuchillarla hasta los huesos pese al ritmo sostenido de su marcha.

Las primeras veces, Maria volvía a casa con los músculos rígidos y el estómago contraído, y necesitaba al menos una hora para que remitiera el dolor de cabeza que le ceñía la frente como un cordón. Aunque incapaz de comprender cómo podían sobrevivir los turineses a aquel rigor, la idea de renunciar a salir le resultaba tan odiosa como una rendición sin combate. La tercera vez que había vuelto a casa agarrotada decidió equiparse: tras pedir permiso a Marta Gentili, cogía del revistero del salón los periódicos que el señor Gentili ya había leído y luego, a escondidas, iba a su cuarto para colocarse las hojas a la altura del pecho, la espalda y la barriga, antes de ponerse el abrigo verde y salir a la calle. Entre aquel crujir sofocado de papel impreso, le parecía que el frío tenía más dificultades para colarse, y ese modesto secreto la acompañó durante todo el invierno con la afortunada complicidad de la soledad: si hubiera tenido una amiga con quien compartir aquellos paseos, habría sido difícil explicarle, quizá sentadas en la salita de un bar, por qué prefería tomarse el chocolate caliente con el abrigo puesto y en todo momento abrochado. Pero Maria se cuidó mucho de hacer amistades. Como contrapartida, Attilio Gentili estuvo siempre convencido de que la niñera de sus hijos era una apasionada lectora de los sucesos de actualidad, lo cual no dejaba de causarle cierto agrado.

Ocuparse de Anna Gloria no fue, como había temido al principio, complicado, quizá porque, intuyendo el carácter desconfiado de la niña, como el de ella misma a su edad, nunca cometió el error de tratar de conquistarla con halagos a los que la pequeña sin duda estaba más que acostumbrada. Aburrida de los juguetes que la rodeaban, su retraimiento instintivo cedió a la curiosidad y el entusiasmo por los trabalenguas y los juegos de palabras en que Maria era una maestra. Juntas llenaban el salón de risas y pronunciaciones graciosas, cuando la niñera sarda, con el puño cerrado, iba levantando uno a uno los dedos de la mano de la niña, contando en verso su historia preferida:

—*Custu est su procu, custu dd'at mottu, custu dd'at cottu, custu si dd'at pappau et custu...*

—Al llegar ahí agitaba enloquecidamente el meñique, haciéndola reír a carcajadas—. *Mischineddu! No ndi nd'est abarrau!*

—¿No entiendo nada! —protestaba la pequeña cuando se recuperaba de la hilaridad que la extraña sonoridad de las palabras le causaba.

—No lo entiendes porque nunca has visto cómo acaba un cerdito en una familia de cuatro hijos.

—¿Y cómo acaba?

Entonces Anna Gloria le tendía el puño, deseosa de repetir el ritual. Maria se acercaba de

nuevo con aire de complicidad, le cogía la mano y levantaba los dedos por orden, empezando por el pequeño pulgar.

—Éste es el cerdito, éste lo ha matado, éste lo ha cocinado, éste se lo ha zampado, y a éste... —Y moviendo el meñique como una campanilla, exclamaba—: ¡Pobrecillo! ¡Nada le ha quedado!

La joven le enseñó otros muchos juegos, tanto en italiano como en sardo, que la pequeña recitaba a menudo de forma imprevista con una habilidad tal que dejaba atónitos a sus padres, a quienes les parecía milagroso aquel simple vislumbre de disciplina. Gracias a esa artimaña, al cabo de tres semanas de trabalenguas, Anna Gloria y ella podían considerarse, si no amigas, por lo menos cómplices, lo que permitió a Maria ejercer un poco de control sobre el carácter rebelde y consentido de la niña.

Piergiorgio Gentili, en cambio, era harina de otro costal. Desde el principio, el muchacho no dio pie a confianzas, y a pesar de que siempre se mostraba como mínimo cortés, cada uno de sus gestos y palabras le parecía a Maria dirigido con precisión a reforzar una distancia hostil. Él observaba con fastidio mal disimulado las ocasiones de familiaridad que su hermanita iba concediendo a la muchacha sarda, y cuando ambas se divertían juntas, se sentaba en un rincón de la habitación para observarlas de reojo, a distancia segura del potencial contagio de ese nuevo lazo. Dotado de una elegancia natural y muy alto para sus quince años, Piergiorgio nada tenía de la cómica torpeza adolescente que Maria había conocido en Andría Bastiú; pese a las señales evidentes lanzadas por una virilidad en desarrollo y que luchaba en él para apropiarse de los ámbitos de la infancia, en la mirada taciturna de aquel joven había algo ya concluido que la desconcertaba y la hacía mostrarse cautelosa.

El día que Maria comprendió lo que ocultaba aquel comportamiento era otoño en Turín, Piergiorgio había cumplido dieciséis años, su hermana once, y ella trabajaba en casa de los Gentili desde hacía un año y diez meses, durante los cuales había mentido a sus hermanas asegurándoles en las cartas que era feliz, que todos la trataban como a una hija y que no quería regresar. De vez en cuando, Regina le daba como de pasada noticias de Bonaria, que al parecer padecía los achaques naturales de la edad, pero Maria siempre se saltaba los pasajes referidos a la anciana modista.

—¿Por qué no vamos al Valentino? Hace un día precioso.

Con aquella propuesta realizada con fingida naturalidad, Anna Gloria rompió la concentración requerida por la traducción de latín en que se hallaba enfrascado su hermano, mientras que Maria levantó atónita la cabeza de la pasamanería que estaba aplicando en el borde de una falda. Attilio y Marta Gentili habían ido a casa de los Remotti en Le Langhe, como hacían a menudo, y no volverían hasta el día siguiente.

—No —respondió Piergiorgio en un tono que no auguraba ninguna explicación.

—¿Por qué no? Nunca salimos, siempre estamos en casa, o en el colegio, y vamos hasta allí en coche. Jamás paseamos, y yo me aburro mortalmente... —Anna Gloria se volvió hacia Maria buscando apoyo—. ¿Qué te parece?

Piergiorgio miró a Maria un instante, como para disuadirla de responder, y dijo:

—¿Desde cuándo es Maria quien manda?

—¿Y quién manda entonces? ¿Tú? —lo desafió su hermana con terquedad.

—Mandan mamá y papá, y sabes muy bien que no quieren.

—No querían cuando éramos pequeños, pero ya somos mayores. Y además iremos con Maria...

Anna Gloria no parecía dispuesta a rendirse. Seguramente había estado días preparando aquel plan, y Piergiorgio debió de intuirlo de algún modo, porque se levantó y salvó en tres zancadas la distancia que lo separaba de su hermana.

—Tú eres todavía pequeña y yo no tengo ganas de salir. Así que nos quedamos en casa. Me parece que está claro, ¿no?

La chiquilla calló, aguantando la mirada de aquellos ojos idénticos a los suyos sin dejarse intimidar. La impotencia la enfurecía, pero no abrió la boca.

—Bien —concluyó él, satisfecho de aquel silencio.

Después de lo que a todas luces había que considerar el final de la conversación, Piergiorgio volvió a sentarse a su escritorio sin que nada en sus movimientos o su mirada hubiera incluido a Maria, ni siquiera por error. La niña se levantó de repente y dejó caer al suelo el libro de geografía con deliberada brusquedad. Tras dirigir a la muchacha sarda una mirada resentida, salió a paso rápido de la habitación y cerró a su espalda de un portazo, lo que provocó un ruido seco e hizo temblar el reloj de madera colgado de la pared. Como si estuviera sordo, Piergiorgio no hizo siquiera ademán de alzar la vista del cuaderno de latín. Apenas diez minutos más tarde, ambos oyeron correr el agua de la ducha. Maria no se alteró; estaba acostumbrada a los estallidos de ira entre ambos, tan rápidos en producirse como en pasar, pero más frecuentes conforme Anna Gloria crecía y su carácter rebelde toleraba cada vez menos la autoridad antes no cuestionada de su hermano. Piergiorgio mostraba indiferencia después de aquellas peleas, pero Maria lo conocía lo suficiente para darse cuenta de que, en realidad, el distanciamiento de su hermana lo cogía sin defensas. Respetaba aquel secreto conocimiento, consciente de que el juego recíproco de ficciones era lo más similar a una complicidad posible entre ellos. Sin embargo, veinte minutos más tarde el agua no había parado de correr, de modo que Piergiorgio al fin levantó la cabeza de los libros y miró a Maria con aire interrogativo.

—Sí que le cuesta ducharse...

La joven rompió el hilo anudado de la labor antes de dejar la falda sobre la cama para levantarse e ir a ver. La puerta del baño no estaba cerrada con pestillo y cuando, después de llamar en vano, entró, descubrió que el agua caía copiosamente sobre el plato de la ducha vacía. En unos segundos comprendió que Anna Gloria ni siquiera se había metido en la cabina.

—¡No está! —gritó.

Cuando volvió a la habitación con paso alarmado, Piergiorgio Gentili ya estaba poniéndose el abrigo, nervioso. Había cogido del taquillón las llaves de casa y se disponía a salir sin preocuparse de si ella lo seguía.

15

Bajaron la escalera precipitadamente, él ágil como un gato, ella pisándole los talones, con el abrigo ondeante sin abrochar por la prisa para no quedarse atrás. Anna Gloria no estaba en la calle, y su hermano sólo necesitó un instante para comprobarlo antes de echar a correr como un loco hacia el Valentino. Maria lo seguía con el corazón desbocado, más asustada por la angustia que veía en él que por la salida furtiva de la niña. Muchos indicios le habían hecho ya intuir que un acto de rebeldía por parte de la chiquilla era únicamente cuestión de tiempo; lo que no había previsto era una reacción tan descompuesta de su hermano. Corría deprisa tras él, no tanto con la esperanza de encontrarla, cosa de la que estaba segura, sino con la de llegar a ella más o menos al mismo tiempo en que, fuera de sí, lo hiciera Piergiorgio.

Entraron en el parque y lo exploraron en varias direcciones, pero no había ni rastro de Anna Gloria. Después de dos horas corriendo y deteniéndose, recorriendo con la vista los senderos secundarios y con pies veloces el central, Maria y Piergiorgio se encontraron uno junto a otro jadeantes, él con la mirada brillante de puro terror, ella menos optimista que antes sobre el éxito de la búsqueda. Rompiendo el silencio impuesto por la falta de aliento y la discreción, sin ponerse previamente de acuerdo empezaron a llamarla.

—¡Anna Gloria! —gritaba Maria con voz clara.

—¡Anna! —repetía como un eco Piergiorgio con voz quebrada.

Muchos se volvían para mirar a aquella mujer joven y a aquel muchacho con alarmada curiosidad, pero nadie respondió a su llamada.

Eran ya las seis de la tarde y el sol declinaba cuando salieron del parque empapados en sudor y se miraron, demudados.

—Es culpa tuya —le espetó Piergiorgio con odio.

Maria se sobresaltó, pero no discutió la injusticia de la acusación porque sabía que era cierta: cualquier cosa que hubiera sucedido sería culpa suya. Sin embargo, no bajó la vista, consciente de que en aquel momento la prioridad no era hallar un culpable.

—Vamos por el río —sugirió, tratando de controlar su angustia.

Juntos se encaminaron hacia casa siguiendo con atención la línea del agua, sin dejar de gritar el nombre de la niña, pero incapaces de apartar los ojos de la pendiente del muro de contención, dominados por el espanto de vislumbrar la señal de una caída, un objeto que flotara o un cuerpo

inerte en la orilla arbolada, de donde se elevaba una ligera neblina que dificultaba su exploración. Aunque no encontraron nada, no se sintieron más aliviados. Regresaron a via della Rocca muy ansiosos, con la secreta esperanza de que Anna Gloria los hubiera precedido.

Sentada en los peldaños de la entrada del edificio, la chiquilla aguardaba visiblemente nerviosa, sin la menor intención de mostrarse arrepentida por la imprudencia cometida. Piergiorgio se detuvo en medio de la calle; Maria tuvo miedo del destello que captó en sus ojos azules. Su hermana, en cambio, no debió de reparar en nada, porque se puso en pie y les espetó:

—¡Ya era hora de que volviérais, llevo aquí por lo menos una hora! Pero ¿cómo se os ha ocurrido iros así, sin más?

Ambos la miraron sin dar crédito a lo que oían. Maria estaba a punto de replicarle como debía, pero Piergiorgio se le adelantó, y sus palabras sosegadas asustaron a la muchacha sarda más de lo que habría hecho un grito.

—Teníamos ganas de pasear. ¿Desde cuándo debo rendirte cuentas de lo que hago?

Sin esperar respuesta, el chico subió los escalones con total despreocupación, sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta del edificio. Manteniéndola abierta, se volvió en espera de que ellas lo siguiesen; mientras pasaba por su lado, Maria no consiguió recordar haberle visto nunca aquella expresión en el rostro, por una vez pálido como el de su hermana. Él le devolvió la mirada como una advertencia, y mediante ese pacto tácito ambos se comportaron hasta la noche como si durante aquellas horas nada hubiese sucedido. Anna Gloria, por su parte, se guardó mucho de sacar el tema, engañada por un silencio que la convenció de haber conseguido, con su acto de fuerza, suavizar al menos en parte la resistencia de aquella prohibición que tanto le pesaba.

Naturalmente, no era así en absoluto, aunque algo debía de haberse roto en Piergiorgio, porque durante la noche Maria oyó desde su cuarto el sonido de un llanto a duras penas sofocado. Si bien Anna Gloria se había metido muchas veces en la cama de Maria en pijama para apaciguar los fantasmas de una pesadilla, o para hacer esas confidencias secretas que sólo pueden realizarse a oscuras, en casi dos años la puerta que separaba su habitación de la del chico nunca se había abierto. Ninguno de los dos había considerado jamás aquel paso como algo real: en lo que a ellos respectaba, era una puerta dibujada sobre el empapelado. Pero ante ese llanto no hubo consideraciones que pudieran impedir a Maria cruzar aquella barrera invisible: la tensión acumulada durante el día hacía que las reglas pareciesen opacas e ineficaces, retenidas por los hechos en un limbo de suspensión temporal.

Cuando Piergiorgio se percató de que la puerta se había abierto, los sollozos cesaron de repente. En la oscuridad de la habitación, su voz se elevó, quebrada pero dura.

—¿Qué quieres?

—Te he oído.

—¿Y qué? Sal de aquí.

—No.

—Te he dicho que salgas. Ésta no es tu habitación.

Maria avanzó sin miedo de tropezar, pues conocía el orden obsesivo en que el chico tenía sus cosas. La luz de la lámpara de la mesilla de noche se encendió de golpe, iluminando a Piergiorgio

vestido sobre la cama, sentado con los hombros contra el cabecero y la almohada apretada entre las rodillas, marcada por los mordiscos húmedos con que había intentado silenciar el llanto. Su cara estaba enrojecida como la de un niño, pero su mandíbula rígida y los ojos furiosos con que la miraba no tenían nada de infantil.

—Hablemos...

—¿De qué?

—Ya lo sabes. De lo que ha pasado hoy.

—No tengo nada que decirte. Y no ha pasado nada.

Maria reconoció en su mirada el mismo odio feroz que cuando la había acusado en el parque.

—Perdóname.

Él pareció titubear ante aquella rendición sin combate, pero las manos que agarraban la almohada como un escudo no se relajaron.

—¿De qué te disculpas?

—No lo sé —murmuró Maria, y era cierto—. ¿Tú de qué me acusas?

Él vaciló; las preguntas directas nunca habían sido sus preferidas. Maria vio nítidamente el revelador movimiento de la nuez de Adán.

—No lo sé... —repitió él como un eco tras una breve pausa, aunque sus ojos seguían emitiendo sentencia.

Maria avanzó por la habitación, desarmada y desarmante con su pijama de franela amarillo, formulando todas las preguntas de un tirón como si tuviese miedo de que el momento de las respuestas no volviera a presentarse nunca más.

—Entonces, ¿por qué me tratas siempre como si tuviese que hacerme perdonar algo? ¿En qué me he equivocado? ¿Qué te he hecho?

Piergiorgio calló, mirándola aproximarse a la cama.

—No has hecho nada. ¿Qué tienes tú que ver? Ha sido ella —murmuró por fin, tenso.

—Exacto, ¿qué tengo yo que ver?

De repente, Maria se sentó en el borde de la cama profanando intencionadamente el espacio que él, acurrucado en una esquina, defendía con los ojos. Maria nunca había sido una persona prudente, pero tampoco irreflexiva como en aquel instante, que de forma misteriosa intuía irreplicable y por ello le parecía una insensatez dejarlo escapar. Los riesgos de asirlo, en cambio, ni siquiera los calculó. Permaneció en silencio contemplando aquellos ojos azules que cambiaban de expresión, adoptando una vacía y perdida, peligrosamente ausente; cuando la mano de él se acercó al interruptor de la luz para apagarla, Maria no trató de impedirlo, y la súbita oscuridad los dejó a ambos sin aliento, igual que la carrera vespertina.

Esperó unos segundos a que él dijera o hiciera algo, pasados los cuales Piergiorgio empezó a hablar. Primero en un susurro, se puso a reanudar un discurso que parecía interrumpido pero que en realidad jamás había comenzado. Al principio, Maria no comprendía el porqué de aquel relato de escondrijos y carreras infantiles; luego las palabras del muchacho se sucedieron como estallidos, iluminando la oscuridad con revelaciones insoportables de escuchar, casi tanto como para él contarlas. No estaba segura de que él hablara para que ella lo oyese; más bien le parecía que había apagado la luz justo para olvidar que la tenía delante, intuición que le impidió decir una

sola palabra.

En aquella oscuridad, Maria lo vio surgir de pequeño, con el cabello más claro de lo que ahora lo tenía, jugando al escondite con otros niños bajo la mirada distraída de la primera niñera contratada para cuidarlo. A medida que iba recordando, la voz de Piergiorgio perdía cuerpo y se atenuaba para transformarse en la del niño escondido entre los árboles del paseo del río, mientras esperaba con el corazón en un puño a que sus compañeros fueran a buscarlo para entonces echar a correr como un galgo hacia el árbol acordado gritando: «¡Casa! ¡Yo soy más rápido!». Siempre se le había dado bien esconderse, hasta en su propio hogar sus padres lo buscaban durante horas cuando no quería que dieran con él. También aquella vez sus compañeros tardaban en encontrarlo, porque era difícil verlo entre los arbustos de la orilla, y todavía más difícil para sus cortas piernas alcanzarlo. Pero, para los ojos atentos de un adulto que sabía esperar y para las piernas robustas de un adulto que sabía buscar, aquel astuto escondrijo a orillas del río era un lugar fácil y cómodo donde jugar con un niño. Piergiorgio no sabía aún que los mayores no juegan al escondite con los niños.

Mientras la niñera charlaba con las otras chicas empleadas para cuidar a los hijos de los otros, mientras los hijos de los otros jugaban a esconderse y encontrarse como podían y el sol aplastaba los árboles contra el suelo en sombras móviles y huidizas, Piergiorgio Gentili se perdía en un arbusto entre las manos de un desconocido y nadie lo llevaría nunca más de vuelta. El niño que muchas horas después encontraron se había vuelto incapaz de esconderse, de abrazar y de fiarse de nadie, pero sus padres creyeron que se debía a la caída, a ese previsible resbalón en la orilla, al golpe en la cabeza que quizá le había hecho perder el conocimiento hasta que el sol se había puesto, o tal vez al miedo a morir que todos los niños experimentan cuando se pierden creyendo que se esconden y nadie va a buscarlos. Marta Gentili despidió en el acto a la niñera, Piergiorgio olvidó en el acto hasta su nombre, y a partir de aquel momento ni él ni su hermana pudieron salir a jugar al parque, ni al paseo del río, ni a ningún otro lugar. El chico jamás contó a sus padres que aquello que no debería haber pasado había sucedido, durante diez años no se lo dijo a nadie, hasta que esa noche se lo explicó a Maria todo de un tirón en la oscuridad del cuarto, con la espalda contra la cama y la cabeza dentro de un arbusto a orillas del río, en un recuerdo que olía a limo y sudor ajeno.

Maria no habría sabido decir en qué punto del relato de Piergiorgio se había levantado para estrecharlo contra sí, o en qué instante preciso del horror narrado se había acercado a él sin interrumpirlo, y él no habría sabido decir cuándo había dejado que las lágrimas fluyeran en la oscuridad silenciosas, púdicas. El día los sorprendió en un sueño desprovisto de culpas, unidos en un abrazo en que el uno finalmente se había encontrado y la otra se había perdido.

Desde ese momento la actitud de Piergiorgio hacia Maria cambió por completo: empezó a mostrarse amable y casi solícito. Ya no le respondía con monosílabos, e incluso le dirigía la palabra por iniciativa propia, la ayudaba a llevar la ropa planchada, se ofrecía a abrirla las puertas cuando iba cargada con las bolsas de la compra y en la mesa le pasaba todo aun antes de que ella lo pidiera, para incredulidad de sus familiares. Esta galantería sorprendió agradablemente a Attilio Gentili, quien, tras los primeros ardores evidentes de la adolescencia, vio los indicios prometedores de una madurez precoz. En cambio, la incomprensible

transformación de Piergiorgio despertó las sospechas maternas y, sobre todo, suscitó el resentimiento de Anna Gloria, que observando cómo se aficionaba a Maria se descubrió víctima de unos celos nunca sentidos hasta entonces. En cuanto se dio cuenta de que algo había cambiado, la complicidad que había establecido con la joven sarda se esfumó de un día para otro, y cuanto más solícitamente la trataba su hermano, más muestras de intolerancia daba la chiquilla ante la idea de continuar teniéndola como niñera. Maria, por su parte, no hacía caso de las reacciones de Anna Gloria y, en cambio, parecía haber desarrollado hacia Piergiorgio una actitud protectora por completo incongruente, pues el muchacho hacía tiempo que había superado la edad en que era razonable tener a alguien encargado de su cuidado; tanto más cuanto que Maria jamás se había ocupado realmente de él, como ambos sabían.

Por primera vez reparó en el despuntar del hombre en aquel cuerpo, observó con disimulo cómo la suavidad de los rasgos infantiles se desvanecía en sus facciones, cada vez más marcadas, y la espalda se le ensanchaba de día en día, evidenciando aquella gracia natural que hasta entonces sólo había aparecido difuminada. La puerta que comunicaba las dos habitaciones dejó de estar dibujada en la pared y las noches se llenaron de susurros y risas, sofocadas con la voluntad cautelosa de quien sabe que lo que está haciendo nunca podrá ser declarado del todo inocente.

No había entre ellos nada que esconder, y sin embargo, ambos lo ocultaban con cuidado. Lo que no podían encubrir se veía por la mañana en el desayuno, cuando tanto él como Maria mostraban las ojeras del insomnio a la mirada distraída de los padres y a la torva e inquisitiva de Anna Gloria, que masticaba galletas al ritmo de una rabia creciente. Maria salía mucho menos de casa, y cuando lo hacía ya no se ponía periódicos bajo el abrigo, presa de una fiebre ardiente que si no hubiera estado tan cegada habría reconocido, pues no era la primera vez que la sentía correr por sus venas; pero a ella los momentos de la conciencia siempre le habían llegado como la resaca tras la ola, y tampoco en aquella ocasión sería diferente.

No recordaba que nadie la hubiera visto nunca tan guapa como se veía en los ojos adoradores de Piergiorgio, tan guapa como aquel día cuando se había puesto la corona de pan en la habitación fragante de su madre, con el pecho desnudo y la medalla de oro que la hacía aparecer, reflejada en el espejo del armario, hermosa como una dama en un cuadro. El marido de su hermana jamás la había visto así, desde luego, e incluso Andría Bastú había amado en ella aquello que lo hacía sentirse en casa: no había habido entre ellos la confesión de secretos tan sucios que mancharan para siempre la noche, ni Maria había temido nunca rozarle la mano para no despertar la sangre que le bullía bajo la piel, como sucedía sin cesar ante el perfil puro de Piergiorgio. Femenina, siempre había sabido que lo era, pero como mujer se descubría entonces, porque jamás se había dado que alguien se lo mostrase con el furor que irradiaba la mirada de Piergiorgio Gentili, con toda la pasión de sus dieciséis años, cada vez que la posaba sobre ella.

Con el paso de las semanas, comprendiendo por instinto el peligro que entrañaba la hostilidad de Anna Gloria, Piergiorgio y ella se volvieron más cautos y furtivos a fin de no provocar situaciones que pudieran llevar a prescindir de la ya casi superflua presencia de Maria en aquella casa. Por la noche se veían pocas veces y sólo unos minutos, atentos como ladrones a no tocarse ni por

equivocación, y luego cada uno se iba a su cama con el sentimiento de culpa todavía ardiente por haber estado todo el rato deseando el roce. Maria sabía que un gesto suyo bastaría para que las cosas fueran más allá de las miradas y evitaba con deliberado celo realizarlo, a la vez que minimizaba aquella distancia con otras pequeñas intimidades. Era como si ambos advirtiesen que aquel instintivo buscarse durante las horas del sueño los convertía en una entidad aparte en el ecosistema de la casa, en un organismo demasiado frágil para exponerse a enfermarlo con un incauto intercambio de ardores.

Esa precaución salvó a Maria de varias maneras, pero en un primer momento no se percató, ya que estaba concentrada en aquel trasiego nocturno que actuaba no sólo sobre el pasado herido de Piergiorgio, sino también sobre el suyo. Donde él parecía conseguir disipar ciertos recuerdos, ella, sin quererlo, empezaba a despertar otros, en un juego de memorias comunicantes que se manifestaba sin lógica aparente. Muchas cosas que creía haber dejado en la orilla de la que el barco zarpó rumbo a Génova, regresaban una tras otra, como maderos a la playa después de una marejada.

La primera vez que Maria comprendió que algo estaba cambiando fue justo de noche, mientras volvía a su cuarto descalza y muy despacio. El contacto de la moqueta le trajo de improviso a la mente el pelaje leonado e hirsuto de *Mosè*, así como el color exacto de los ojos redondos del perro. Los primeros recuerdos afloraron de esa forma, a través de sensaciones o distracciones, repentinos y siempre nocturnos. Después la memoria empezó a actuar de día, cuando no era posible atribuir a los engaños del sueño que en ciertas inclinaciones del sol en el salón reconociera la luz de la casa de Bonaria Urrai; lentamente volvieron uno a uno, rostros, voces y lugares de la infancia en que había crecido, y se descubrió habitándolos sin pedir permiso. Cuando cosía, pensativa, asociaba a los gestos lentos de la mano el eco de bordados realizados en otro lugar tiempo atrás, sobre telas diferentes pero no en otra vida, por más que se hubiera repetido lo contrario durante meses.

No comentó nada al respecto. Tenía la certeza de que aquellos fragmentos caprichosos de memoria, a quienes otros habrían puesto el nombre apresurado de nostalgia, no eran cosas que pudiera revelar a Piergiorgio. Pero entretanto el presente y el pasado volvían a mirarse como después de un armisticio, oprimiéndole el pecho con la sorda gratitud de los supervivientes. Hacía años que había dejado de robar las pequeñas cosas que ya eran suyas, y ahora se descubría nuevamente escondiendo algo, porque entre Piergiorgio y ella el lugar de la conciencia no era y no podía ser el mismo que el de la reciprocidad. En aquel negarse había una profecía amarga y Maria sabía que sólo ella podía percibirla. El temor de verla cumplida la hacía moverse alrededor del alma del muchacho como sobre la arena, cuando uno no quiere dejar demasiadas huellas a su paso. Cada vez que él, entusiasmado, abría la puerta entre ellos a la eternidad y otros incómodos invitados, ella comprendía mejor que lo que los separaba no era la edad o la condición social, sino más bien la permanencia en él del engaño infantil de confundir lo que se desea con lo que se posee. Por eso, siempre que salía de su habitación y cerraba la puerta a su espalda tras el último susurro, Maria renovaba para sí misma la renuncia al hombre en que Piergiorgio se convertiría.

La conciencia de ser una presencia provisional en casa de los Gentili no le impidió sentir que la tierra se abría bajo sus pies cuando llegó la carta en que Regina le pedía que volviera a casa con urgencia. No eran más que unas líneas: su hermana era buena en muchas cosas, pero sin duda no para escribir. Contenía lo estrictamente necesario. Después de haberla abierto, Maria la tuvo dos días sobre la mesilla de noche como si ni siquiera la hubiera recibido.

Hasta la tercera noche no reunió el valor para ir a la habitación de Piergiorgio a explicarle la situación, y la angustia por la pérdida inminente fue tal que le hizo olvidar la prudencia. No esperó a estar segura de que Anna Gloria dormía para abrir la puerta, de modo que el leve chirrido de la manija fue suficiente para dar a la niña la señal que llevaba semanas esperando. Mientras, en la oscuridad, Maria cargaba con el peso de la rabia furiosa de Piergiorgio enfrentado a su decisión inapelable, la luz de la habitación se encendió de repente desde fuera, para mostrarlos abrazados sobre la cama, en una postura confusa pero más que indecorosa, a los ojos atónitos de Attilio y Marta Gentili. Ninguno de los dos jóvenes proclamó su inocencia, pues inocentes desde luego no eran, pero el nombre exacto de la culpa se lo guardaron para sí, en cumplimiento de un pacto que nunca había sido necesario sellar. Al día siguiente, Anna Gloria no derramó una sola lágrima mientras Maria, avergonzada, bajaba la escalera con sus pertenencias en la maleta. A Piergiorgio ni siquiera se le había permitido salir de su habitación para despedirla, y el sueldo pendiente le fue entregado con frialdad por el señor Gentili en un sobre sin referencias que ella no abrió hasta pasados muchos días. Aquella noche, en el barco que la llevaba de Génova a Porto Torres, el único sobre que Maria no dejaba de abrir era el que contenía la carta de su hermana Regina, quien con esta frase alarmante añadía al dolor de la separación el peso de la responsabilidad que se le presentaría a su llegada: «Querida Mariiedda: vuelve lo antes que puedas. Bonaria Urrai ha sufrido un ataque y es posible que muera».

16

La lámpara estaba apagada, pero Bonaria Urrai no necesitaba la luz para saber que Maria se encontraba allí, en la penumbra de la habitación del hospital, sentada en alguna parte. Resultaba difícil precisar cuándo había adquirido la costumbre de sentarse a mirarla en la oscuridad en silencio, si la había tenido siempre o si se había habituado en el continente, en el sitio donde había trabajado y del que no había querido hablar. Bonaria sospechaba que ese vicio de espiar a las personas durmiendo se lo había pegado ella a Maria, y le habría gustado ceder a la tentación de decírselo, quizá precediéndolo de un ruidito para revelar que estaba despierta. Sin embargo, algo la contuvo y no lo hizo, como tampoco lo había hecho al principio de todo, antes de que el tiempo decidiera escapársele de las manos como un zorro por la noche.

Al principio de todo.

Dentro de la tienda reinaba el silencio, y Bonaria todavía recordaba a Anna Teresa Listru con el pelo trenzado mientras metía las anchas manos en el saco de las judías blancas de Tonara como si tuviese que escogerlas una a una. Chismorreaba con la tendera y la mujer del farmacéutico, una del continente que lucía un abrigo de pieles oscuro, como las señoras de ciudad, y examinaba a través de la vitrina de cristal los diferentes tipos de pasta.

Entre aquellas tres mujeres, Maria era como un cero a la izquierda, ese compromiso que debes apuntar para no olvidarlo. Ni siquiera había sido objeto de los comentarios benévolo que suelen hacer las mujeres cuando declaran que los hijos de los demás son encantadores. Sentada sobre un costal de habas secas en un rincón de la tienda, Bonaria esperaba que trajesen la leche fresca observando a aquella niña olvidada moverse con rapidez entre las cosas que quedaban a su altura: la fruta, los molinetes de plástico de colores, el gran cesto del pan tierno, las rodillas ásperas de su madre.

Los ojos de la anciana fueron los únicos que vieron que, del cesto de las cerezas de Aritzo, un puñado de frutos negros desaparecía entre los pliegues del vestidito de Maria, en el secreto de un bolsillo blanco. En aquel rostro infantil, la tía Bonaria no vio reflejadas vergüenza ni conciencia, como si la ausencia de juicio fuera la justa correspondencia de su declarada invisibilidad. Las culpas, como las personas, empiezan a existir si alguien las advierte. Maria, en efecto, se desplazó inocentemente a lo largo del mostrador donde las otras mujeres comentaban el aumento del precio de las legumbres, escondiéndose como un insecto en el estrecho hueco comprendido entre el culo

de su madre y el de la mujer del farmacéutico, atraída por el pelaje de animal oscuro y brillante que ésta llevaba encima. Lo miraba boquiabierto, encantada con los reflejos que se deslizaban sobre el reluciente abrigo de pieles al menor movimiento. Bonaria Urrai intuyó lo que la pequeña se disponía a hacer antes incluso de que la mano de Maria se extendiera para cometer aquel pecado mullido. Los dedos de la niña se perdieron entre el tupido pelo, jamás visto hasta entonces sobre una persona, asombrada de que la muerte pudiera ser tan suave. La mujer del farmacéutico no dio muestras de percatarse, de modo que la niña se sintió autorizada a ser más audaz. Acercándose a aquel culo engordado a costa de las enfermedades ajenas, hundió la cara en el pelo negro y aspiró ávidamente su olor. La mujer del farmacéutico se dio cuenta entonces del toqueteo y profirió una exclamación de fastidio, lo que atrajo la atención de las demás sobre la niña.

Ahora Bonaria Urrai, tendida en la cama y a oscuras, esbozó una débil sonrisa al recordar a Maria de repente real, Maria consistente y verdadera en los pecados sin cómplices de los niños solos. No la vio llorar aquella mañana en la tienda, mientras su madre se esforzaba para explicar su comportamiento asilvestrado, aquella ansia de sensaciones que se transformaba en hurto con más frecuencia de lo que el hambre podía justificar:

—Ojalá no la hubiera tenido, que el cielo sabe que tres me bastan y sobran en mi situación...

Ni siquiera la mención de aquel aborto retroactivo tuvo un efecto visible en el rostro de Maria. Permaneció inmóvil con la inconsciencia indolora de quien no ha llegado realmente a nacer, mientras en la tela blanca del vestido empezaba a aflorar el color de las cerezas robadas a la altura del bolsillo derecho. Un rojo revelador iba ensanchándose como una herida, en algunos puntos casi negro. Aquella mancha parecía lo único de ella en transformación, una obscena menarquía de fruta. La tendera fue la primera en advertirla.

—¿Has cogido cerezas del cesto?

Anna Teresa Listru se percató de los estragos causados en el vestido de su hija mientras el bofetón llegaba a su destino. La niña cerró los ojos sólo el instante del golpe y cuando los abrió de nuevo su mirada era firme; una mano tozudamente metida en el bolsillo agravaba la mancha externa. Las lágrimas se agolparon, pero no fluyeron.

—Giulia, perdona, no sé qué decir, apúntamelo en la cuenta...

—¿Qué dices! No te preocupes, son cosas de niños... —dijo detrás del mostrador la tendera, quitándole importancia al asunto—. Claro que esa mano sinvergüenza... —añadió, maliciosa, con una media sonrisa.

Aquel rojo en el bolsillito bordado fue, en mayor medida aún que todo lo demás, lo que hizo comprender a Bonaria Urrai que quizá el tiempo de la esterilidad había terminado, de modo que no tardó ni una semana en ir a hablar con Anna Teresa Listru sobre la posibilidad de adoptar a Maria como *fill'e anima*. Se las había arreglado para acompañar su propuesta de una oferta tal que la viuda de Sisinnio Listru no pudiera negarse. Bonaria, por lo demás, se había dedicado desde joven a la costura porque si había algo que sabía hacer bien era tomar las medidas a la gente. Tampoco en aquel caso se había equivocado: Anna Teresa Listru aceptó el trato sin discutir, y diez días después Maria ya ocupaba su habitación en la casa de los Urrai sin haber sido informada siquiera de aquel cambio definitivo en su situación familiar.

Aun desde la perspectiva que le daban todos esos años, Maria todavía no estaba segura de haber comprendido hasta qué punto aquella decisión había desviado el curso de su vida. Lo único que había estado incluido desde el principio era aquella cama, a cuya cabecera su presencia tenía ahora el peso de una consumación.

—Sé que está despierta —murmuró, cansada de fingir que Bonaria estaba dormida, acercándose a la almohada—. ¿Quiere que le traiga algo?

A la anciana se le dilataron las pupilas enturbiadas por un velo de catarata y sólo distinguió de Maria su silueta borrosa. Desde hacía varios días la habitación estaba débilmente iluminada, porque el médico había asegurado que una luz intensa podía producirle dolor de cabeza, como si el problema de Bonaria fuese la migraña. Si hubiera podido hacerlo se habría echado a reír, pero el ataque le había provocado una paresia facial que le impedía realizar incluso un movimiento tan simple. Para sonreír, le había explicado el doctor Sedda, hacían falta no recordaba cuántas decenas de músculos distintos, y ella había perdido la movilidad de casi todos.

—Agua... —creyó decir.

Maria la comprendió por las vocales masculladas y le acercó a la boca el vaso con la pajita; la enfermera aún no había ido a ponerle el gotero para la hidratación. Con esfuerzo, Bonaria sorbió el agua, pero su incapacidad para controlar el movimiento de los labios envió una parte a la nariz y otra fuera. Tosió bruscamente mientras Maria trataba de incorporarla para ayudarla a tragar el poco líquido que había conseguido meterse en la boca.

Bonaria se encontraba en ese estado desde hacía casi dos meses, y su avanzada edad impedía a los médicos ser optimistas acerca de una posible mejoría.

El regreso de Maria a Cerdeña no había sorprendido a nadie. «Es la deuda de una *fill'e anima*», decían en Soreni, como si fuese un destino al que era imposible sustraerse. En realidad, pocos habían confiado en que volvería de verdad a saldarla. Por el modo apresurado en que se había ido del pueblo, incluso se había rumoreado que la causa de su marcha era haberse quedado embarazada de Andría Bastíu, porque esos dos siempre andaban juntos, y el hecho de que no hubiese la más mínima prueba constituía para algunos la certeza más evidente. En cualquier caso, todos habían pensado que entre ambas mujeres algún suceso había roto el pacto sagrado de la adopción y las había retrotraído al estado de huérfana sin dote y viuda sin hijos.

Por el contrario, la hija de Anna Teresa Listru había regresado, y parecía haberlo hecho justo para pagar la deuda en el momento necesario, lo que ante la comunidad le devolvía el derecho a una herencia que de otra forma no habría sido lícito que reclamara, y no tenía nada de malo suponer que hubiera vuelto precisamente por eso. Desde el punto de vista hereditario, sin duda Maria podía considerarse afortunada, pero su fortuna no se valoraba tanto en función del volumen de bienes que le corresponderían como del tiempo que tuviera que atender a la vieja Urrai antes de que el Señor decidiera que ya había comido suficiente pan. Algunas hijas habían invertido los mejores años de su juventud cuidando de ancianas tiránicas que no se resignaban a morir, y por ironías del destino habían heredado sus ingentes fortunas a una edad en que ya no tenían ningún capricho que satisfacer. Pero no era el caso de Maria, porque Bonaria Urrai estaba claramente

más allá que acá. No comía nada que hubiera de masticar, y la parálisis del lado derecho del cuerpo le impedía levantarse y ocuparse de su higiene personal. Maria la cuidaba con más abnegación que una hija de sangre, y por la noche, en los umbrales de las casas, las ancianas elogiaban su espíritu de sacrificio, que la santificaría en una medida cada vez mayor conforme fuera convirtiéndose en martirio.

En realidad, aunque Maria se esforzaba en hacerlo todo aparentando la máxima serenidad, la aterrizzaba la idea de que Bonaria muriese, y la anciana la conocía demasiado bien para no haberse dado cuenta. No hablaban, no lo habían hecho en ningún momento desde el regreso de la joven —por lo demás, la mujer todavía era incapaz de articular palabra—, pero a menudo se miraban en la penumbra de la habitación, pues habían descubierto que era un modo de comunicarse que ahorraba muchos equívocos. Cuanto se habían dicho la noche en que la familia Bastú lloraba a Nicola aún se interponía entre ellas, pero estaba claro que Maria aguardaba, aunque no había ninguna esperanza de que Bonaria volviese a hablar de manera comprensible.

Cuando, cuatro meses después, ya era evidente que no mejoraría, la anciana fue dada de alta y los médicos permitieron a Maria llevársela a casa, después de haberle explicado cómo debía cuidarla en condiciones que calificaron de estables. Eso significaba simplemente que Bonaria se hallaba detenida al borde de la muerte, pero en un primer momento la joven se negó a aceptarlo y la trató como a una convaleciente, con una dedicación tal que al cabo de unas semanas la capacidad de mover los labios de Bonaria mejoró hasta el punto de permitirle articular palabras sencillas y pedir lo que necesitaba. Por su parte, la anciana sentía que había entre ellas cosas no dichas, pero que con toda probabilidad ya nunca podrían decirse.

El lento prolongamiento de su estado de inmovilidad puso de manifiesto que Bonaria pertenecía a esa raza de viejos destinada a apagarse lentamente, y si bien para don Frantziscu Pisu disponer de tiempo para reflexionar y pedir perdón por los pecados propios sería una bendición, a buen seguro que para la anciana acabadora no era así. El cura fue a visitarla un par de veces y masculló sobre su cuerpo paralizado una serie de jaculatorias en latín que sólo conocía a medias. Bonaria apreció su buena voluntad y lo dejó hacer, pero cuando se hubo ido consiguió transmitirle a Maria su deseo de no volver a recibir al sacerdote.

Con el tiempo, las visitas de los curiosos también se espaciaron, y para atender a Bonaria sólo quedó Maria, ayudada de vez en cuando por las manos expertas de Giannina Bastú. La anciana adelgazaba, pero aun así levantarla de la cama era lo más complicado, porque la fragilidad de sus huesos era tal que había riesgo de fractura simplemente por presionar un poco más de lo habitual al cogerla.

* * *

Transcurrió casi un año de aquel languidecer, antes de que Bonaria empezase a agonizar sin haber dicho a Maria una sola palabra de lo que tenían pendiente. Aunque su mente seguía lúcida, sus ojos eran los únicos que podían expresarse. Pero después de tanto tiempo, la joven ni siquiera necesitaba un gesto para comprender qué necesitaba. Dormía con ella en la habitación y se

levantaba varias veces por la noche para comprobar si estaba viva, y en cuanto recibía una señal de confirmación, por mínima que fuera, volvía a tranquilizarse en su catre.

Fue durante una de esas noches cuando Bonaria Urrai se puso a gritar; no eran exactamente gritos, pero los gemidos que profería tenían un tono de violenta desesperación. Maria se levantó de su cama y enseguida comprendió que lo que la anciana quería no era agua. En las últimas semanas los dolores se habían agudizado y su cuerpo se había vuelto tan delicado que un simple masaje habría bastado para desmenuzar los huesos, ya en extremo frágiles. Sufría mucho, y si bien hasta aquel momento se había quejado poco, ahora parecía no aguantar más; sus pupilas dilatadas buscaban el rostro de Maria con famélica desesperación. La joven descubrió que era menos fuerte de lo que siempre había creído. Los sonidos que emitía la anciana la atormentaban, a tal punto que la primera noche se vio obligada a salir de la habitación para no oír los estertores. La segunda noche, en cambio, hizo acopio de valor para quedarse y trató de calmarla, aunque en vano; la tercera lloró sola en su catre. Bonaria la oyó con claridad y gimió tan fuerte que la otra creyó que moriría de agotamiento, y casi deseó que así fuera, pero por la mañana la anciana seguía dolorosamente viva. Tras dos semanas de aquella tortura, Maria empezó a entender a qué se refería Bonaria cuando tres años antes le había dicho: «Nunca digas de esta agua no beberé».

Protección o culpa: en Soreni éstos eran los únicos motivos que hacían que costara Dios y ayuda morir, y Maria ignoraba cuál de ambos impedía realmente a Bonaria Urrai irse. Ante la duda, afrontó primero el que podía manejar. Como había hecho la anciana años antes por ella, liberó los anaqueles de las imágenes del Sagrado Corazón y el cordero místico, y se llevó la pila de agua bendita con el altorrelieve de santa Rita. Descolgó todos los cuadros de tema religioso de las paredes, quitó las estampitas de las páginas de los libros y las sacó del fondo de los cajones, desató de las manijas de las puertas hasta la más pequeña cinta verde, retiró de los rincones el menor trozo de cuerno puesto como protección contra los espíritus y, sobre todo, se llevó la palma bendecida de la Semana Santa colgada detrás de la puerta, completamente seca pero no por ello inocua. La anciana no llevaba escapularios u otros objetos que pudieran retenerla excepto la medalla bautismal, que Maria le quitó del cuello con delicadeza mientras la otra la miraba sin protestar. Después de aquella operación de limpieza, aguardaron. Durante las dos semanas siguientes, Bonaria, tan delgada que casi había quedado reducida a la espina dorsal, continuó viviendo suspendida al borde de la muerte, pero sin precipitarse.

A medida que transcurrían los días en la más absoluta impotencia, Maria se convenció de que, de los dos motivos de agonía, el que retenía con vida a la anciana no era la protección. La noche que lo comprendió, se sentó en la silla junto a la cama de la modista y se quedó mirándola en silencio. Al cabo de unos minutos, Bonaria abrió los ojos velados y los clavó en ella.

—¿Qué debo hacer? —susurró Maria.

Pareció que la mujer quería responder, pero de la boca sólo le salió una respiración afanosa. La joven se arrodilló junto al lecho con los codos apoyados sobre la colcha, de la que notó elevarse el olor acre de la anciana, más intenso que nunca.

—Está purgando algo que hizo, tía —dijo al fin, con deliberada lentitud.

Los ojos de Bonaria se cerraron, en una simulación de sueño que la otra no se creyó ni por un momento.

—¿A quién? —inquirió, cogiéndole una mano. Los párpados permanecieron cerrados y la mano que Maria apretaba no hizo un solo movimiento. Le pasó por la mente la idea de que la muerte no podría añadir nada más a aquella ausencia—. No se le permite irse porque tiene deudas, pero sólo las conoce usted. Yo puedo ir casa por casa pidiendo perdón en su nombre, y cuando esto acabe, sabré que he entrado en la correcta.

La anciana reaccionó ante aquellas palabras como ante una amenaza, abriendo

desorbitadamente los ojos turbios para fijarlos de nuevo en el rostro de su hija adoptiva. La mano se contrajo en un espasmo de sorprendente vigor y Maria, que no esperaba aquella resistencia, la interpretó como una confirmación.

—Empezaré por los Bastú —añadió entonces.

Bonaria Urrai emitió un estertor que sonó como un grito. Decidida a comprender, Maria siguió arrodillada a la cabecera.

—¿No quiere?

La anciana apenas movió la cabeza, pero la negación era evidente.

—¿No comprende que es eso lo que le impide marcharse en paz?

Bonaria miró fijamente a Maria sin más señal que la determinación de la mirada, en la que no se apreciaba la sombra de ningún remordimiento. En presencia de aquella voluntad tangible, por un instante sus papeles se invirtieron y Maria se sintió como si fuera ella la que estuviera paralizada. Le soltó la mano con delicadeza, liberando la suya de la presión espasmódica de la vieja.

Durante unos días, la joven hizo como si aquella conversación no hubiera tenido lugar y siguió comportándose con la diligencia de siempre. La lavaba, la alimentaba y le peinaba los pocos y finos cabellos que quedaban sobre su frágil cráneo, hablándole del tiempo y de las escasas novedades del pueblo, como si a Bonaria le hubieran interesado alguna vez. La anciana sufría calambres y otros dolores, especialmente de noche, pero ningún padecimiento parecía destinado a agotarle las fuerzas para siempre. Bonaria Urrai continuaba viva, y ya no había santos.

Cuando llegó el momento, Maria reanudó la conversación después de haberle introducido con cuidado en la boca la última cucharadita de pera reducida a puré. Bonaria, inapetente, había rechazado la mitad, y la joven sabía que al cabo de una hora como máximo vomitaría la otra mitad sobre el babero que le dejaba puesto.

—¿Ha pensado en lo que le dije? —preguntó, poniendo el plato sobre la mesilla de noche.

La anciana no fingió que no comprendía; más aún, su inmovilidad constituía un claro asentimiento.

—Tía... —murmuró Maria, acercándose más a la cama— no soporto verla así. Si pudiera hacer algo...

Con dificultad, Bonaria le cogió la mano y la apretó cuanto sus fuerzas le permitían; aunque no era una presión fuerte, había en ella cierta furia que oprimió a Maria más que una tenaza. La enferma trató de articular alguna palabra y ella se aproximó más, intentando comprenderla. Como una caricia titubeante, le llegó a la mejilla un aliento leve, pero ninguna palabra clara. Intentó leer en sus ojos el significado de aquella respiración, pero en el instante mismo en que se cruzó con ellos se arrepintió de haber querido comprender. Bonaria Urrai la observaba con tanta intensidad que la obligó a desviar la mirada.

—Dígame lo que puedo hacer —murmuró asustada.

Cuando estuvo segura de que no habría respuesta, se alejó de la cama con el plato en la mano y avanzó hacia la cocina con el corazón golpeándole el pecho como un martillo sobre hierro caliente.

Esa misma noche fue a casa de los Bastú en busca de Andría. Se habían visto algunas veces

desde su regreso, pero siempre con la circunspección de los escarmentados, incapaces de renovar la confianza que los convirtió en cómplices de los inconfesables delitos con que saben ensuciarse los niños antes de que se les haga creer que son inocentes. A pesar de que Giannina iba en ocasiones a ayudarla, Maria no había puesto los pies en el hogar de los Bastú desde el día de la muerte de Nicola.

Andría, que no pareció sorprendido por la visita, la recibió con cierta frialdad mal disimulada. Era mucho más alto de como lo recordaba, con una perilla que le confería un aire corsario totalmente incongruente con sus ojos bondadosos, idénticos al recuerdo que de ellos conservaba Maria. Fue ese pensamiento lo que le dio fuerzas para explicar lo que la había llevado allí. Cuando hubo terminado, Andría se levantó bruscamente de la silla metiéndose las manos en los vaqueros.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Pero si no habla...

—Ésa no es una respuesta. ¿Te ha hecho comprender de alguna manera que quiere que lo hagas?

—Maria vaciló antes de responder, pero no tenía intención de mentir.

—No, al contrario. —Y añadió—: Pero estoy segura de que el motivo por el que no deja de sufrir es ése.

El joven meneó la cabeza enérgicamente y la miró, serio, en absoluto dispuesto a mostrarse colaborador.

—No tiene sentido, y tú te comportas como una vieja supersticiosa. Si no la palma es porque no le ha llegado la hora.

Ante esas crudas palabras, Maria reaccionó con impaciencia y se levantó también. Allí en la habitación, parecían dos perros encerrados buscando la ocasión de morderse. Pero la débil era ella, y lo sabía.

—Quizá si te viese, si hablaras con ella... ¡Ven a verla!

En la voz de la muchacha había un deje de desesperación que él captó, aunque sin dar muestras de compadecerse. Cuando replicó, entre sus palabras emergió algo feroz que hizo comprender a Maria el alcance de la mentira acerca de que el tiempo todo lo cura.

—Te ha sentado mal el continente, querida Mariédde. Te has vuelto arrogante con los pecados de los demás. ¿Nunca te ha asaltado la duda de que quizá no haya nada que perdonar?

—Maria le devolvió la mirada, desconcertada y herida, abriendo la boca para decir algo, pero enseguida la cerró sin pronunciar palabra.

—Porque, perdona que te lo diga, te veo tan segura de ti misma... Pero quizá te equivocas y en el cielo no se juzga como juzgas tú —la presionó entonces Andría.

—Supuse que lo entenderías... ¡Era tu hermano!

—Desde luego que lo era. Y quería morir.

Se miraron: Maria con expresión de incredulidad; Andría, tenso y con dureza.

—Tú también has cambiado. Aquel día no dijiste eso.

—Todo el mundo crece, Maria. ¿O qué creías, que serías siempre tú la lista?

El cómplice de sus juegos infantiles ya no existía: frente a ella tenía a un desconocido con más

de una venganza que servir fría. Maria se sintió abatida, pero sobre todo estúpida.

—Ha sido un error venir. No sé ni por qué lo he hecho, perdona... —Y se marchó sin añadir nada.

Él ni siquiera la acompañó a la puerta, sino que se quedó sentado en el rígido sofá del salón donde la había recibido, la habitación para los extraños, para las visitas molestas y para los velatorios, si los había, escogida adrede para la ocasión.

Cuando Bonaria oyó que la puerta de casa se abría, la idea de que Maria pudiese llegar acompañada hizo correr por sus venas la escasa adrenalina que su cuerpo todavía podía producir. Pero la puerta se cerró y entró únicamente la chica, con la mirada abatida. Aquella noche Maria se preparó la cena y la tomó sola delante de la chimenea; después fue al dormitorio de Bonaria para controlar la bolsa del suero. Cuando se la cambió en la penumbra, la anciana no dio muestras de percatarse. Luego fue a su cuarto y lloró con toda la rabia y el dolor acumulados. Lloró tanto que al final no sabía si estaba llorando por las cosas agonizantes o por las ya desaparecidas.

Una semana después, Bonaria Urrai cayó en coma. Cuando el doctor Mastinu dictaminó que ya no faltaba mucho, Maria no tuvo presencia de ánimo para recordarle que seis meses antes había dicho lo mismo. Don Frantziscu preguntó si debía ir a administrar la extremaunción, y por cómo la joven contestó que se lo haría saber en el momento oportuno, el cura comprendió que dicho momento nunca llegaría, aunque tuvo la decencia de ocultar su alivio.

La convivencia de Maria con el cuerpo vivo de Bonaria era un lamento de una sola nota, cuyo sonido nadie salvo ella parecía capaz de oír. Continuó haciendo lo que había hecho hasta entonces, interpretando la espera con el método visionario de quien construye las casas antes de que existan las calles que llevarán a ellas. Pese a los pronósticos del médico, tres meses después la anciana continuaba prisionera de sí misma, como suspendida de un hilo de acero lo bastante fino para no verse, pero lo bastante resistente para no romperse. Y su hija adoptiva lo estaba con ella.

Fue al final de una jornada transcurrida bordando sábanas para una boda y dispensando resentimientos solícitos en torno al cuerpo inerte de la anciana cuando algo en Maria se tambaleó. Aquella idea absurda la asaltó mientras cambiaba las fundas de los cojines del sofá por otras recién lavadas. Fue la blandura misma del almohadón lo que la tentó, nada extraordinaria, pero para aquel hilo de aliento quizá fuera más que suficiente. Fue una imagen fugaz, pero tan intensa que la joven, con la respiración entrecortada por su propio atrevimiento, tuvo que sentarse. Dejó caer el cojín al suelo y lo miró como si se tratase de una serpiente venenosa. Desde aquel momento se movió con circunspección alrededor de la cama, observando cautelosa todos sus gestos, temerosa de sí misma. La idea volvió, y siempre de forma repentina, unas veces mientras dormía, otras, en cambio, de día, con los quehaceres cotidianos, gestos inocentes que ocultaban posibilidades feroces que jamás había imaginado. Empezó a temer quedarse sola de noche en la habitación de Bonaria. En las semanas siguientes, la idea de actuar para poner fin al cautiverio de ambas fue volviéndose poco a poco menos hostil, y cada vez que ese pensamiento se asomaba a su mente parecía perder un poco los contornos del sacrilegio para adoptar los más difuminados de la

posibilidad.

En las noches pasadas hablando con Piergiorgio en casa de los Gentili, Maria había comprendido que muchas cosas que suceden no son sino una parodia de las cosas pensadas, y por eso desde que Bonaria Urrai había entrado en coma sabía que la había matado decenas de veces sin que nadie se diera cuenta, ni siquiera el doctor, pese a que acudía con regularidad a verificar el estado de aquella descomposición sin muerte. De hecho, una mañana de junio Maria fue a abrir la puerta creyendo que se trataba del médico, pero se encontró ante la figura alta y robusta de Andría Bastú.

—Hola —la saludó, plantado en la entrada.

—Hola... —respondió ella, demasiado sorprendida para acordarse de tratarlo con hostilidad.

—¿Puedo entrar?

La pregunta le recordó los buenos modales.

—Claro, claro, perdona. Pasa, es que...

—No me esperabas —concluyó él con calma.

Maria lo condujo a la cocina y Andría se dirigió al sitio que a lo largo de los años le había correspondido, junto a la chimenea donde *Mosè*, sin prohibiciones ahora, dormía plácidamente. Se detuvo al lado del perro, pero se quedó de pie.

—Ponte cómodo —pidió ella, indicándole la silla—, voy a preparar café.

—Olvídate del café, no he venido para eso.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó Maria mirándolo.

El hijo de los Bastú se movió imperceptiblemente en la silla antes de señalar con la cabeza en dirección al pasillo y decir:

—Para verla.

Maria tuvo ganas de sonreír, e hizo una especie de mueca amarga que le crispó el rostro fugazmente.

—Ahora quieres verla...

—Permítemelo, por favor...

La rabia de Andría hacia ella parecía haberse desvanecido, como si se la hubiera vertido toda encima aquella noche antes de Navidad, cuando había sido ella quien le había pedido que fuera. Con un suspiro de agotamiento, Maria asintió, y él la siguió lentamente por el pasillo acomodando los pasos a los suyos. La habitación estaba en penumbra, aunque a Bonaria ya no le afectaban ni la luz ni la oscuridad. El cuerpo, reducido a sus funciones elementales, era tan diminuto que la cama parecía presta a engullirlo entre las mantas. El joven se detuvo un instante en el umbral, miró a Maria en busca de una señal y luego se acercó a la cabecera de la anciana. La chica no hizo nada para impedirselo, ni siquiera cuando lo vio agacharse sobre el cadáver viviente, pues Andría no se sentó junto a la cama, sino que se arrodilló sobre la alfombra para acercarse más, como si quisiera verla mejor. Maria sintió el impulso de salir y dejarlo solo, pero él se dio cuenta.

—Quédate —pidió, y a ninguno de los dos le pareció extraño que fuera él quien diera permiso.

Ella no replicó y permaneció junto a la puerta mientras Andría, en silencio, miraba el rostro demacrado de la acabadora de Soreni. Lo vio inclinarse hasta apoyar la cabeza sobre la manta,

pero sin abandonarse, como si temiera aplastar el cuerpo frágil que estaba debajo, en un gesto de ternura que reveló a Maria la parte de él que creía perdida. Estuvieron así durante un tiempo necesario e impreciso, ella de pie mirando, él de rodillas respirando. Finalmente Andría se levantó y rozó apenas la mano inerte de la anciana en coma. Maria abrió la puerta y ambos se dirigieron sin cruzar palabra hacia la salida.

—Gracias —dijo él.

—De nada... —se sorprendió respondiendo Maria, desarmada por el tono afable empleado por él—. Si quieres venir más veces...

—No, no hace falta, sólo quería verla. Pero si tú necesitas salir, tomar el aire... —Se interrumpió, con un embarazo del que no sabía cómo deshacerse—. En fin, ya sabes dónde estoy.

Ella le sonrió, y cuando volvió a entrar en casa sentía el corazón más ligero. Por una misteriosa asociación de ideas al respecto de la visita de Andría, el pensamiento que desde hacía semanas la consumía como un gusano había cruzado el umbral de lo posible para convertirse en decisión clara. Al entrar en la habitación encontró el cojín esperando sobre el sillón, al lado de la cama, y lo cogió; luego se acercó con la certeza de que esa vez ningún sentimiento de culpa la detendría. Quizá fue el gesto de ternura que le vio esbozar a Andría lo que la llevó a inclinar la cabeza hacia el rostro de Bonaria antes de actuar, y a rozarle con los labios la mejilla con una levedad que no había experimentado desde su vuelta a casa.

Hay cosas que se saben y punto, y las pruebas sólo sirven para confirmarlas; con la sombra nítida de una intuición, Maria Listru supo con certeza que su madre Bonaria Urrai estaba muerta.

Todo el pueblo asistió al velatorio de la acabadora de Soreni; ni siquiera los mutilados de guerra dejaron de ir al funeral. Anna Teresa Listru no cesó de hacer ostentación de un dolor que no sentía ni por asomo, con las esperanzas puestas en la herencia que pasaba a manos de Maria, esa hija que ahora había pasado de ser su más tremendo error a convertirse en la mejor de sus inversiones. Los Bastú, sin excluir a ninguno, lloraron en cambio a la difunta con verdadera pena, y el padre Pisu buscó esforzadamente en los más profundos recovecos de su pobre retórica las palabras adecuadas para no decir que aquella mujer, a su entender, no debía ser enterrada en el camposanto.

Como le había enseñado Bonaria, Maria Listru Urrai llevó el luto con discreción. Cuando se hubo celebrado la misa del séptimo día y todo se hubo hecho conforme a la tradición, acompañada de *Mosè*, fue a llamar a Andría. Caminaron sin cruzar palabra hasta el viñado de Pran'e boe, hasta el linde de piedra donde habían encontrado el maleficio que debía fijar para siempre el límite desplazado. Las piedras del murete, efectivamente, no habían vuelto a moverse, pero no podía considerarse que nada hubiera quedado en su sitio. Andría se sentó en el muro; Maria, en cambio, lo hizo en el suelo con el perro junto a ella, apoyó la espalda contra el murete mirando hacia las vides y entornó los ojos al sol.

Según de dónde soplara el viento, el olor de los rastrojos cortados les llegaba con mayor o menor intensidad, y en lo alto del cielo se oía a los pájaros que veían el mar al otro lado de las colinas. Maria notaba los salientes desiguales de las piedras contra la espalda y Andría los sentía

en el trasero, pero ninguno parecía tener prisa por encontrar una postura más cómoda. Luego ella se puso en pie con un gesto ágil y, avanzando unos pasos, expuso la cara a la brisa marina que acariciaba las viñas más bajas. Aspiró y retuvo en los pulmones aquel viento, que hacía ondear su falda oscura en una danza incierta. Andría la miró en silencio antes de preguntar a media voz:

—¿Qué harás ahora?

—Lo que sé hacer: trabajar de modista.

—Me refiero a si vas a quedarte aquí...

—¿Me he ido alguna vez, Andrí? —inquirió ella, volviéndose para mirarlo.

En su delicado perfil él reconoció algo consumado que le era familiar, y sonrió. Igual que habían llegado juntos, también juntos volvieron a casa, sin preocuparse en absoluto por dar pábulo por enésima vez a los rumores de Soreni.

Agradecimientos

A Giacomo Papi, Paola Gallo y Dalia Oggero por haber creído en el libro desde el principio.

A cuantos me han ayudado a releerlo a través de sus ojos: Alberto Masala, Fabrizio Elo Gagliarducci, Teo Nakkio Miavaldi, Arianna Giorgia Bonazzi, Riccardo Nin Turrisi, Giulia Blasi, Roberta Scotto Galletta, Marco Volpe Schirra, Alessandra Raggio, Tonina Lasiu, Valerio JDM Giardinelli, Marzia D'Amico, don Francesco Murana y Maso Notarianni.

A Alessandro Giammei, mi valioso catalizador.

A don Giuseppe Pani y don Antioco Ledda por el asesoramiento litúrgico y antropológico.

A Marcello Fois por haberme quitado el miedo a emplear mi sardo.

A Giulio Angioni por haberme obligado a revisar algunos prejuicios sobre la acabadora.

A la tía Peppina Fròri por haberme explicado cómo se hace un *affumentu*^[16].

A Luis Pellini por haberme inspirado el personaje de Nicola Bastú.

A Benito Urgu por haberme dado su talismán y a la señorita Lucia por haberlo predicho todo antes que nadie. A Patrizio Zurru y Daniele Pinna, de la agencia Kalama, por el modo admirable en que realizaron el trabajo de *mindguard* mientras redactaba la historia.

Quiero dar las gracias también a cuantos me han abierto su casa para que pudiera escribir mientras estaba de viaje, cosa que ha sucedido con frecuencia: Silvia Fontana y Giorgio Vannucci en Lari, Gennaro y Enrica Ferrara en Roma, Giordana Melú Bassani en Treviso, el restaurante Le Dune en San Giovanni di Sinis, Furriola Demuru y la librería Piazza Repubblica en Cagliari.

Un reconocimiento especial a mi marido, Manuel, porque otro no habría resistido este libro.

Glosario

affumentu: Ritual que se realizaba cuando una persona sufría un trauma psicológico a causa de un susto o un gran disgusto, o si era víctima de un mal de ojo. Consistía en poner varias sustancias en una teja sobre un montón de brasas, y luego pasarla por encima, alrededor y por debajo de los pies de la persona en cuestión recitando plegarias.

amaretti: Dulces de forma ovalada, de superficie escamada y crujiente, elaborados con almendras dulces y amargas, azúcar, clara de huevo y corteza de limón rallada.

aranzada: Amasijo de tiras muy finas de cáscara de naranja caramelizadas con miel y mezcladas con almendra tostada y triturada.

àrgia: Viuda negra europea.

arresoja: Navaja.

attittadora: Plañidera.

attittu: Reunión fúnebre de la familia para llorar y narrar las gestas del difunto. Por antonomasia, canto fúnebre de las *attittadore*.

capigliette: Dulces de forma circular, recubiertos de una capa de azúcar glas y decorados con virutas de colores.

culurgiones: Pasta de forma oblonga, rellena de patata y queso.

fillus de anima: Niño adoptado con su consentimiento y el de sus padres por una persona conocida, que acepta hacerse cargo de él sin exigir a cambio una ruptura de los lazos de sangre.

gueffus: Caramelitos redondos de pasta de almendra triturada, azúcar, limón y agua de azahar.

nuraga: Monumento megalítico propio de Cerdeña.

pabassinos: Dulces de forma romboidal, elaborados a base de una masa fermentada de sémola, con manteca, huevos, pasas, piñones, nueces o almendras y arrope.

pirichittus: Dulces ligeros y crujientes, de forma circular, confeccionados con flor de harina, huevos, azúcar y limón.

saba: Mosto cocido, arrope.

tiliccas: Dulces de pasta de hojaldre en forma de pequeño cuenco, rellenos de miel, almendras, nueces y arrope.



MICHELA MURGIA (Cabras, Cerdeña, 1972) es una escritora italiana. De formación católica, estudió teología.

Antes de debutar como escritora, trabajó de teleoperadora, experiencia que reflejó en *Il mondo deve sapere* (2006), una novela tragicómica sobre el mundo de los centros de llamadas y como una guía de viajes de su isla natal, Cerdeña. Fue llevada al cine en 2008.

Y es que Michela es una escritora ligada a su tierra. En 2006 publica un blog (*Il mio Sinis*) en el que describe los lugares menos conocidos, y en 2008 publica *Viaggio in Sardegna*.

Con su primera novela, *La acabadora* (*Accabadora*, 2009), logró un gran éxito y los premios Super Mondello y Campiello, el premio literario más prestigioso de Italia. Ha obtenido además otros galardones, como el premio Dessì, el premio Viadana, el premio Alassio y el Città di Cuneo.

Notas

[1] Reunión fúnebre de la familia para llorar y narrar las gestas del difunto. Por antonomasia, canto fúnebre de las *attittadore*. <<

[2] Plañidera. <<

[3] Niño adoptado con su consentimiento y el de sus padres por una persona conocida, que acepta hacerse cargo de él sin exigir a cambio una ruptura de los lazos de sangre. <<

[4] Viuda negra europea. <<

[5] Navaja. <<

[6] Monumento megalítico propio de Cerdeña. <<

[7] Dulces de forma ovalada, de superficie escamada y crujiente, elaborados con almendras dulces y amargas, azúcar, clara de huevo y corteza de limón rallada. <<

[8] Caramelitos redondos de pasta de almendra triturada, azúcar, limón y agua de azahar. <<

[9] Dulces ligeros y crujientes, de forma circular, confeccionados con flor de harina, huevos, azúcar y limón. <<

[10] Dulces de forma circular, recubiertos de una capa de azúcar glas y decorados con virutas de colores. <<

[11] Dulces de pasta de hojaldre en forma de pequeño cuenco, rellenos de miel, almendras, nueces y arrope. <<

[12] Mosto cocido, arrope. <<

[13] Amasijo de tiras muy finas de cáscara de naranja caramelizadas con miel y mezcladas con almendra tostada y triturada. <<

[14] Pasta de forma oblonga, rellena de patata y queso. <<

[15] Dulces de forma romboidal, elaborados a base de una masa fermentada de sémola, con manteca, huevos, pasas, piñones, nueces o almendras y arrope. <<

[16] Ritual que se realizaba cuando una persona sufría un trauma psicológico a causa de un susto o un gran disgusto, o si era víctima de un mal de ojo. Consistía en poner varias sustancias en una teja sobre un montón de brasas, y luego pasarla por encima, alrededor y por debajo de los pies de la persona en cuestión recitando plegarias. <<